La Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, FNPI, fue establecida en Cartagena de Indias, Colombia, en octubre de 1994 como resultado de una antigua preocupación de Gabriel García Márquez –quien inició como reportero su carrera de escritor–, por estimular las vocaciones, la ética y la buena narración en el periodismo, sobre aspectos tan variados como el uso de la grabadora o la función de los editores.

Su misión es la de trabajar por la excelencia del periodismo y su contribución a los procesos de democracia y desarrollo de los países iberoamericanos y del Caribe, por medio de talleres y seminarios de formación e intercambio entre periodistas, colaboración en redes y estímulos al desarrollo profesional.

fundación nuevo periodismo iberoamericano fnpi

Colombia es pasión

¡QUE VIVA LA FIESTA! Crónicas de fiestas populares colombianas

¡QUE VIVA LA FIESTA!

Crónicas de fiestas populares colombianas

Colombia es Pasión es la marca-país creada para mejorar la percepción de Colombia en el exterior, para generar confianza y alcanzar mayores oportunidades comerciales, turísticas y de inversión. Durante sus cuatro años de existencia, esta marca le ha dado al país una identidad propia, un nombre y una reputación, que en la coyuntura de la globalización, la distingue de las demás naciones, y le permite competir en el mercado internacional.

La marca se denomina Colombia es Pasión porque luego de un proceso de búsqueda de la esencia colombiana –centrado en descubrir cuál era ese factor ventajoso que permitiera revestir de competitividad y diferenciara al país– se encontró que el común denominador de los colombianos era su inagotable pasión, su tenacidad e intensidad por todo lo que hacemos.

¡QUE VIVA LA FIESTA!

Crónicas de fiestas populares colombianas

Selección hecha por:
Cristian Alarcón
Alberto Salcedo Ramos
Martín Caparrós
Juan Miguel Álvarez

¡Que viva la fiesta!
Crónicas de fiestas populares colombianas
ISBN: 978-958-98251-3-6

Coordinación editorial: Juan Miguel Álvarez
Edición de texto: Juan Miguel Álvarez
Edición fotográfica: Julián Lineros
Corrección de textos: Eltipomóvil
Concepto gráfico, diseño y diagramación: Susana Carrié
Carátula: William Martínez
Impreso en: Excelsior Impresiones, Bogotá, Colombia, diciembre de 2009

Selección hecha por:
Cristian Alarcón
Alberto Salcedo Ramos
Martín Caparrós
Juan Miguel Álvarez

Reporteros gráficos:
Gonzalo Martínez
William Martínez
Edwin «Zulu» Padilla
Julián Lineros
Antonio «Tony» Arévalo
León Darío Peláez
Julio César Herrera

Autores:
Diego Erlan
Miguel Valera
Sonia Budassi
Paulimar Rodríguez
Jorge Enrique Rojas
Liliana Martínez Polo
Sara Bertrand
Gloria Montanaro
Marina Pagnutti
Sergio Moreno
David Izazaga
Ana Teresa Toro
Juan Manuel Granja
Renzo Guerrero de Luna Zárate
Alejandro Millán

Producción de los talleres:
Jaime Abello Banfi, Fernando Alonso Rozo, Flavio Vargas y Tanya Escamilla, de la FNPI
María Claudia Lacouture y Julio César Galvis, de Colombia es Pasión

Coordinación logística de los talleres: Claudia Mejía, de la FNPI

© Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, FNPI
© Colombia es Pasión

Edición no venal: 1.000 ejemplares

La versión digital de este libro puede descargarse gratuitamente en:
www.fnpi.org/biblioteca/publicaciones/

fundación nuevo periodismo iberoamericano fnpi

Colombia es pasión

Foto: William Martínez

HISTORIAS QUE NO ESTÁN EN LA TARIMA

Las fiestas populares de Colombia son parte fundamental del patrimonio cultural, imanes para el turismo nacional e internacional; sobre todo, son escenarios privilegiados para conocer y sentir la identidad colombiana, para explorar antiguas y singulares tradiciones folclóricas, manifestaciones de la creatividad popular, pequeños y grandes negocios que se sostienen con el espectáculo y el divertimento, situaciones de tensión y distensión política y social, personajes inolvidables de nuestra cultura popular. En fin, toda clase de historias que merecen convertirse en crónicas de un nuevo periodismo.

El proyecto *Crónicas de fiestas populares colombianas*, se formuló con el objetivo de estimular y apoyar la publicación en medios nacionales e internacionales de narraciones periodísticas que permitieran conocer mejor a Colombia desde sus más alegres esencias. Con estos criterios se aliaron Colombia es Pasión y la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, FNPI, organización creada y presidida por Gabriel García Márquez, con sede en Cartagena, que desde hace casi quince años se dedica a promover la excelencia periodística y el desarrollo profesional de los periodistas en los países iberoamericanos y del Caribe.

Gracias a este proyecto, cuarenta y ocho periodistas publicaron en 2009 sus crónicas en diversos medios de comunicación de Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, El Salvador, España, México, Paraguay, Perú, Puerto Rico, Reino Unido, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

Este libro, que también puede descargarse en Internet en versión gratuita, es una muestra representativa de trabajos con plena independencia periodística, elaborados a partir de tres talleres: en el Carnaval de Barranquilla, en el Festival de la Leyenda Vallenata de Valledupar y en la Feria de las Flores de Medellín, con la guía de tres cronistas formidables como son maestros de la FNPI: Cristian Alarcón (Argentina), Alberto Salcedo Ramos (Colombia) y Martín Caparrós (Argentina).

Como dijo Salcedo Ramos: «Las historias de una fiesta popular no están en la tarima, eso es lo evidente; están en la comida, en las canciones, en la calle. La fiesta es la celebración de las costumbres de un lugar». A su vez, los talleres de la Fundación, como lo ha querido Gabo, son una celebración del periodismo, en los cuales las historias son armadas, desarmadas y vueltas a armar en crónicas y reportajes, para descubrir y compartir los secretos de la carpintería del oficio.

Agradecemos sinceramente a Colombia es Pasión y a las empresas e instituciones que nos dieron apoyo local, a los maestros y fotógrafos, a los asesores culturales, a los reporteros-talleristas, a los medios que publicaron sus piezas y, sobre todo, a los curramberos, vallenatos y paisas que generosamente abrieron las puertas de sus vidas y saberes.

Este proyecto fue la posibilidad de encontrarnos para trabajar de manera grata pero intensa, fuera y dentro de los espacios de taller, que funcionaron como salas de redacción provisionales, en el apasionante proceso de recoger, entender y trasmitir en textos e imágenes, con sus luces y sus sombras, las historias no obvias de tres fiestas emblemáticas que reflejan la desbordante vitalidad de la cultura colombiana.

Jaime Abello Banfi
Director General
Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, FNPI

UN MARAVILLOSO SANCOCHO

Los carnavales, los festivales y las fiestas populares condensan la esencia de la nacionalidad, son el producto de un prolongado y profundo mestizaje, de la adaptación a una geografía, el resultado de unos sucesos de la historia, de la interacción de culturas de diversas procedencias, un maravilloso sancocho, un salpicón, una colcha de espectaculares retazos.

Desembarcaron en nuestras costas blancos y negros y se embarcaron indios, zambos, mulatos y otras formas y tonalidades. Llegaron de Europa instrumentos de viento y de África tambores y aquí le pusimos maracas y claves caribes, y bailamos revueltos de paloteo español, congo africano y micas y micos aborígenes.

Esa alegre, sonora y colorida combinación de culturas se fue desplegando por mar y tierra y dejó un carnaval en Barranquilla. Algunos juglares, con acordeones alemanes al hombro, atravesaron ciénagas y sierras nevadas, ríos y valles, y dejaron un festival vallenato en el Valle de Upar. Mientras tanto, por el río Magdalena subieron diversas expresiones, instrumentos y costumbres que se fueron posando en la región andina y no quedó caserío sin fiesta propia.

Desde el espacio, Colombia se aprecia como una alfombra verde delineada al norte y al occidente por inmensos océanos azules, en una franja tórrida donde la vegetación crece exuberante, con una variedad de climas y accidentes geográficos. Estos forman una extraña convivencia de selvas, bosques tropicales, costas ardientes, páramos encumbrados y otros ecosistemas fascinantes, que producen una vegetación nativa muy rica y flores de tanta belleza que el expedicionario José Celestino Mutis dedicó su vida a observarlas y a clasificarlas. Hoy, gracias a muchos años de floricultura, Colombia se ha consolidado como el primer proveedor de flores de Estados Unidos, el primer productor y exportador de claveles, y el segundo exportador mundial de flores frescas cortadas. La expresión sublime de tanta belleza está representada en la Feria de las Flores de Medellín.

El Carnaval de Barranquilla, el Festival de la Leyenda Vallenata y la Feria de las Flores son los protagonistas de este libro, retratados en una selección de crónicas escritas por periodistas convocados por la estrategia de Imagen País-Colombia es Pasión y la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano. Estas crónicas son el resultado de varios talleres que fueron, a su vez, una estela multiplicadora de nuestros valores, nuestra riqueza y nuestra diversidad.

Esta alianza ha sido muy provechosa, una estupenda manera de contar nuestro cuento, de compartir la riqueza cultural de Colombia y mostrar un pueblo entusiasta, alegre, amable y trabajador, como lo reflejan los artículos aquí publicados. Esta es, además, una invitación para que vengan más periodistas, turistas e inversionistas y comprueben que esta nación pujante es una de las joyas más hermosas del universo.

María Claudia Lacouture
Gerente Imagen País-Colombia es Pasión

Foto: Julio César Herrera

Foto: Julián Lineros

CONTENIDO

BARRANQUILLA

EL EXISTENCIALISMO BARRANQUILLERO ❊ *Por Diego Erlan* 12
CARNAVAL EN LA SANGRE ❊ *Por Miguel Valera Hernández* 22
DERECHO DE FAMILIA ❊ *Por Sonia Budassi* 30
BOCADOS DIVINOS DEL CARNAVAL ❊ *Por Paulimar Rodríguez* 44
LA JAULA DE ORO ❊ *Por Jorge Enrique Rojas* 52
EL REY MOMO Y SU ESCUDERO ❊ *por Liliana Martínez Polo* 62

VALLEDUPAR

LOS ACORDES DEL MANDINGA ❊ *Por Sara Bertrand* 72
LAS HORAS FELICES (Y OTRAS NO TANTO) DE UN PATRIARCA VALLENATO ❊ *Por Gloria Montanaro* 80
DANNY, EL REY DEL VALLE ❊ *Por Marina Pagnutti* 90
SIGO SIENDO EL REY ❊ *Por Segio Moreno González* 100
LA COMIDA VALLENATA O CÓMO LLEGAR A LA FELICIDAD POR MEDIO DEL ESTÓMAGO ❊ *Por David Izazaga Márquez* 108

MEDELLÍN

ANDAR Y RIMAR ❊ *Por Ana Teresa Toro* 118
LOS TROPICALES DEL CARIBE ❊ *Por Juan Manuel Granja* 128
UN GUARITO, POR FAVOR ❊ *Por Renzo Guerrero de Luna Zárate* 138
FLORES DEL CIELO ❊ *Por Alejandro Millán Valencia* 148

PELANDO LA CEBOLLA 160
TALLERES 166

1 * CARNAVAL DE BARRANQUILLA

Foto: William Martínez

EL EXISTENCIALISMO BARRANQUILLERO*

Por Diego Erlan

1.

«Quien lo vive es quien lo goza», dice Julio Sánchez Stevenson, director de la Danza del Congo Reformado, en el living de su casa del barrio de Buena Esperanza, un día antes de La Guacherna. Es el slogan del Carnaval de Barranquilla y aunque la frase atesora una verdad que sólo entiende aquel que transpiró y derrapó las treinta cuadras de la avenida 44, los habitantes de la ciudad la repiten como autómatas bien programados.

«Quien lo vive es quien lo goza», dice un taxista de bigote y camisa hawaiana, y lo dice Wilfrido Escorcia Salas, el rey Momo 2009, y lo dice la reina Marianna Schlegel Donado a la salida de una producción fotográfica, y lo dicen las treinta reinas de los barrios populares que ensayan su coreografía para la Batalla de Flores hasta las once de la noche en la Casa del Carnaval. Y lo confirma la antropóloga Mirtha Buelvas cuando explica que en esta fiesta confluyen las tradiciones culturales de pueblos indígenas, europeos y africanos. Son cuatro días —y algunos más si se cuentan los festejos de pre Carnaval— donde la única regla es que no hay ninguna: en esta semana se suspende la moral.

2.

Sobre la mesa hay un *bowl* con frutas de plástico; a un costado, una heladera café con leche y la Biblia en el Salmo 63. Julio Sánchez descorre la cortina que conecta a un largo pasillo y a las habitaciones, acerca algunas sillas e invita a sentarse; después sale con un tambor llamador —el que marca el ritmo— y lo pone entre sus piernas. La puerta de su casa está abierta y afuera juegan unos chicos del barrio. De pronto, entran en silencio Ignacio Pereira —el congo— y Mokaná —quien porta la bandera— y comienzan a explicarme en qué consiste la Danza del Congo Reformado. Dicen que hay otras danzas como la del Toro Negro que no dan el mismo golpe de tambor y que las tribus africanas que ahora representan tenían un golpe característico.

—Eran golpes de guerra —aclara Sánchez—. Ahora hay un golpe para invitar a bailar y otro que se llama "golpe callejero", que se escuchaba antes, cuando las danzas se encontraban en los patios del barrio El Bosque y en Rebolo, y agarraban palos para recordar aquellos enfrentamientos tribales. Era una batalla campal. Había cabezas rotas pero nunca una puñalada. Cada danza gritaba su nombre: "¡Viva el Congo Grande!", "¡Viva el Torito!", "¡Viva la que no tiene miedo!".

Unos niños que antes jugaban en la calle se plantan en la puerta al escuchar el sonido. Pereira empieza a mover las piernas y no hacen falta súplicas para que gane el centro de la escena y en jeans y remera amarilla se dedique a revolear sus largos brazos negros al ritmo del tambor y los versos de Sánchez.

Mokaná asiente. Se da la vuelta y mira a los chicos que hacen coro: explica que eso es la tradición. Después se acomoda el sombrero:

—El que no sea explosivo no puede ser Congo. Este es un baile de fuerza, de guerra.

Entre los guerreros africanos, la danza del Congo podía ser la antesala del fin o el acceso a la gloria. Y de alguna manera, el goce del carnavalero es esa adrenalina, ese instante diferente a otro, como decía Georg Simmel, que en sí es toda la vida. En su novela *¡Que viva la música!*, el escritor colombiano Andrés Caicedo diferenció a las personas entre las que «son sentadas» y aquellas que sacuden la cadera en la pista como una expresión de vitalidad. Es el goce. Es la lucha entre la música y el silencio; entre los que están de un lado u otro de las vallas; la pelea a doce rounds entre la vida y la muerte.

* Versión ampliada de «El duelo entre la vida y la muerte», crónica publicada en revista *Ñ*, diario *Clarín*, Buenos Aires, el 14 de marzo de 2009, p. 8.

—¿Alguna vez se murió algún familiar de ustedes durante la fiesta? —pregunto.

—Mi papá se murió en sábado de Carnaval —responde Mokaná.

—¿Y cómo viven ese choque entre lo festivo y la tristeza de la muerte?

—Al día siguiente lo enterré y seguí tomando y bailando —dice con una sonrisa.

Sánchez explica que ellos van a los entierros disfrazados. Le hacen una calle de honor al cajón y le cantan esos cantos de Congo, pero que llevan otro sentimiento. Siempre, un día antes del comienzo del Carnaval, visitan el cementerio, ellos solos, para rendirle un tributo a los que ya no están. Van con tambores porque esto, aclara, pasa por encima de la muerte.

Luego, Sánchez dice:

—El Carnaval no tiene fin.

—Los barranquilleros —reconoce Mokaná—, somos carnavaleros todo el año. Al día siguiente del Carnaval, cuando se entierra a Joselito, seguimos tomando y rumbeando. La muerte entre nosotros no sabe a nada. Vivimos en el presente. A la muerte ni la miramos ni la pensamos.

—Pero la sienten —replico.

—Cuando pienso en ella me agarro un ron y me pongo a bailar —dice Mokaná mientras abre los ojos y deja las palabras suspendidas. Después me explica que en el entierro de Joselito, que se hace el día martes, los lloriqueos de las viudas son una burla a la muerte. Porque Joselito murió borracho y dejó un tendal de mujeres todas feas que lo lloran y le dicen con voz aguda: "¡Ay José de lo que te perdiste!".

Mokaná remata:

—Todo el mundo se ríe de esa vaina.

—¿Y qué piensan de la religión? —pregunto.

—Para mí es un mito, como Joselito —dice Mokaná.

—¿Y creen en Dios?

Mokaná vuelve a reírse:

—Ese es otro lío.

Pereira, que hasta este momento no había intervenido, se acomoda en la silla y dice:

Diego Erlan (San Miguel de Tucumán, Argentina, 1979). Desde 2003 trabaja en el diario *Clarín*, de Buenos Aires. Su cuento «Nadie habla» se publicó en el libro *In fraganti* (Mondadori, 2007). Actualmente, es editor de la sección de Literatura en la revista *Ñ* y es profesor de la asignatura Diagramación y programación periodística en la Universidad del Salvador.

—Pero oíme una cosa. Hubo un man al que cagaron a tiros, ¿tú sabes el plomo que le dieron a ese man? Quince balas en todo el cuerpo —y se golpea el abdomen—. Luego, lo levantó un evangélico en una moto y lo llevó al hospital. Ese man tenía una bala en el seso…

Mokaná se ríe y Pereira eleva la voz, tartamudea, habla cada vez más rápido.

—A cualquiera esa bala lo mata, pero ese man está vivo. Por la gracia de Dios, para que sepas. Quien no cree en Dios, no se cree ni él mismo.

Sánchez empieza a tocar el tambor y mira para otro lado.

Pereira sigue:

—Y un día ese man se fue para Venezuela porque el enemigo de él es la misma ley de Colombia. Si usted se mete con esa gente grande, esa gente de la ley, está muerto. Es la peor madre —me explica con el dedo índice dirigido a Mokaná—. Y ese man está vivo. Cuando fuimos a pagar lo que debíamos en el hospital, eso ya estaba pago. Al man le hicieron terapia y si tú no pagas, no te atienden. Acá es así. Pero lo atendieron gratis, Julio. Ni la familia ni los hermanos ni yo tuvimos que pagar nada.

Sánchez asiente y toca el tambor.

—En el momento en que estás muerto, el espíritu está allá. El man dijo que lo llamaba un señor vestido de blanco… Si tú lo vieras ahora… ¡vivo!

—Aquí llegamos a un punto bien bueno —interrumpe Mokaná—: que es la cultura que tiene Barranquilla. O que tiene Colombia.

Pereira vuelve a acomodarse en el asiento y mira hacia la puerta que da a la calle. Mokaná explica que al llegar los invasores europeos se encontraron con muchos supersticiosos impresionados por el brujo.

—A ellos los arrasaron con la cultura y por eso la sociedad no avanza. No es lo mismo que sucedió en la Argentina a la que llegaron los italianos o en Brasil donde llegaron los portugueses. A Colombia llegó la decadente España.

Esqueletos en el desfile de La Guacherna • Foto: William Martínez

A Mokaná le gusta darle un marco teórico a todo. Lo suyo, confiesa, es la filosofía. Le fascina la mitología, la cultura egipcia.

Dice al oído:

—Tengo enciclopedias en casa.

3.

Al salir de la casa de Sánchez, Pereira toma el bus en la esquina del barrio y se ubica en el segundo asiento después del molinete, abre la ventanilla y saca el brazo; los ojos en las rayas blancas y rojas de la camiseta del Junior —el equipo de fútbol de la ciudad— que viste el chofer. Sus rodillas se acurrucan en el poco espacio que hay entre los asientos y así viaja hasta el cementerio Jardines del Recuerdo. Tiene 43 años y hace veintidós que trabaja como sepulturero. Tiene que cavar pozos llenos de piedras, tiene que arreglar el césped de las tumbas que no están abandonadas y, según confiesa, sacarle las vísceras a los cadáveres.

—Ya estoy acostumbrado a toda esa vaina —dice y es una de las pocas cosas que dice durante los treinta minutos en que atravesamos la ciudad.

Piensa en pedirle a su jefe que lo deje faltar el día de La Guacherna para poder prepararse; piensa en Giovanni, su hijo de 4 años, y en el que espera con Viviana, su novia cocinera, para dentro de cinco meses.

Durante el viaje recuerda una historia que ocurrió en el cementerio en el que trabaja. Un man que se encontró en la ruta a una mujer vestida de novia.

Pereira tiene la mirada fija en la calle. Jura que esto ocurrió de verdad.

Es la historia de un man que invitó a esa mujer vestida de novia a tomar un trago, y después a una fiesta en la que bailó con ella. Al salir le prestó su campera y la dejó en la casa. Al día siguiente el man quiso volver a verla y fue a buscarla donde la había dejado, pero allí le dijeron que la mujer había muerto cinco años antes. Entonces, el man llegó hasta el cementerio y encontró su campera de cuero sobre una tumba en la que pudo leer el nombre de la mujer que había conocido.

—Ahora el man vive en Bogotá. Quedó loco —dice Pereira. Asiente y vuelve la vista hacia la calle.

Al bajarse del bus, saluda a un mendigo sentado en la puerta del cementerio, patea un coco y se cruza con dos compañeros sepultureros que le gritan algo. Pereira levanta la mano. Debe ir a cambiarse, pero antes recorre el lugar y señala las tumbas ilustres: Rafael Orozco, célebre cantante de vallenato, asesinado por la mafia en 1992; Samuel Orlando Mengüeta Alarcón, capo narco asesinado en la cárcel; Charly Aimerich Piragua Márquez, un «jovencito» al que mataron los narcos.

Barranquilla no tiene el estigma del narcotráfico como Medellín o Cali; ni siquiera de la guerrilla, aunque las clases populares busquen reafirmar su identidad con esa filiación trágica que, según el escritor William Ospina, ha trazado la historia de Colombia: «El caso de la sociedad colombiana en los últimos cincuenta años es el caso de un Estado criminal que criminalizó al país».

4.

Hay un discurso establecido en Barranquilla. Durante el Carnaval no hay muertes. Ni homicidios. Su alcalde, Alex Char, lo confirma: «Mientras en el país había sangre, aquí había Carnaval. Por eso la Batalla de Flores». No hay violencia aunque algunos asistentes rompan botellas de ron en el asfalto o se le grite «cachaco», como insulto, al que no baila. Incluso se arriesga un dato histórico: entre octubre y noviembre, nueve meses después del Carnaval, se registran incrementos en la cantidad de nacimientos.

—Para nosotros la vida es más importante que la muerte. Ese es el existencialismo barranquillero. El eterno retorno. La vida vuelve una y otra vez: quien lo vive es quien lo goza —dice Humberto Pernett, un arquitecto que atiende la puerta de su casa recién levantado de la siesta, con ojos ensangrentados de sueño y el pelo revuelto, y que también es el fundador y director del Cipote Garabato, uno los grupos más tradicionales y numerosos del Carnaval, con más de cien parejas.

En el living de su residencia hay una enorme fotografía del grupo: en primer plano se observa a la muerte con su guadaña. La historia de la danza, que Pernett relata sentado en uno de los sillones, está narrada en el *Manual de inducción* de la Corporación Grupo Folclórico Cipote Garabato y tiene su origen en las colonias americanas, durante las fiestas que los negros esclavos organizaban al finalizar la cosecha. Es una expresión folclórica que durante el siglo XIX se trasladó de Cartagena de Indias a Barranquilla, y es en la única

donde se representa literalmente la lucha entre la vida y la muerte. En la foto enmarcada se puede ver a la parca, con su habitual vestuario negro con el dibujo del esqueleto y la cara blanca, y a la vida, con el traje de cualquiera de los otros bailarines de la danza. Esa es otra paradoja: mientras la muerte es lo único que desde la ciencia no podemos saber en qué consiste, es la que tiene una representación universalmente conocida, en tanto que la vida no tiene ningún elemento distintivo. La vida sólo es movimiento.

—Es increíble matar a la muerte, lo sé —dice Pernett—, pero nosotros lo hacemos.

En los años noventa esta danza era netamente popular, del barrio Abajo de Barranquilla, hasta que el Country Club se adueñó de ella para fundar La Gran Danza del Garabato. Pernett quería que volviese a ser popular y por eso creó el Cipote Garabato con un grupo de amigos de la universidad.

—No queríamos dejar morir el folclor —dice Pernett, aunque acepta que ahora esta danza tiene que entender el tiempo en el que está inmersa.

Agrega que no pide limosna. Que habla con las empresas para que colaboren con el grupo porque a ellas les conviene. Que acepta participar en eventos en hoteles de cuatro estrellas junto a una pileta o amenizar la presentación de un libro en un shopping. De esa manera el grupo puede sostenerse.

—Nosotros no hacemos es-pec-tá-cu-lo —dice con gesto despectivo y explica que esa es la diferencia, por ejemplo, entre comparsa y danza—: Las comparsas bailan para el público mientras que las danzas lo hacen para sí mismas. Pero entendemos que si debemos actuar en un escenario lo hacemos, pero lo hacemos para nosotros: no es es-pec-tá-cu-lo.

Sin embargo, en estos últimos años Pernett sumó al grupo un coreógrafo, que podría contradecir todo su discurso.

—Lo sumé para que perfeccione a los bailarines, para pulir la danza —dice—. Hay gente que viene aquí sin siquiera saber bailar.

Golpean la puerta.

Pernett no se levanta. Por el pasillo aparece su hija Heidi, abre la puerta y encuentra a una chica joven que quiere saber cuándo podrá llevarse el disfraz. Heidi mira al padre y se aleja. Pernett le dice a la chica que pase a las siete de la noche, que a esa hora podrá probarse el vestido, que traiga zapatos negros. Cuando la chica se va, Pernett dice que no soporta que le digan disfraz.

—Lo nuestro es vestuario pero los jóvenes no lo entienden.

Pernett habla del futuro. Que armó una escuela para que los más chicos aprendan el baile y los símbolos del garabato. Que los jóvenes tienen que continuar la tradición.

—Si se muere el folclor, nos quedamos sin ciudad —dice Pernett.

En el living se desliza la letra de una canción del grupo argentino La Renga: «La muerte está tan segura de vencer que nos da toda una vida de ventaja».

Pernett baja la mirada y dice:

—Pero si pensamos en la muerte se terminaría el Carnaval.

Heidi vuelve a caminar por el pasillo hasta perderse en su habitación. Tiene 18 años y en la tapa del *Manual de inducción* se la puede ver a los 14 años, sonriente, la mirada fija en el horizonte del obturador, justo detrás de su padre. Ahora tiene zapatillas All Star verdes, pantalón de jeans y una bandana en la cabeza. Es linda y no le da miedo la muerte. Le gusta pensar que más allá de la muerte no hay nada. De esa manera puede hacer todo sin límites. Aunque no le guste hablar demasiado y menos con desconocidos, dice que estudia diseño gráfico, que su tía le paga los estudios, que en algún momento de su vida tuvo tendencias suicidas. A veces ya no aguanta que todo el tiempo haya personas dando vueltas por su casa, pidiendo el vestuario respectivo y los horarios de ensayo. Por eso se encierra en su habitación, sube el volumen de su equipo de música y se acuesta en la cama a escuchar jazz. Quiere olvidarse un rato de la tradición del Carnaval. No desfilará en La Guacherna. Le gustaría vivir un tiempo en Barcelona y estudiar Bellas Artes.

—¿Y por qué no lo hacés? —le pregunto.

—Mi tía no quiere darme la plata.

A Heidi le gustaría ser artista plástica como su tío Nito.

—¿Lo conocés? —me pregunta.

—¿A quién?

—A Nito Pernett.

Congos • Foto: William Martínez

El Diablo en el desfile de La Guacherna • Foto: William Martínez

5.

En Barranquilla a Nito Pernett se lo conoce como Nito Show. No para de hablar. Cruza las piernas y al segundo las descruza, mira siempre al horizonte con los ojos duros y cada tres frases cita a Shakespeare, a Joaquín Sabina o a Mercedes Sosa.

—Todas las manos, todas —dice, no se sabe muy bien por qué.

Tiene un sombrero de ala ancha con una cinta roja, verde y amarilla y una camisa chillona que acumula los colores del realismo mágico. En la inauguración de su muestra de pinturas en el Hotel Country International saluda a sus invitados.

—Aquel es mi jefe —señala y atiende un celular que no es el suyo. Es artista plástico. Es titiritero. Es actor. Es la vida—: Exacto. En el Cipote Garabato interpreto el personaje de la vida.

Agrega que en el Carnaval es todo al revés. Dice que en todo el festejo hay teatro, máscaras, los hombres actúan, se disfrazan: tratan de vivir lo que no son.

—Al hombre del Caribe no le gusta la muerte, le gusta la vida —explica—. Nos llaman cobardes, pero lo que pasa es que no somos huevones. Yo le tengo miedo a la muerte porque como artista me gusta la vida, el color, el goce.

Nito incorpora su metro cincuenta, acerca una copa de ron con jugo de naranja y mientras brinda pregunta si conocimos a la muerte. Dice que la muerte mide dos metros, que es como un basquetbolista que infunde miedo en tanto que él, simpático y divertido, no para de reírse ni de hablar.

—Así se le gana a la muerte —dice y se disculpa porque tiene que hacer sociales con su jefe.

En ese mismo momento, la muerte está descalza, sentada sobre una mesa en el Hotel Puerta del Sol. Responde al nombre de Eduardo Guzmán, tiene 26 años y desde los once forma parte del grupo. Hace cuatro, los directores de la danza le preguntaron si quería ser la muerte y por supuesto aceptó. Desde ese día tarda cincuenta minutos en maquillarse. Ahora mira el piso mientras cuarenta parejas del Cipote Garabato siguen las indicaciones del coreógrafo.

—¿Te gusta interpretar a este personaje? —le pregunto.

—Sí, me siento libre, aunque me causó muchos problemas porque en mi familia son evangelistas. Pero es una época perfecta para ser la muerte. Es lo único que tenemos en la vida.

El año anterior casi lo echan del grupo por fumar marihuana y beber demasiado, pero estuvieron un año sin encontrar un reemplazante, así que volvieron a llamarlo. Ahora, algunos del grupo le acercan un trago de ron y las chicas más jóvenes le piden sacarse fotos con él. Lo abrazan y sonríen. La muerte saca una lengua roja que llega hasta el mentón y hace *hang loose* con la mano.

—Sos famoso —le digo.

—Sí. En el Carnaval hay muchas camisetas que tienen estampada mi cara. Es así.

6.

Durante La Guacherna, las calles de la ciudad son el escenario de un teatro donde gatúbelas de tacones juegan a rasguñar a oficiales de policía; donde una mujer de 70 años mueve los pechos de gelatina sin quitarse el antifaz o un grupo de cuatro hombres vestidos como guerrilleros de las Farc empujan a un quinto que lleva las manos en la nuca. Todos se burlan de todos. Todos dejan la voz en las gradas del público que festeja y a veces gritan con desprecio: «¡Baila, monocuco!».

No hay taxis. Hay vallas que separan a los que desfilan de los espectadores. Familias que se apuran a ubicar un buen sitio para ver el es-pec-tá-cu-lo. Hay gorilas enormes que saltan. Hay clones de Pablo Escobar y pistolas de plástico. Hay chicos vestidos de muerte y tetonas en bikini. Hay carros con flores y banderas de cerveza Águila. Hay una Mujer Maravilla, un premio Óscar y un Darth Vader feliz. Hay chicas de pelucas turquesas con antifaz y purpurina. Hay monocucos por todas partes.

El monocuco es un disfraz de tradición europea que representa al bufón de reparto. Con el tiempo, fue apropiado por aquellos que no saben bailar. Son los típicos invitados extranjeros que sacan fotos y se emborrachan y saltan abrazados como si la pasarela fuera el lugar donde se sienten vivos. Pero no bailan. No saben hacerlo.

Y por eso: «¡Baila, monocuco!».

En el barrio Buena Esperanza la Danza del Congo Reformado se prepara para el desfile. Mokaná se acerca y muestra su turbante con la imagen de Tutankamón. Ignacio presenta a su novia Viviana y Sánchez ordena a las treinta personas que saldrán este viernes. Viste una especie de pijama con el estampado del continente africano con los colores jamaiquinos. Tiene el mismo sombrero que el día anterior llevaba Mokaná. Sánchez comienza a arrear a los integrantes de su grupo hasta la esquina de la carrera 21. Una ambulancia intenta avanzar por esa misma esquina, pero se queda atorada por el tráfico. Sánchez levanta los brazos para detener a un bus de la línea Delicias Olaya que acepta llevarlos hasta el lugar donde comenzarán este preámbulo dionisíaco.

—Uno hace esto por amor —dice Mokaná, sentado incómodo en el bus.

Pegada junto a la ventanilla del chofer, una página del periódico *El Heraldo*: «Nacen dos tayras en el zoológico de Barranquilla». Al fondo comienzan a golpear el tambor y se escuchan los primeros versos. «Dale duro a ese tambor y acábalo de romper», gritan desde adelante. Se escuchan bocinas, el bus que frena y arranca, frena y arranca y «¡Mama ron!» y «¡Viva el Congo Reformado!» y «¡Viva el Carnaval!». Justo detrás del chofer, un hombre de bigote de bolero —finito, rectangular— saca de su bandolera una petaca de aguardiente y un vaso de plástico.

Ofrece un trago.

—Soy pecador porque soy un ser humano —dice. Asegura que esta época es el único momento que permite excederse—. Sólo me dedico a la carne en Carnaval.

El hombre tiende la mano, se llama Jorge Rodríguez.

—¿Pastor evangélico? —pregunto.

—Para la gloria de Dios y estoy aquí para enviar un mensaje a los que están en el pecado.

Rodríguez escupe al hablar. Saca la petaca de la bandolera y sirve otro *shot*.

—¿Y cuál es el mensaje? —pregunto, otra vez.

—Que hay un Dios.

Mokaná no lo escucha, él está al fondo, con la bandera roja apoyada contra la ventanilla.

Rodríguez estuvo cinco años en la cárcel por tráfico de drogas, era mula y asegura que eso fue un plan de Dios, que fue lo más lindo porque encerrado pudo conocer a su libertador.

—Me dejé llevar por el enemigo, por Satanás, me dejé envolver y cuando quise darme cuenta estaba en las tinieblas.

Rodríguez lleva el turbante en el piso. Transpira. Dice que hoy es una persona diferente, que está casado, que tiene un hijo de 13 años y recuerda que estando en prisión veía el desfile que pasaba frente a la cárcel. En esos tiempos soñaba con el día en que pudiera bailar de vuelta con los congos.

—Jesucristo me hizo libre de la droga —afirma Rodríguez. Luego, explica que la diversión es darle libertad al cuerpo, alegrar al cuerpo y al alma por un momento—. Hay algunos que no lo entienden, pero así no le hago mal a nadie.

Sigue:

—Barranquilla es el mejor vividero del mundo. Puedes hacer lo que quieras. Tú gozas sin pasarte.

Rodríguez no leyó a Nietzsche pero lo cita sin saber y acepta que en esta ciudad, como en toda Colombia, hay demasiada violencia.

—¿Quieres conocer a alguien? —me dice—. Tengo un amigo, el pastor Rodrigo Arenas. Es un ex terrorista, el que puso la bomba en el Hotel Royal de Barranquilla. Puedo pasarte el teléfono y nos haces una entrevista.

No respondo. Me doy vuelta y veo a Pereira que está sentado en el bus junto a Viviana. No habla. Sostiene su turbante con una mano. De vez en cuando la mira, le da un beso en la frente y le toca la panza.

Una de las comparsas de barrio Abajo rumbo al desfile de La Guacherna • Foto: William Martínez

CARNAVAL EN LA SANGRE*

Por Miguel Valera Hernández

Alexandra era todavía una niña cuando descubrió en un bullerengue que sus movimientos ponían arrechos a los hombres. A los 26 años, la herencia de ese baile que nació a orillas del río Magdalena, le permite ganarse la vida en Lucitania, un centro de *table dance* de la carrera 44 en esta Barranquilla convertida en carnaval.

El mapalé transforma a Alexandra. Su cuerpo parece entonces poseído por un dios africano que la recorre e intenta salirse de ella por los brazos, por las tetas, por las caderas.

El ritmo de tambora detiene el tiempo. El tun-tun-tun, tun-tun-tun arroba los sentidos, ya trastocados por el ron. La botella de un cuarto de litro que cuesta 22 dólares cuando en la calle vale 10, viaja de mesa en mesa como el humo de cigarrillo y coloca en estado límbico a quienes están convencidos de que el Carnaval es la «fiesta de la carne» y lo festejan esta noche en uno de los cabarets más conocidos de Barranquilla.

Alexandra tiene el poder sobre el escenario. Su carne vibrante, firme, negra, se confunde con la penumbra. El sudor de su cuerpo sirve de proyector a la intermitente lluvia de luz que enloquece con los abundantes espejos en el salón de baile.

Vestida con diminuta falda en tela color leopardo y un sostén que grita descanso o más elasticidad, la mujer parece verse en los espejos o su reflejo en las pupilas excitadas de los clientes. En el centro de sus abundantes tetas, un dorado crucifijo parece ver la escena desde otra perspectiva, desde la mirada del dolor, el flagelo, la resignación y el sufrimiento. El Cristo, escondido en la turgencia, calla mientras la mujer goza y hace gozar.

Cuando Alexandra baila los hombres parecen no moverse, no respirar, no parpadear. La mirada de la negra los atrapa. Aquí no hay vudú, no hay burundanga, no hay conjuro. La magia que envuelve a los lucitanios emana de la fuerza de la mirada de Alexandra. Con ella invita a mapalear, a seguir el intenso ritmo afrocolombiano que los habitantes de San Basilio de Palenque imitaron de un pez fuera del agua.

Sus blanquísimos dientes lanzan un tercer destello. La sonrisa se suma a la arrecha aventura de cuerpo, movimiento, sudor y luces. Como las de todas las strippers, la de Alexandra es una sonrisa que más bien podría semejarse a una mueca.

Pero en Barranquilla no sólo se baila mapalé para los caníbales nativos y extranjeros que buscan algo más que danza y espectáculo en el Carnaval.

Si para Alexandra el mapalé excita a sus clientes, a la niña Yoryeris Pérez Fruto —integrante del grupo Raíces de Nueva Colombia— la tambora le calienta la sangre y la transforma. En Alexandra hay intencionalidad lasciva. En Yoryeris hay inocencia. En la primera hay un interés provocativo. En la segunda un interés cultural promovido por su madre, la profesora Yilda Fruto Marimón.

—La tambora me calienta la sangre —dice Yoryeris mientras danza en un piso rojo con grietas en el barrio Nueva Colombia, una de las zonas más habitadas por población afrocolombiana de Barranquilla.

A lo lejos, un vallenato suave llega empujado por el aire enrarecido del mediodía a una casa de la calle 75C. En la entrada, un cartón amarillento tiene marcado el número 22A-197. El cuarto, que funciona como habitación para una familia de cinco miembros, es también sastrería, centro de ensayo y coreografía de la danza Raíces de Nueva Colombia.

* Versión editada de «Mapalé, carnaval en la sangre», crónica publicada en el semanario *Punto y aparte*, Xalapa, México, el 22 de febrero de 2009, p. 16.

Y ahí está, en el centro, Yoryeris, tímida, sonriente, emocionada porque este año participa en su octavo Carnaval. Su madre prepara el vestuario. Dos líneas de rafia cruzan el espacio. De ellas cuelgan trozos pequeños color salmón que serán las faldas para las niñas mapaleras en la comparsa del Carnaval del Suroccidente. El padre observa El chavo del ocho en un televisor que ha perdido el color y me dice en una palabra casi imperceptible que se llama Miguel. Ever es el más pequeño de la casa y empieza a moverse con la tambora. Yuley, la mayor, va y viene con la rafia color salmón.

Para la familia Pérez Fruto participar cada año en el Carnaval de Barranquilla es un rito casi sagrado. La liturgia empieza justo el miércoles de Ceniza. Apenas sepultado Joselito Carnaval, los barranquilleros ya están listos para organizar la siguiente fiesta.

A sus 10 años, Yoryeris no sabe bien qué significa que su Carnaval sea Patrimonio Oral e Inmaterial de la Humanidad. Yoryeris lo único que sabe es que la tambora le calienta la sangre, la hace vibrar, moverse de los pies a la cabeza. Su madre ha promovido las danzas negras en este barrio de migrantes palenqueros.

Yilda recuerda que en el pueblo sus abuelos tenían tradiciones muy marcadas con danzas dedicadas a la fertilidad, la naturaleza, el nacimiento, la lluvia, la cosecha, la iniciación sexual y la muerte.

En la casa, de tablas de madera y lámina de asbesto, se respira alegría y fiesta carnavalera. En la parte superior del quicio de la puerta un «llamador» colgado pareciera un fetiche protector. Yilda sonríe mientras le digo que el cuadro de la sala me recuerda a Miró africanizado. El sofá azul, el único de las tres piezas de una sala común, desgastado por el paso del tiempo, nos recibe para la conversación. El único orden de ese cuarto es que no hay orden y que el Carnaval está por comenzar.

—¿Has visto cómo se mueve un pez fuera del agua? —me pregunta.

—Sí, claro.

—Pues así es el mapalé. Imagina que ese pez te lo comes y, aun así, sigue moviéndose dentro de tu cuerpo.

—Si los negros no hubieran llegado a la costa del Caribe, el Carnaval de Barranquilla no sería igual —me insiste Yilda con la seriedad de quien cree poseer una verdad absoluta.

Miguel Valera Hernández (Tolome, Paso de Ovejas, México, 1971). Desde 1999 es reportero en el semanario *Punto y aparte* de Xalapa, Veracruz, y en *Liberal del sur*, de Coatzacoalcos. Ha merecido varios premios de periodismo en su país entre los que destacan el Premio Estatal de Comunicación Social y el Premio Estatal de Periodismo Rubén Pabello Acosta. Ha publicado dos cuadernos poéticos: *Fuerzas cósmicas, alas, cuerpos y colores* (Fundación Colosio, 2004) y *Entre el amor, la angustia y la esperanza* (IVEC, 2005).

Casi todos los negros llegaron de San Basilio de Palenque o de Cartagena. Los primeros se instalaron en el barrio Abajo y los segundos en Nueva Colombia.

Protegida por una imagen de bulto de la Virgen del Carmen, la carrera 22D de Nueva Colombia es una muestra de la pobreza. Una niña sin blusa, en calzones, moquienta, con zapatos rojos, juega con un peñón en la mano y persigue a un niño no menos afortunado. Las casas de bloques sin repellar o de madera pintadas de verde y gris son abrazadas por árboles de mango para contener la inclemencia del sol. El polvo de la calle me lleva hasta una vivienda en donde dos jóvenes negras, casi azules, cuentan con toda naturalidad que ellas también saben bailar mapalé sin estar en ninguna comparsa del Carnaval. En otra casa de una sola pieza con diez personas entre señoras y niños, una pequeña me abraza y su moquienta nariz humedece mi cara.

—Me llamo Daniela Bornasere. Él es mi hermano José Luis —me dice otra niña que parece también vivir hacinada en esa pieza de cuatro por cuatro—. A nosotros también nos gusta rumbear. En el Carnaval nos la pasamos bien chévere.

—¿Y a qué desfiles van? —pregunto.

—Vamos al Carnaval del Suroccidente, que está aquí cerca, porque a veces no tenemos dinero para llegar hasta la 40, al desfile principal —dice y pienso que la pobreza no es impedimento para el goce.

Un niño, que quizá no pueda ir al Carnaval este año, intenta levantar una cometa —papagayo le dicen acá— ante la negativa de un viento en franca rebeldía.

—En Barranquilla hay rumba mientras el mundo se derrumba —me dijo Libardo Barros, periodista local, al charlar sobre la pobreza en esta ciudad.

Foto: William Martinez

—¿Acaso se les podrá quitar la fiesta a los pobres cuando ya casi les han quitado todo? —pregunto.

Pero los vecinos olvidan la pobreza y la crisis mundial, frase temeraria para quienes han vivido siempre en la línea de la supervivencia.

Los vecinos olvidan las carencias al escuchar el grupo de millo en la casa de Yilda Fruto para el ensayo de la tarde. El «llamador», el «alegre» y la tambora se apropian del escenario. Falta la caña de millo y el «wache». El ritmo de la tambora que toca Rodrigo Fruto posee a Yoryeris y a Pedro, otro niño que ya está listo para danzar.

—Al sonar la tambora se mete el ritmo en la sangre —dice Pedro. Su rostro apiñonado contrasta con el acentuado negro del de Yoryeris.

En sus movimientos hay fuerza y sensualidad. Yoryeris y Pedro no piensan en lo erótico del baile, sino sólo en la fuerza que emana de la naturaleza, en la sangre que es impulsada por la sístole y la diástole del tumbo de la tambora. Los niños se mueven agitados, impulsan sus manos, sus pechos y sus caderas. Pedro queda tirado debajo de Yoryeris y se mueve con pies y manos como pez que busca el mar con ansiedad.

Angélica Herrera Miranda, investigadora del folclor afrocolombiano, cree que la imitación de los movimientos del pez en el mapalé significa «las ganas de seguir viviendo» ante «los latigazos» que recibían los esclavos que en el siglo XVII lograron levantar una gran empalizada y una comunidad propia, para protegerse de sus perseguidores y convertir a San Basilio de Palenque en el primer pueblo libre de América Latina. «En el mapalé hay alegría, ganas de vivir, fiesta en el cuerpo y al mismo tiempo recuerdo del dolor que se vivió entre el pueblo de negros», añade.

Quizá Yoryeris y Pedro saben poco de historia pero tienen claro que el mapalé es de ellos, lo llevan en la sangre y durante estos días lo gritan al mundo como un patrimonio de los barranquilleros.

El sol cae a plomo. Un par de palmeras contienen su inclemencia. La comparsa de Yilda se une al Carnaval del Suroccidente y los niños, incansables, recorren las calles de los barrios populares de Barranquilla.

Mientras el Carnaval avanza y las comparsas multicolores se refrescan por la brisa vespertina, en Lucitania Alexandra se prepara para mostrar otro rostro de la fiesta, el de los excesos, el de la permisividad, el de la transmutación de los valores en donde todo se vale, siempre y cuando se llegue a casa con la cruz de ceniza en la frente, el miércoles al mediodía.

Johny, un taxista evangélico que me traslada al Hotel del Prado para una entrevista con el jefe de la policía del departamento del Atlántico, me marca con una frase:

—Aquí el Carnaval lo único que deja son peladitas embarazadas. Venga usted en nueve meses y verá cuántos niños nacen.

Su frase me corrobora un cartel visto en la marcha del Carnaval del Suroccidente: «Unidos por un Atlántico sin embarazos a temprana edad».

Pero el dato daría para más cuando Sebastián Guzmán, asistente del rey Momo me dice que él mismo es hijo del Carnaval porque nació en noviembre.

El taxista evangélico me aclara:

—Bueno, ese es mi punto de vista personal, no religioso —mientras me permite hojear su Biblia Reina-Valera con forro negro, maltratada por el uso. Al puro estilo de Cantinflas me dice que el Carnaval ni le beneficia ni le perjudica, sino todo lo contrario. Finalmente, acepta que sus ganancias son abundantes en estos días, pero critica los excesos sexuales—: Ya ve que el lema es "¡Quien lo vive, es quien lo goza!".

Y ahí, mientras a la ciudad le corre la fiebre de fiesta, en la carrera 44, entre calles 75 y 76, Alexandra disfruta el desfile de La Guacherna. Con nostalgia, dice que ella fue hace dos años reina de Lucitania.

—Fue algo grandioso. Aquí todas queremos ser reinas y a mí mis compañeras me eligieron ese año —dice.

En La Guacherna los barranquilleros viven horas intensas. En una casa de la carrera 38 Flavia se pasa el día entero maquillando y preparando ropa para la comparsa «Disfrázate como quieras». Un ángel caído termina de colocar silicón a sus botines. Una mujer se viste de Geisha. Vilma Gutiérrez, directora de la comparsa, dice que el Carnaval es como un vicio y cuenta que la noche anterior a La Guacherna tiene que tomar algo para dormir, por la ansiedad que le carcome la piel, los huesos y el alma. En «Disfrázate como quieras» la imaginación no tiene límites. Este año la marcha se denomina «Disfrázate de película» y en la 49 y en la 74 desfilan King Kong, Popeye,

Danza del mapalé • Foto: William Martínez

Al fondo, Yilda Fruto; en difuminado, Yoryeris, riéndose • Foto: William Martinez

Shrek, Darth Vader, gatúbelas, mujeres maravilla y hasta el propio Óscar hollywoodense.

En la carrera 44 con 76 dos personajes vestidos de paramilitares y guerrilleros de las Farc posan para las fotos, simulan llamadas por radio y apuntan con sus metrallas falsas. Dentro de la marcha una pareja vestida a rayas —como ex convictos—, remeda la situación de los presos políticos y de la política carcelaria. Detrás de ellos, va la comparsa «Paz y libertad de los secuestrados», de la Policía Nacional. Cargan pancartas con los nombres de los diecisiete policías en manos de las Farc. La reina Sandra de la Hoz Ruiz, y la Niña Colombia, Laura Hoyos, parecen nunca cansarse de la rumba y la batucada.

La comparsa es única en su género.

—Los secuestrados están sufriendo mucho en la selva y a ellos también les gusta el Carnaval —me dice serio, seguro, el coronel Henry Rubio Conde, comandante de policía del departamento del Atlántico, después de informar que su espectáculo contará con la presencia de mil policías y más de catorce artistas de talla internacional.

—¿Será que alguien se acuerda de los secuestrados ante tanto Carnaval? —le digo.

—Pues se trata de hacer conciencia —dice—. La Policía Nacional no puede ser indiferente.

Mientras el policía habla de comparsas en memoria de los secuestrados, *El Espectador* publica una declaración del presidente de Colombia, Álvaro Uribe, que dio en la Universidad de Medellín: «El único acuerdo humanitario con estos terroristas de las Farc es que liberen unilateralmente a los secuestrados, que lo hagan rápido, que no sigan jugando, haciendo politiquería con la libertad de los colombianos y el sufrimiento de las familias».

Ese mismo día, el ex secuestrado Luis Eladio Pérez señala en Caracol TV que le desconcierta la posición del presidente «porque ya había manifestado que estaba dispuesto no sólo a un intercambio humanitario, sino a un acuerdo de paz cierto con unas condiciones mínimas».

Pero la paz aún está lejos de Colombia. La paz podrá ser durante unos días fiesta, rumba, gozo y placer carnavalero, pero después del miércoles de Ceniza Barranquilla regresará a la realidad que, rotunda como es, no abandonará estas tierras caribeñas, por mucho que los costeños lleven la fiesta en la sangre.

La realidad me lleva en la memoria a Bembé, un taxista que durante mi primer día en Barranquilla me convenció de visitar los restaurantes de las Flores, un barrio de pescadores a orillas del río Magdalena, un afluente que cruza el país y que parece arrastrar en sus caudalosas aguas, fertilidad y podredumbre. Ahí, tocados por la brisa marina del Caribe que llega desde el estuario Bocas de Ceniza, Bembé me dijo:

—Aquí la vida es bacana. Sí, de verdad, aquí todo es bacano, sabroso, alegre.

Luego, al despedirme en el hotel, Bembé me sugirió:

—Si quiere conocer negros como yo vaya a Nueva Colombia y si vino a la fiesta de la carne vaya a Lucitania, verá que no se arrepentirá.

DERECHO DE FAMILIA

Por Sonia Budassi

Carlos Andrés tiene 6 años y no registra el costado más siniestro de la pregunta que está por hacer.

—Papá, ¿tú cuándo vas a morirte?

—Pues... no sé hijo la verdad... ¿Por qué me preguntas eso?

—Quiero saber cuándo voy a dirigir yo la danza.

Doce años después de aquella escena, la lógica hereditaria de los clanes carnavaleros se mantiene aún en Barranquilla: la dirección de un grupo folclórico se pasa siempre a alguien de la familia, en general a los hijos, cuando el líder de la generación anterior muere.

En la pared del comedor, donde algunos cuelgan imágenes de sus antecesores o modernas piezas de arte, los Maestre exhiben una foto de un metro al cuadrado en la que se ve a Andrés a sus siete meses, disfrazado, pobre niño, con el traje típico que se usa para desfilar.

«Hay que cuidarse de quienes se les ocurra inventar algo diferente saliéndose de la tradición», dice, ahora, Carlos Maestre. La frase, con sus variantes que incluyen palabras como desvirtuar, preservar o traicionar, es recurrente entre líderes de cumbiambas y congos. Fuera de contexto, estas expresiones podrían, qué peligro, ser tildadas de excesivamente reaccionarias. Pero aquí es natural que importen más los lazos de sangre que las relaciones democráticas. Recién llegada a Barranquilla, saco a relucir ciertos porcentajes de alumna aplicada que traje ordenaditos desde Buenos Aires. Si las generaciones, se dice, cambian cada cinco años y las diferencias entre una y otra se acrecientan tan rápido, me pregunto cómo se da la tensión entre tradición y cambio en las familias que participan en el Carnaval. Si los más jóvenes festejan este destino impuesto; si elaboran esa herencia; si la transforman, cómo la soportan.

Carlos Maestre cuenta que durante esta «genuina fiesta popular» es capaz de curarse de cualquier enfermedad. Todo el año se prepara para la época de la «sana euforia», en la que todos «están contentos». Por lo pronto, todavía no vi bailar a nadie ni sé muy bien a qué se refieren con eso de la fiesta. Mi misión no se define pero tomo envión: sigo, cargada de ignorancia, saturada de prejuicios, hacia el barrio Las Nieves.

Sobre la puerta del garaje hay un cartel: «Fundación Folclórica de Cumbiamba el Gallo Giro». Es la casa de Enrique Guzmán, la que fue de su padre ex rey Momo, Bernardo. Acá vive su hermana Alexandra y los sobrinos adolescentes de Enrique: Randy y Johan. Hay un tercer sobrino que se llama Gabriel, hijo de Roberto, líder de un grupo de marimondas. La excepción está en la figura de otra hermana que se volvió evangelista y dejó atrás la tradición familiar. Además del difunto Bernardo, ronda esta casa otro fantasma: el señor Parish, cónsul inglés que se enamoró de Alexandra como en los culebrones y fue un mecenas del Gallo Giro.

Entramos a la casa despacio, prudentes. Al fondo hay un escritorio como en la recepción de una empresa y sillas contra la pared que asocio con un consultorio de barrio. Espero al líder y me imagino cronista chica James Bond del subdesarrollo: estudio el terreno buscando indicios para entender lo que todavía no entiendo, es decir todo, casi todo lo referido al Carnaval. Sobre estos muros veo color, pero también gris institucional en certificados de participación y reconocimientos al Gallo Giro por tal o cual actuación. Sobre la mesa de la computadora pantalla plana, premios Congo de Oro de

los que Enrique hablará en un rato. Pero detengámonos en las fotos: de varios tamaños y enmarcadas, muestran parejas bailando la cumbiamba. Los hombres usan camisas blancas, fajas del mismo color que el pañuelo que llevan al cuello y sombreros claros. Veo una niña y una mujer morenas con un tocado azul platinado, las dos el mismo potente maquillaje: sombra azul y delineador negro en primeros planos sonrientes. Otra: plano medio de Alexandra, capitana del grupo. La botella se mantiene quieta sobre su cabeza equilibrista. Volados, puntillas y cintas de raso me recuerdan a los disfraces de dama antigua en los actos patrios de la escuela primaria de mi ciudad natal. Aquellas siempre eran blancas con bucles armados para la ocasión; se codeaban con próceres libertadores pero las morenas de los actos patrióticos, no. En el sur los que fueron esclavos, morenos y mestizos no encuentran su lugar como, según dicen, en este Carnaval. La cumbiamba tiene orígenes africanos como el congo; otras danzas nacen de la confluencia indígena y española. Camino batiendo las palmas como si sólo buscara a Enrique; tengo que disimular mi intención de espía. Me asomo por la puerta abierta al fondo del garaje para husmear el comedor. Una pintura de Bernardo vestido de rey renacentista: cetro y capa roja con bordes blancos y dorados. El rostro anguloso y los ojos demasiado grandes; el pelo blanco. Las piernas larguísimas y flexibles como finos troncos de un pequeño árbol parecen fuera de proporción. Intento pensar esa imagen desechando lo kitsch; es muy difícil.

Escucho ruidos y retrocedo. Vuelvo a mi afectada posición de visitante de museo: inmóvil miro los cuadros de la pared; que nadie vaya a creer que soy una metida. El anfitrión entra en escena; finjo un leve sobresalto. Enrique es grandote, usa lentes y sus ojos siempre miran a los ojos. Camina sabiéndose parte de una dinastía a la que se refiere con épica prolija, estudiada palabra por palabra, retórica tan legible como elaborada; en Buenos Aires los empleados de callcenter, los gerentes de marketing y los vendedores de celulares hacen cursos en los que aprenden cómo vender y hablar de su labor. El discurso seguro de Enrique parece salir de un lugar así aunque lo más probable es que sea su propio talento de evangelizador en temas de Carnaval. Invita a sentarnos luego del —como se usa aquí— breve y leve apretón de manos y toma posición detrás del escritorio. Enrique tiene 56 años y hasta hace un mes trabajaba como agente de tránsito. Ahora esa dependencia pasó a manos de la Policía y están todos desempleados, en medio de negociaciones gremiales.

Sonia Budassi (Bahía Blanca, Argentina, 1978). Es editora del sello de narrativa Editorial Tamarisco y trabaja en el suplemento de cultura del diario *Perfil*, de Buenos Aires. Colabora con varias revistas más. Ha publicado el libro de relatos *Los domingos son para dormir* (Entropía, 2008) y el de crónicas *Mujeres de Dios* (Sudamericana, 2008). Cuentos suyos han sido publicados en antologías de jóvenes narradores argentinos.

El heredero de Bernardo Guzmán dice que se perdió «la magia de antes, aunque es verdad que con los desfiles se mejoró la organización, los trajes y las coreografías». Habla de la época en que su padre comenzó con el grupo, cuando el Carnaval vivía en el barrio; manifestación espontánea que se recuerda con pesada —¿sobreactuada?— nostalgia. Ahora, dice, no todos se disfrazan. Como Carlos Maestre, Guzmán se enorgullece de haber crecido en ese ambiente y de su intento por «preservar la tradición lo más pura que se pueda». La nueva generación, según él, no vivió esa «fiebre» que había en los barrios cuando el Carnaval no era sólo un desfile. «Los chicos hoy tienen otra mentalidad», dice y parece la declaración universal de un abuelo frente a casi cualquier tema. Antes, el turista —¿algo que no vendría a ser, estrictamente, yo?— se metía por todos lados y era una fiesta que salía de cada casa hacia la calle. Enrique impulsó un proyecto que recrea lo que se llama «asalto a los palacios reales» para «recuperar» esa práctica en la que los grupos se visitaban entre sí.

«Debemos tratar de que no muera esta fiesta sin distingo de clase, porque ahí están los de arriba y los de abajo». A modo de evidencia, despliega muchísimos álbumes de fotos sobre la mesa. La exposición de las pruebas se hace demasiado larga. Veo unas mil fotos con los disfraces del grupo a lo largo de los años. El padre alto con su sombrero de rey Momo es impresionante en una foto de registro, sin pose; grandilocuente solemnidad en un gesto duro que no traduce necesariamente ese estigma de la alegría. Aunque es más triste, por supuesto, el homenaje a Bernardo durante su entierro en un libro de un fotógrafo local. Me sorprende la cantidad de gente llorándolo;

otra de las pruebas de que el rey Momo es aquí en verdad una figura pública respetada como en otro lugar puede serlo un actor, un activista de Derechos Humanos, un deportista o un político, no sé.

—¡Alexandra! ¡Ven! ¡Enciende la computadora!

Alexandra es la chica cabeza equilibrista de la foto. La capitana del grupo de mujeres llega al instante aunque camina lento para encargarse del asunto. Está sin maquillar y viste calzas. Es notable la transformación: aunque sigue siendo linda, ya no tiene aspecto de princesa, de actriz de teatro en Broadway. La capitana expeditiva ahora parece sólo una hermana menor. Obediente pero sin sonrisas, toma posición frente a la computadora y abre la carpeta de imágenes que le señala Enrique.

Espero que estas nuevas pruebas en su versión digital aporten a la causa, den pistas que determinen mi misión o, por lo menos, sean entretenidas.

Una de las fotos muestra el cielo azul —demasiado parecido al fondo de pantalla *preseteado* del Windows— y apenas a contraluz un gran crucero. Adelante posan tres parejas con sus trajes de cumbia; los colores estallan, saturados. La imagen es como la postal de un crucero caribeño en las oscuras agencias de viajes del microcentro de Buenos Aires —imprescindible la palabra tour, todo muy internacional—. «Eso fue en Cartagena, en una presentación que nos invitaron». También actuaron en España y Alemania. Habla de la importancia de «difundir afuera» esta tradición y «de llevar al extranjero» el Carnaval de Barranquilla. Lo dice con el tono de quien se refiere a su objetivo como a una misión necesaria, solidaria y social. Importantísima. Me pregunto si el show *for export* contiene la tradición real, si la palabra negocio está mal vista en este contexto.

«Jerarquías cambiadas», «igualdad», «ricos» y «pobres». El campo semántico de esta fiesta popular —¡campo semántico!; me desubiqué— sugiere en cierto imaginario una suerte de festiva utopía transitoria, casi socialista: integración, solidaridad y alegría compartida. ¿Alegría?

—Hay que ser el mejor —dice Enrique.

Para lograrlo todo es importante: desde el vestuario hasta la coreografía. Y espiar los movimientos del adversario no es una práctica desleal. Enrique confiesa que siempre se presta atención a lo que hacen los otros grupos para superarlos y ganar en el concurso del último día de Carnaval, donde suelen estrenar los nuevos atuendos.

Todavía enmarañada en mis falsas ideas de la liberación por medio de la danza, pienso que cada uno debe bailar siguiendo sus impulsos bajo el lema «¡Déjate llevar!». Pero cuando pregunto cómo se hace para formar parte de esta élite popular, de esta fiera competencia, me explican un método bien preestablecido. Sólo digamos que, lejos de la espontaneidad, hay un sistema de audiciones con sus respectivas reglas de selección. Se evalúa la «aptitud para el baile» de los aspirantes: el movimiento de las manos, la sincronización o el gesto del rostro son todavía conceptos abstractos para mí. Pienso pobrecito postulante: si no tiene «condiciones naturales» se lo rechaza. Premio de consuelo: se le sugiere que tome clases y talleres. Qué raro que ningún productor de televisión no haya pensado todavía en hacer un reality show con estos personajes.

Mi misión se va dibujando. Necesito acción. Tengo un objetivo. Tengo más recursos. Lo tengo a Enrique que promete lo que busco: presentarme, al día siguiente, a los futuros herederos del Gallo Giro, sus sobrinos adolescentes Randy, Johan y Gabriel. Tengo que conocer a Los Sobrinos cuanto antes.

Después de mi visita a los barrios, cumplo con todos los requisitos que se me imponen. En las recepciones que se nos ofrecen en nuestra calidad de cronistas extranjeros bailo —aunque no tenga ganas— para evitar que se ofendan. Es la primera noche de cumbia para mí y sigo las instrucciones a pesar de que sea un poco torturante que todo el tiempo te estén diciendo cómo hay que moverse. Estamos en la Casa del Carnaval, espacio tomado por excelentes grupos de danza cuyas representantes son verdaderas diosas. Pero no sólo tengo que bailar para quedar en ridículo al lado de ellas. No. Esa humillación no fue suficiente para esta pobre chica James Bond convertida, más que en la 99, en el propio Maxwell Smart en versión de torpeza femenina.

Compañero de baile: ¡Di huapajé!

Cronista: ¿Eh?

Compañero de baile: ¡Que digas huapajé!

Niño con pechera de Congo • Foto: William Martínez

Cronista: Disculpame, no te entiendo.

Compañero de baile: ¡Pero que digas huapajé, mujer!

Cronista: ¡Huapajé! ¡huapajé! ¡huapajé! ¿Está bien así?

En un plano más, digamos, profesional, cumplo con llamar a la hora convenida para confirmar mi encuentro con Los Sobrinos. Pero al teléfono él dice: no. En cambio, me invita a ir a Buenavista, el shopping de la ciudad donde ese día un artista local presentará su libro de fotografía del Carnaval y Éxito, la cadena de supermercados, hará un reconocimiento a los líderes de los grupos más importantes. Por supuesto, Enrique está incluido. En el libro, dice, también aparecen fotografiados los mejores grupos. Desde luego, la cumbiamba del Gallo Giro está incluida. Modestia aparte.

Es verdad que caminando por estas calles me siento como pintada con resaltador. Y cuando pregunto a la recepcionista del hotel dónde puedo tomar un colectivo, ella insiste en que tome un taxi. No le hago caso. Este viaje, «no muy exclusivo, así muy popular» como dijo la chica, es de lo más tranquilo. Cliché de conocida orquesta urbana, los gritos de un taxista que casi choca se mezclan con las bocinas de los autos de atrás. El hombre del otro coche responde, sin soltar el celular, con una puteada a la altura. La pelea ralentiza el tránsito, humo de caños de escape aún más denso porque hace calor; quizá sólo sea efecto de la sensorial conspiración de olor, temperatura y sonido. Funcional en su desorden, la ciudad se reacomoda: el otro conductor rechaza una firme invitación a pelear. El bus por fin avanza y giro la cabeza para seguir observando en la vereda el video clip mental de dos adolescentes con *cups* que caminan con ritmo, ¿con cuál? Pasos largos tipo zancadas; la marcha, imagino —imaginación extranjera— tiene algo así como de reggaeton.

Entro al shopping como una cazadora en busca de su presa. Suspicaz, salvaje, sutil. Ante todo, temeraria. Recupero mis más atávicos instintos porque cada estímulo visual, cada pequeña señal auditiva podrían revelarme, lo intuyo, algún nuevo significado, una nueva importantísima pista. Esta colonizada selva de consumo esconde, lo sé, una cifra secreta. Sólo tengo que estar alerta para descubrir los matices, las huellas mestizas del Carnaval. ¿Dónde será el evento? Desisto de ir a Informes. Felina hambrienta cebada por el aroma de la sangre, cronista autosuficiente, me valgo de mis propios medios: escucho, a lo lejos, un sonido de tambores. Mi fina percepción auditiva me lleva a la puerta del supermercado Éxito. Resulta lógico, Watson, que el evento auspiciado sea en este preciso lugar. Avanzo. Puertas automáticas se abren frente a mí, familias con carros vienen en sentido contrario. Una larguísima fila de cajas y el bullicio característico no hacen que olvide que mis tambores siguen ahí, cada vez más cerca. Avanzo. Entre góndolas de ropa interior masculina. Entre lácteos y fiambrerías. Entre electrodomésticos. Tum tum tum, cada vez más próximo. ¿Serán los mismísimos sobrinos tocando? Los tambores se detienen... es sólo un minuto que me deja escuchar una voz, dar un paso más y descubrir... no lo que esperaba. No hay vestuario tradicional. No hay Los Sobrinos. No está la reina. No está el rey: cuatro morochos, bueno, sí, con dos tambores visten remeras con la leyenda «Quien lo vive es quien lo goza» y otra que dice pastas La Muñeca. Uno de ellos vocifera: «Quedan cinco minutos de oferta. ¡Compra tu pasta! ¡Compra tu harina!».

Humillación y derrota. Como un cazador que no ha conseguido atrapar a su presa y debe volver con comida a casa y, abatido, se resigna a pasar por la carnicería y comprar. Así de frustrada vuelvo a la recepción de Informes del shopping y me entrego sumisa a las instrucciones que me da la chica: caminar por pasillo, dar la vuelta, encontrar hall central.

El hall central podría ser uno de cualquier shopping del mundo. Hay dos grupos de sillas de plástico vestidas de rojo para la ocasión dispuestas en L. Unas para el público, invitados especiales y prensa. Las otras para coloridas figuras vestidas de cumbiamba: las diez agrupaciones contratadas para el evento que a la vez serán premiadas, con niños impecables como muñequitos de souvenir que representan a un país en venta en los *freeshops* de los aeropuertos. Cierra la doble L, formando un cuadrado, una mesa larga en la que está el jurado. Allí está la reina Marianna, aburrida, quien juega con el cartel que dice su nombre; Wilfredo, el rey Momo, se toma un vino. La reina y el rey están sentados a una silla de por medio. Ella es joven. Él ronda los 50. Él, mulato; ella, blanquísima. Son la pareja imperfecta, y quizá ese sea el efecto buscado: las reinas deben tener una dote considerable para ser elegidas y en general son jovencitas. Los

reyes resultan electos en función de su verdadera trayectoria en el Carnaval y, como lo indica la tradición, son de barrios populares. O, por lo menos, no tienen que pagar para entrar en juego.

Cuando arranca la ceremonia, los protocolos de siempre: discurso del gerente de marketing de Supermercados Éxito. Discurso más emotivo aunque por momentos vanidoso —discurso de artista— del fotógrafo Samuel Scherassi que también felicita a la reina «por ser tan linda» [sic] y cuenta que su libro está escrito en cinco idiomas. Enrique recibe el premio y, canchero, me guiña un ojo. Los Sobrinos tampoco están acá.

Volvamos al barrio Rebolo. Tardecita. Empiezan a prenderse las luces de la calle pero todavía queda cierta rosada claridad del sol; la de las publicidades ambientadas en barrios bajos. Llego a la puerta de la casa de Carlos Maestre, la mejor adornada de la cuadra.

La esposa de este líder del congo mira una telenovela venezolana de médicos. Se acerca para saludarme, me muestra la capa roja bordada con apliques de lentejuelas y piedras que cubre parte de esta pared y vuelve a la tele. Carlos busca una silla. Ya le conté que estoy trabajando sobre los hijos de los carnavaleros más importantes, como su hijo Andrés, de 18 años. Carlos pega un grito. Mi futuro entrevistado entra con paso cansino por la puerta sin quitarse su mp3 de las orejas. Escucha champeta, ese género musical que mezcla el autóctono mapalé con sonidos de reggae y que, al mismo tiempo, ha influido en el reggaeton. El padre le ordena que me salude. Él se quita los auriculares y, tímido, apenas me da una mano suave cuando yo, torpe, me levanto y me acerco, quizá demasiado, para darle un beso en la mejilla que termina siendo un roce próximo e inesperado. Choque cultural: Andrés se pone colorado como si yo fuera una vil acosadora. Advierto mi error, debí recordar cómo se saluda aquí. Andrés nota que todavía sostiene, suave, mi mano y la suelta bruscamente. Incómodo. Identifico pronto la ubicación del padre. Veo que está trayendo una silla de la mesa. Me pregunto si vio lo que acaba de pasar. Carlos coloca la silla de Andrés al lado de la suya, enfrente de la mía, a una distancia, digamos, demasiado prudencial. Los dos se sientan. El padre no se va. El hijo mira para abajo. Digo que me gustaría que Andrés me llevara a conocer el barrio. Pero la respuesta de Carlos es que es tarde y que él tendría que acompañarnos. Pensar otro viejo truco para sacarme al padre de encima ¡lo tengo!: el momento álbum de fotos y recortes periodísticos.

Maestre dice que antes se disfrazaban todos, pero que ahora a los jóvenes no les gusta taparse la cara. «Y prefieren escuchar la música que está de moda en la televisión». Se viene el álbum, es mi oportunidad:

—Andrés, ¿te podés sentar al lado mío, así me contás quiénes son los que aparecen en las fotos? Por ejemplo, ¿este chiquito es tu sobrino?

Funciona. Ya lo tengo a mi lado y, optimista, imagino que esta distancia va a posibilitar que podamos hablar sin tanta injerencia paterna. Él habla, apenas, más suelto.

—¿Tus compañeros de la escuela participan de los carnavales?

—No, yo soy el único.

Trato de verlo en clase. Imaginar si será para sus pares del tipo exótico atractivo o del bicho raro o si, a esta altura, participar del Carnaval es para los adolescentes lo mismo que elegir entre hacer karate, jugar a la Play Station o al fútbol.

Vuelve a poner la silla frente a mí. Y el padre vuelve a responder las preguntas que formulo para el hijo. Hablan de la disciplina que se necesita para desfilar bailando el congo: «algunos se cansan y se salen de la fila» y otros «no cuidan el traje al que hay que proteger como si fuera el vestido de una novia», dicen con el horror de quien describe un delito grave. La esposa de Carlos sigue mirando tele y en esta parte del comedor hay un tenso triángulo isósceles aislado que, creo, no está funcionando del todo bien.

Hoy es La Guacherna. Enrique me invitó a ir con ellos. Carlos Maestre y su Danza del Torito Cimarrón no van a participar porque esta ciudad tiene su circuito alternativo de Carnaval como el de las bandas *under* de cualquier capital. Maestre y su grupo participan en el del Suroccidente. Enrique, en cambio, forma parte del desfile oficial, ese que marca una extraña tensión entre lo hiperorganizado —símil Río de Janeiro— y lo tradicional espontáneo de los barrios en otra época. Paso una vez más por lo de Andrés; no me sorprende que no esté. Maestre le ordena a su hija Sujei Caterine que me acompañe hasta lo del otro líder.

Foto: William Martínez

Hace mucho calor y los pocos árboles que hay en la cuadra no llegan a darnos sombra; pasan pocos autos, vamos por el medio de la calle de tierra. Una toma clásica de western, esta vez caribeño, contemporáneo y femenino, versiones libres del *sheriff* y su aliado que caminan entre polvorientas calles desiertas; plano fijo, general.

La puerta del garaje de Enrique está abierta. Sujei Caterine no parece apurada por irse. Entro y aplaudo. Aparece Alexandra y dice que Quique no está porque tuvo que ir a una reunión con los «esponsors» pero que ya me localiza a Los Sobrinos. Cuando me doy vuelta, un plano vacío, error de continuidad: la hija de Carlos ya no está. No estoy resignada ni preparada para la derrota pero hay signos que he leído bien: no me sorprendería que Los Sobrinos hoy tampoco estén.

No pasa más que un minuto y sólo un desmayo sería una reacción proporcionada para expresar la intensidad del momento. No sé de dónde salieron: tres chicos me preguntan si soy yo la que quiere hablar con ellos. ¿Los tres pequeños mulatos son Los Sobrinos en verdad? Randy, de 14 años, tiene mechones teñidos de rubio, es el más bajito y relajado, ese aspecto de estar siempre pensando en otra cosa. Gabriel usa lentes, es alto y flaco, mira siempre para abajo, espalda encorvada, la cara poco feliz de la adolescencia, la de la introspectiva inseguridad. Johan tiene 16, usa *cup*, una camisa escocesa enorme y pantalones cargo. Se presentan dándome la mano y se sientan, disciplinados, en la fila de sillas de enfrente. El alivio de no ver a ningún adulto entrometido a la redonda.

Entusiasmados a pesar del calor aceptan pasear conmigo por Las Nieves. Cuentan que participan del Carnaval desde chicos. Es Johan, el hijo de Alexandra, quien le dedica más horas a la música y está más avanzado tocando el tambor, lo mismo que toca el resto.

El barrio es un pueblo abandonado. Siesta y calor. La calle se transforma en camino de tierra otra vez.

—Hay que cuidarse, hay mucha droga en el Carnaval —dice Gabriel.

—La gente a veces se descontrola, van armados, toman mucho. Hay muertes —advierte Randy y pienso que los carnavaleros adultos que conocí no hablan de eso jamás.

—Pero a nosotros nos encanta ir. Además, el verdadero músico tiene que tocar en su casa y en el desfile —dice Johan—. A nosotros nos cuidan cuando vamos y volvemos temprano. ¿Tú irás hoy? ¿Quieres venir con nosotros? Puedo preguntarle a mi tío, si quieres.

Los tres se sorprenden cuando les digo que Enrique ya me invitó a ir con ellos. Nos sentamos en el cordón de la vereda de una esquina.

—¿Te gusta el reggaeton? —pregunta Johan.

Y ahora todos se pelean por darme su listado de bandas preferidas: Arcangel, Daddy Yankee, Jowell y Randy, Eddie Dee y Zion. Especialmente me recomiendan la canción «Amor de pobre», un verdadero hit. «¿Podemos ir a Argentina contigo? ¿Nos llevas?».

La conversación conduce al fútbol colombiano, al argentino, al internacional. Este es el momento de reafirmar mi conquista. Hago un soberano esfuerzo por recuperar mis pocos conocimientos futboleros. Comentan rumores de compra de jugadores argentinos para el Junior, el equipo local que, aseguran, tiene mucho chance de ganar el campeonato y, como casi todos quienes me descubren argentina, recuerdan esa mítica goleada que Colombia le hizo a mi selección —5-0—. Me preguntan si conozco a un director técnico argentino que trabaja acá, un tal Óscar Quintabali. Miento que sí. Un grupo de chicos cruza la calle y se acerca a saludar. Los Sobrinos me presentan como argentina y aseguran —algo que yo nunca dije— que los voy a llevar a conocer mi país. Y que me gusta el fútbol. Entonces ahora soy la atracción de esta esquina. Todos me rodean, hacen preguntas, opinan y hacen chistes. Y otra vez fútbol. Tengo que fijar posición y lo hago diciendo que mi jugador preferido es Carlos Tévez. No miento. Hablo de sus expulsiones, de Fuerte Apache, anécdotas de cuando jugaba en Brasil y en Inglaterra; la selección y el Mánchester; trato de armar la historia más épica y graciosa posible.

—A mí me gusta más Ronaldihno —dice Johan.

—Yo no me pierdo ningún partido del Inter —dice Gabriel.

—A mí me gusta este negro… ¿cómo se llama? Uno que no me acuerdo el país, no sé si era Sudáfrica… —dice Randy y otra vez tengo mi oportunidad. El famoso arcón de los recuerdos tiene que ser útil ahora que ellos arriesgan nombres indecisos o equivocados.

—¿Drogba? —pregunto.

—¡Sí! —un coro de ángeles adolescentes sorprendidos.

—Sabes de fútbol en serio —dicen—. A ver si te acuerdas de dónde es…

Dudo unos segundos. Imágenes del último mundial. Recuerdo que era un negro enorme, me daba miedo de que lastimara a algún jugador argentino porque todos los nuestros eran muy chiquitos. El cliché de la emotiva mirada femenina sobre ese deporte ahora podría hacer que estos chicos me discriminen. No es lo que buscamos. Pienso. Hago memoria. De pronto, ¡flash! ¡el chico de Costa de Marfil!

—¡Costa de Marfil! —digo a los gritos.

—¡Sí! ¡De veras que sabes de fútbol! —dicen—. Espera que en un rato, entonces, te armamos un partido, así nos miras —propone Johan.

Se nos acerca un chico con *cup*, morrudito, de apretada remera blanca, tendrá como mucho 20 años. Maneja una bicicleta con un carro atrás que contiene botellas de gaseosas llenas. Saluda y todos me presentan como argentina y a él con el más meritorio rótulo de maestro de letanías. Le insisten para que me cante una y él se niega hasta que se lo pido yo.

Tremendo: improvisa una letra ajustadísima con rima perfecta, que comienza diciendo: «Para mi amiga argentina». Lástima que la amiga argentina retrocede diez casilleros como una oca desplumada: sólo recuerdo el primer verso de esa impresionante composición. Todos aplaudimos. Él, tan educado y ceremonioso como el resto, agradece para despedirse rápido.

—La semana que viene hay una verbena —dice Randy—. Si quieres venir un ratico…

Ante mi desconcierto, Randy abre la billetera y saca una foto que muestra un escenario en la calle y al costado dos parlantes rectangulares, muy altos.

—Es como una miniteca al aire libre —dice Johan.

—Mi papá tiene y los alquila —dice Randy.

Como en un boliche, se paga entrada y un DJ toca toda la noche, se venden tragos aunque ellos aseguran —tendré pinta de policía— que jamás toman cerveza. Pero que quizá, a veces, un poco de ron, apenas un pequeñísimo trago.

—Mi película preferida es *El señor de los anillos* —dice Johan.

—Pero siempre van saliendo películas nuevas y las que a ti te gustan van pasando de moda. Por eso a mí me gustan todas —dice Gabriel.

—No, pero esa ganó como doce óscars. Es buena en serio.

Son las cinco de la tarde.

Todavía tengo tiempo para hacer el último intento de hablar con Andrés. Johan me acompaña. «¿Vale muy caro el pasaje a Argentina? ¿Tienes que tener una visa o algo así difícil?». Antes de llegar va a decirme, no logro saber el motivo, que esta noche quizá no toque con el Gallo Giro en La Guacherna. Y tiene reservada su última confesión:

—En verdad, lo que a mí me gustaría ser, cuando sea grande, es cantante de reggaeton.

Hoy es el día de la revancha: Andrés y yo, por fin juntos, por fin solos. Después de caminar casi cayéndonos de las angostas veredas de la avenida, doblamos y ahora son las calles las que se vuelven más delgadas. Las casas mantienen sus contrastes de color más gastadas que en Las Nieves; desde las puertas caen tiras de hule a modo de cortinas, hay varias paredes sin revocar. Se nos suma al paseo su prima. La cancha de fútbol tiene piso de arena —arena de verdad, arena de playa; no tierra dura como en los míticos potreros argentinos— y está al lado de la plaza. Algunos de los veintidós jugadores, entre los 10 y los 15 años, juegan descalzos. A Andrés también le gusta el fútbol.

—¿No vas a ir a La Guacherna, primo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque mi papá no va, entonces no sé con quién voy a ir.

A Marcela el Carnaval no le interesa tanto, le gusta la música pop y nunca le salió bailar el congo. Andrés sigue concentrado en la pelota, se lamenta por algún pase perdido sólo por lamentarse porque resulta que no es hincha, ni siquiera momentáneo, de ninguno de estos dos equipos aunque conoce a casi todos los jugadores.

—Pero soy fanático del Junior. ¿Tú de qué cuadro eres?

Edaida Orozco y su Danza del Paloteo Bolivariano • Foto: Gonzalo Martínez

Una vez más quiero hablar del Carnaval pero me hablan de fútbol. Como vengo de obtener un éxito importante no me preocupa. Es más, creída sabelotodo, pura seguridad al borde incendiario de la soberbia contesto con orgullo:

—De Independiente.

—¿Y cómo se llama su estadio? El de Boca es la Bombonera, ¿no?

—Se…

—¿Y el de Independiente?

Maldición, otra vez. Es mi oportunidad, como con Los Sobrinos, de ganarme su confianza. Hago un gran esfuerzo por recordar el nombre del bendito estadio pero esta vez ni siquiera sé si alguna vez lo supe.

—Mmm. No… creo que no tiene nombre… se llama… de Independiente…

—¿Qué? ¿Cómo no va a tener nombre? ¿Estás segura? Es muy raro… no te debes acordar, pero es tu equipo… —sonríe apenas, gesto de "no puede ser cierto".

Momento de indefinición. Retractarme, asumir mi ignorancia con humildad o continuar con pretendida seguridad con la endeble —y estúpida— mentira de que el estadio de mi equipo no fue bautizado jamás.

Segunda opción.

Error. Grave error.

Andrés, que ya de por sí tiene aspecto de vivo, lo es. Me doy cuenta de que no me cree, de que sabe que me puso nerviosa no saber, de que era un truco para que se suelte un poco más. Caballero, no vuelve a insistir, pero se genera ese clima paranoico de que «él sabe que yo se que él sabe que le mentí», pero ninguno de los dos dice nada.

La prima se aburre de mirar el partido y se va. Al rato, nosotros también. Pasamos por una casa que tiene un parlante fuera, más chico que el de la foto que me mostró Randy.

En varias cuadras alrededor se escucha esa champeta.

—Me gusta ir a la verbena pero no bailar. Me da vergüenza.

—¿En serio? Pero si bailás en el Congo debés bailar muy bien.

—Pero en el Congo somos varios y tienes una coreografía. En la verbena estás solo. No me gusta.

Este año Andrés termina el colegio secundario. No tiene novia porque se considera muy joven todavía; primero hay que estudiar y trabajar: le gustaría casarse recién a los 25.

—Quiero estudiar criminalística. Esos de la policía que investigan los cuerpos y de ahí saben cómo el tipo murió. Eso se estudia acá. Pero en realidad mi sueño es irme a Bogotá a terminar la carrera. No conozco y todos me dicen que es un lugar muy grande, como cuatro veces lo que es Barranquilla. Tengo que ver dónde saco la plata.

Le pido su dirección de email, así seguimos en contacto, y es como si le hubiera sugerido asaltar a pobres ancianitas indefensas, contesta casi con repulsión.

—Noooo… yo no tengo eso. No me gusta el mail ni nada que tenga que ver con Internet. En el colegio tenemos pero a mí no me va.

En lo de Enrique, la situación pre Guacherna es algo chillona y caótica. A cada rato para un taxi del que se bajan chicas con esas polleras blancas largas con volados cuadrillé, lentejuelas, y apliques de flores también azules en el pelo. En el garaje-escritorio Alexandra les da el toque final al maquillaje. En el comedor un grupo de hombres ya vestidos para el desfile rodea a Enrique que tiene una planilla en la mano y le indica a uno de ellos que le alcance una bolsa de nylon de la que extrae cintas amarillas que dicen «Éxito»: tienen que atarlas alrededor de sus sombreros. Algunos beben ron que guardan en botellas pequeñas que caben en los bolsillos. Johan me sonríe mientras toca el tambor. Enrique le pide que busque otra bolsa. Johan sin su *cup* pero aún sin vestir como los otros lo hace y Enrique le encomienda una misión: «Estos faroles los guardas y no se los entregas a nadie». Tienen impresa la palabra «Éxito».

Ya en la vereda, abajo del ómnibus, Enrique grita: «¡Tamboreros, hoy vamos a defender esta cumbiamba que es y será la primera!». Gritos y aplausos.

No es fácil entrar al desfile, que para mí es, por el momento, sólo una multitudinaria calle cercada por vallas. Parece el campo de algún estadio en un recital esperadísimo. Te aprietan y te empujan, algunos sin querer pisan las impecables polleras de las mujeres. José, un amigo de Enrique que vive en Puerto Rico y viaja para bailar con el grupo cada año, es mi custodio.

Me toma de la mano y me ayuda a avanzar pero quedamos últimos. Hay tanta gente que me siento mareada. Todavía no pudimos atravesar las vallas porque otros grupos —la ley del más fuerte— se metieron gracias a sus empujones. Del otro lado, Enrique grita que hay que tomar posición más adelante; avanzan.

Por fin entramos: vemos carrozas con reggaeton, disfraces de animales, chicas panteras, mujeres sombreros, gorilas, una Mujer Maravilla, monocucos, marimondas y bailarines de mapalé que pasan demasiado rápido aunque en realidad somos nosotros quienes corremos para alcanzar al resto del Gallo. El público alienta a los disfrazados. El pasaje de un grupo o comparsa a otra implica un cambio de música. Empiezo a sentir la cadencia de la cumbiamba: pasamos en medio de chicas con velas en la mano, en alto, que giran soberbias junto a sus parejas que, inclinadas, las cortejan. Se parecen a las del Gallo pero no, sólo son parecidos.

Avanzamos hasta que veo a Enrique dando indicaciones delante de su grupo. Los bailarines, profesionales, lo siguen mientras se acomodan bailando.

Quiero localizar a Randy y a Johan, quiero verlos tocar, pero no están en el grupo de tamboreros. Me pego a las vallas y avanzo hacia delante. Pienso que deben de haberse distribuido en más de un conjunto de tambores.

Me apuro y logro pasar a Enrique aunque no creo que los chicos puedan estar antes que él. Pero sí.

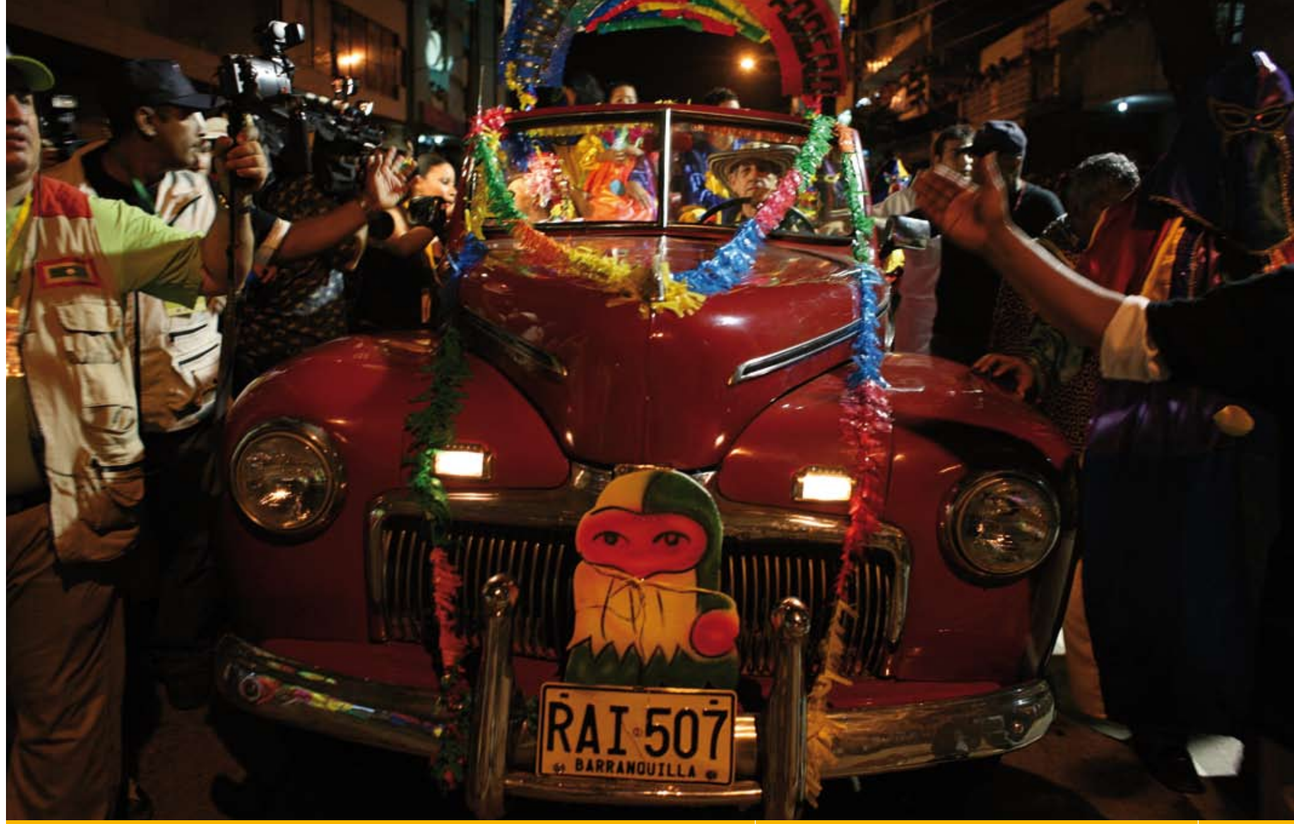
Los herederos caminan cinco metros delante de su tío, que les da la espalda. Los Sobrinos están a sólo otros cinco metros de la comparsa que los precede, cuya música pop se escucha mejor, desde donde están, que la de el Gallo Giro.

Randy y Johan no están tocando ni en pose de hacerlo. Tampoco bailan. Ni se parecen al resto del grupo; ni al propio, ni al de la comparsa de disfraces que les sigue.

Randy y Johan caminan y tampoco llevan disfraz. Visten jean y remeras amarillas que dicen «Viva la cumbia con Éxito». Disfraz de promotores.

Randy serio, rígido, sostiene una gran bandera con la misma leyenda que flamea violenta gracias al viento nocturno de esta época del año. Johan, cara de disgusto, camina despacio a su lado y hace como si no me viera. En sus manos un palo de escoba sostiene un cartel rígido, como de cartón, que repite lo del Éxito y la cumbia, pero que, a causa del viento ya mencionado, se suelta en su parte de abajo.

Johan lucha para que no se vuele y empieza a caminar más lento; con una mano sostiene el palo, con la otra el cartón. Randy mira hacia delante revoleando su bandera, indiferente hasta que su primo se le acerca para preguntar si tiene un hilo o algo; si se le ocurre cómo podrán solucionar este problema. Son los únicos dos que no bailan de este lado de la valla, sufriendo tremenda fatalidad cuando La Guacherna recién comienza y aún quedan las cuarenta cuadras de fiesta por delante.



El carro disfrazado en el desfile de La Guacherna • Foto: William Martínez

BOCADOS DIVINOS DEL CARNAVAL

Por Paulimar Rodríguez

Por causa de unos guandules se estremecieron hasta las sillas.
Si es martes de Carnaval, cuidado con guandulear.
Guandulea el blanco y el negro, el grande y el chico.
¡Guanduleando, comiendo guandul, ay gozando!

Víctor Raúl Sánchez «Patillas».

Dos dálmatas llegaron borrachos y sudados a barrio Abajo después de caminar tres kilómetros y tomar más de una botella de ron. Venían de desfilar en La Guacherna y lo único que querían era su sancocho de guandul[1] —el plato más famoso del Carnaval barranquillero— considerado como el elemento vital para sobrevivir las dos semanas de fiesta. Mauricio, uno de los dálmatas, arrastró sus noventa kilos y se sentó en la acera con el hocico y las orejas caídas. Su esposa, la otra dálmata, le dio un vaso de caldo de gallina tibio. Se lo tragó en un santiamén. Cerró los ojos. Los abrió de nuevo, vio a los lados y subió la mirada como dando gracias a Dios. Después, se dejó caer y su mujer, cansada también, le sobó la barriga.

Mauricio, al igual que la Mujer Maravilla, Pablo Escobar, el Óscar de la Academia, la chica de Kill Bill, Gatúbela, un mimo, una prostituta y hasta el sistema solar formaban parte de la comparsa «Disfrázate como quieras» que marcha desde hace dieciocho años en la fiesta de bienvenida del Carnaval. El grupo, que evita usar trajes típicos como el monocuco o la marimonda, compró esta vez el discurso light y mandó a cocinar un hervido de gallina. Cambiaron la receta autóctona que tiene carne de res, cochino, plátano, yuca y batata por una gallinita con hierbas.

Probé los dos. El de gallina y el de guandul. El primero es como un piropo: te da risa, te gusta y continúas tu camino. El segundo es como si te dieran el beso más intenso de todos. El sancocho de guandul estremece cada parte del cuerpo y se adueña de los cinco sentidos. Cada cucharada del líquido espeso explota en el organismo y llega directamente al cerebro del borracho. El comensal suda y por los poros del cuerpo sale evaporado el alcohol.

El verdadero sancocho de guandul reposa en manos de la niña Jose. Con piel achocolatada, grandes ojos negros, brazos gordos, una amplia sonrisa, y todo menos de niña, Josefina Cassiani tiene dedos finos y manos añejas que se encargan de orquestar el sancocho perfecto. Durante los 4 días de Carnaval, Josefina prepara por encargo más de 60 pailas que alcanzan para 200 personas y alimentan a 150 jóvenes de la comparsa de marimonda de su hermano, popularmente conocido como «el Pavo», uno de los hombres más famosos de barrio Abajo. La gente dice que el de Josefina no es el mejor sancocho de la calle o de la cuadra o del barrio, dicen que es el mejor de Barranquilla y ella agrega que: «del mundo». En 2007, Cassiani ganó mención especial en el concurso gastronómico Colombia Provoca por su sancocho de guandul.

1. A pesar de que el nombre de la semilla es guandú, el uso popular ha hecho que se le llame «guandul» (Todas las notas al pie son del editor).

Así, la academia certificó lo que cientos de enguayabados barranquilleros, paisas, españoles, alemanes, italianos, venezolanos y estadounidenses han afirmado: si el sancocho de guandul no te levanta, entonces nada lo hará. No hay guayabo que se resista al guiso de Josefina.

Para preparar un sancocho —uno bueno de verdad— se necesitan dos días de arduo trabajo, un gran árbol de tamarindo o de roble para resguardarse del sol, un patio amplio donde la brisa corra a sus anchas, música, un traguito de ron, cerveza o agua de panela y la excusa de celebrar cualquier cosa. Porque no todo es cebolla, ají dulce, tomate y leña.

La técnica de Josefina es la misma que le enseñó su mamá, que a su vez fue instruida por su abuela —todas negras, todas palenqueras, todas venidas de África así como llegó el grano de guandul a Barranquilla—. En la noche anterior a la celebración o a que lleguen los enfiestados, la niña Jose se sienta a escoger meticulosamente los guandules. Cada vainita tiene siete granos y la mejor variedad crece a orillas del río Magdalena entre enero y marzo. De cada 100 granos que Josefina riega sobre la batea sólo 40 ó 50 pasan la prueba. Los aprieta, los toca y con las puntas de los dedos índice y pulgar evalúa cuál queda. El que está seco, roto, verde o chiquito se va. Después, los pone a remojar para evitar que quien los coma sufra de eso que llaman flatulencia.

Escogidos los guandules, limpia, corta y sala la carne. Porque el sancocho de guandul es trifásico: tiene res, cerdo, pollo y en ocasiones especiales hasta pescado frito. Josefina no le tiene miedo a un buen pedazo de espalda de vaca. Cual bisturí, agarra su cuchillo y dibuja la pieza como mejor le parezca. Y allí quedan los guandules y la carne, reposando toda la noche en la misma cocina en la que aprendió a guisar desde que tenía 8 años.

LA BRUJA Y SU PÓCIMA

Al día siguiente, muy temprano y cuando los asfixiantes cuarenta grados de calor de Barranquilla brotan del suelo, Josefina se pone a picar el resto de los ingredientes. El procedimiento es el mismo que utilizó en 1962 para hacer el sancocho que comían los vecinos cuando su papá, gestor del Carnaval, también conocido como «Rey Mojarra», organizaba las fiestas en su casa. En esa época, la pequeña Jose pelaba los topochos, picaba bien finito la cebolla y descabezaba el ají dulce. Hacía un guiso con tomate maduro, cilantro, cebollín, col, comino, pimienta, aceite, achiote, sal —sólo un toque— y vinagre. Una vez cortado todo, salía con su mamá al patio que todavía hoy tiene el piso de tierra amarrilla. Allí armaban un fogón para cocinar el sancocho. Ramas secas, pedazos de troncos y un poquito de querosén eran suficientes para encender el fuego. Y a las cuatro de la tarde armaba la sopa completa.

Si Walt Disney dibujara a Josefina ensamblando su sancocho, la haría parecida a la bruja del cuento «La Sirenita», pero fuera del mar. Al menos, así la estaba empezando a ver entre tanto calor. De seguro tendría un inmenso caldero negro rodeado de llamaradas. Alrededor, la sequía de la ciudad sería como el infierno. La niña Jose tendría un gran palo para batir lentamente su pócima —o su sancocho—. Con el pasar de los minutos, el caldo comenzaría a hervir, a espesarse. Aparecerían grandes burbujas que tendrían la dificultad de explotar debido a lo denso de la mezcla. La mazorca sería reemplazada por sapos y el guandul por un polvo mágico cuyo resultado final sería —en vez de quitar un guayabo— transformar a cualquier mujer fea en una princesa rubia, de ojos claros.

—Quítese de allí. Mire que para estar cerca de un fogón hay que estar preparado. Hay que crear piel —me advierte. Ella ya tiene más de tres capas de piel para soportar el roce de la candela—. Es muy difícil que alguien de la ciudad sepa aguantar este calor.

Me senté un poco más allá, cerca de una hamaca de colores como el arco iris y un perro que lloraba porque estaba amarrado. De repente, casi me desmayo. ¿Fue Barranquilla o los cuatrocientos grados centígrados del fogón? Y empecé a temblar con la totuma —donde me servirían el sancocho— en las manos. Presentí que mi guayabo era porque no había dormido en más de dos días. Claro que no estaba como aquellos dálmatas, no había tomado lo mismo... ¡No había tomado!

Paulimar Rodríguez (Ciudad Bolívar, Venezuela, 1982). Ha sido redactora en el diario *El Nacional* de Venezuela y de las revistas *Eme* y *Todo en Domingo*. Actualmente, cursa un Máster de Gestión de Medios de Comunicación en la Universidad de Navarra, en Pamplona, España, becada por la Fundación Carolina. Antes del viaje, era redactora del diario *El Universal*.

Olleta con achiote • Foto: Julián Lineros

—¿Está segura de que no tomó? Es muy raro que nadie tome en época de Carnaval —me preguntó Josefina, así de liviana, como sospechando de mí. Asentí pero sabía que aquella negra lo dudaba.

—Bueno siéntese y tómese el sancocho, bien despacio.

Y por fin lo probé.

Con la primera cucharada dejé de oír a los niños de los vecinos de Josefina que correteaban por su patio. Con la segunda poco importó que su nieto más pequeño estuviese en el piso comiendo tierra o que el perro llorara para que lo desataran. El vapor de la sopa me envolvía lentamente. Danzaba hasta acariciar mis mejillas y nublar mis ojos. De ahí, a la nariz. Poco a poco bajaba el ritmo de mi corazón. Una pausa. Una respiración profunda. Y abrí los ojos como quien sale de lo más hondo de una piscina. Otra cucharada más a mi boca y cerré de nuevo los ojos mientras tragaba. Y sí, fue la gloria. Un ligero toque de picante... se siente el cebollín y el aroma del ajo, todo ahumado por la cocción en leña. Se siente el pedazo de carne, se siente el grano de guandul. Y empieza la batalla del sancocho contra el guayabo de la insomne.

Una hora después, cuando logré devorar lo que había en la totuma, quedé muda. ¿Será que el sancocho también te arrebata el habla? Pero no. Logré darle las gracias a Josefina.

Ella me abrió la puerta de su casa, orgullosa, porque aquella venezolana que entró casi pálida, salía caminando con pies firmes y un color rosado en los cachetes.

—¿Viste que sí es potente ese guandul? —me dijo como toda una sabia. Sólo sonreí, me paré en su puerta y dejé que la fuerte brisa de la calle me despeinara. El sancocho no hizo de mí una rubia, pero vaya si me sentía como una Marilyn.

ME GUSTA BIEN FRITO

Masa de maíz rellena de queso que va a la paila con aceite caliente: es la arepa de queso frita.

Bollo de yuca rellena de carne o queso: es la caribañola, frita.

Masa de maíz con forma de medialuna rellena de queso, de carne, de pollo, de chorizo y también va a la paila con aceite hirviendo: es la empanada.

Masa de harina de trigo rellena de queso, directo al aceite: son los dedos de queso.

Y es que ¡carajo!, los barranquilleros parecen masoquistas. Todo frito, todo caliente, como si no les importara el calor que ya hay en su ciudad. Sólo falta que se frían a sí mismos.

Estas son sólo algunas de las variedades de frituras que se pueden comer en cada esquina. Para estos colombianos, un frito se puede comer a cualquier hora. Es bueno en el desayuno, como tentempié, antes de la cena para aguantar el estómago, en la noche cuando uno se toma una cervecita entre fiesta y fiesta de Carnaval.

La venta de los fritos aumenta un 100% a partir de la semana del pre Carnaval. Doble de masa, doble de aceite, doble de queso. Hay puestos formales, hay restaurantes de fritura, hay puestos improvisados en la acera. Con una paila y un fogón basta. Lo importante es dar al barranquillero y al visitante los fritos que necesite. También hay quien te lo lleva hasta tu casa: «Bollo de queeeeso, de angeliito, de mazoooorca. Booollooooo», gritaba María, vendedora que caminaba con pasos de cortejo fúnebre por la calle 45.

Uno de los locales de frituras más famosos de Barranquilla queda en la carrera 44-62 y se llama La Tiendecita —la original, como me dice su dueña Martha Bolívar de Blanco—. Allí no venden frituras cualquieras, son frituras sexuales, eróticas, morbosas. La unión perfecta: grasa y sexo.

El piso de cuadros, ya desteñido, es el mismo que pisaba Olinda González —suegra de Martha— el día que abrió la tienda hace cuarenta años. Es el mismo que pisó al menos un vez por semana Gabriel García Márquez cuando vivió en Barranquilla. Sus sillas de plástico son las mismas en las que se sentó Álvaro Uribe y el menú —pintado en la pared— es el mismo del cual ordenó Juanes.

La Tiendecita es la fantasía de cualquier gordito *plus size* al que le gusta entregarse a lo frito, a lo rebosado. También es un lugar que debe ser prohibido a las reinas, modelos y amantes de la comida sana, baja en calorías. Pero, si hasta la barranquillera Shakira le enterró el diente a una arepa de huevo en este lugar. Y si ella lo ha hecho y si el Gabo lo ha hecho y si las quinietas personas que visitan todos los días este lugar lo han hecho, por qué yo haría lo contrario.

Pido tres de los platos más emblemáticos. Los deditos curucuteadores, el chicharrón light y la arepa de huevo. Caliente. Y como todo lo que tiene grasa, saben muy bien. Pero insisto, los barranquilleros son masoquistas. Cuando mordí los deditos de queso curucuteadores me di cuenta de que es demasiado, que aún no tengo el estómago desarrollado para aguantar tanta fritura. Que necesitaría días para rebajar estas calorías. Que es muy pesada. Que me quito el sombrero ante el estómago de Shakira y del Gabo. Entonces, decido pedir permiso para entrar a la cocina del local. Es la excusa perfecta para hacer una pausa en la comida.

En la pared detrás de la caja registradora hay retratos de los otros famosos que han visitado La Tiendecita. Joan Manuel Serrat no puede negar que comió aquí. Allí está su foto abrazando a una prostituta. Al lado, está la de Sofía Vergara en negligé. Ella también viene con frecuencia. Y más arriba una advertencia: «Maricón, no te emborraches».

En la cocina se preparaban para La Guacherna, pero La Guacherna ya había llegado porque sonaba la canción: «la guacherna, la guacherna, la guacherna en carnaval…». La Tiendecita es una de las paradas obligadas para quienes disfrutan de la fiesta porque está ubicada en plena Vía 40, avenida por donde pasa el gran desfile. Usualmente, Martha utiliza tres freidoras pero añade dos ayudantes y una paila más para cocinar. Durante La Guarcherna, este local vende más de diez libras de harina en pastelitos y veinte libras de maíz blanco para hacer arepas y empanadas. Y litros y litros de aceite. En total, más de trece kilogramos de harina y maíz blanco terminan bien distribuidos en los estómagos de los costeños y los visitantes.

Martha también se pintó las diez uñas de las manos con motivos de marimondas. Rojo, amarillo, verde. No entiendo cómo una máscara con trompa de elefante puede caber en una uña. Pero el manicurista lo logró.

Una vez hecha la inspección, pedí que me pusieran el resto de los platos sexuales para llevar. Seguro algún taxista los apreciará de regalo. Yo no puedo con tanta grasa.

¡QUE COMIENCE LA FIESTA!

En La Guacherna, Martha trabaja como pulpo y su esposo juega como niño. Ella corre una y otra vez de la cocina a la ventanilla de entrega. Trae arepas y regresa con platos vacíos. Saca unos chicharrones y anota otra orden. Después, regresa con cinco cervezas. Vuelve a la cocina y apura a los cuatro freidores. «Vamos, que quiero movilidad en la entrada. Mira, cambiaste el aceite. ¿Sacaste el pollo para las empanaditas?». Su paso es acelerado, va tan rápido que desentona con el tumbao de la cumbia que suena alrededor. Tampoco ve la gran carroza con caras de marimondas ni los bailes de palenque. Sin embargo, los monocucos llegan a ella en busca de una fritura que les dé fuerza en el estómago.

Ella, afanada, atiende a los clientes. «Rápido mijo, ordena lo que vas a comer», le dice a un comprador que tiene un mamarrón colgado al cuello que le costó doscientos pesos[2], serpentinas haciéndole de turbante y que está indeciso ante tanto frito. Hoy no cerraron a las ocho de la noche. La fiesta merece que se trabaje cuatro o cinco horas más. Y mientras ella trabaja, su esposo Ramón Rivero, afuera juega al Carnaval y se baña por completo en espuma. Ella lo mira con desgano. Da un paso atrás y vuelve a las freidoras.

El mismo día, el vapor chorreaba por las paredes de la cocina de Zoila González, quien apurada amasaba una bolita de masa de yuca para hacer una caribañola. La cocinera que preparaba la comida en la Casa del Carnaval en barrio Abajo agarró la pelotita entre las manos y le hizo un hundimiento. Adentro colocó el queso. La selló y enseguida la tiró en un caldero lleno de aceite de maíz bien caliente. Cincuenta veces más repitió el procedimiento. Cincuenta veces más su esposo pescó los tentempié que flotaban en el aceite y los escurrió. Y es que la fiesta se acercaba y no hay nada más peligroso que recibir a invitados que vienen eufóricos y tomados sin nada para comer.

Mientras adentro sonaba el chasquido de las masas friéndose, afuera retumbaban los tambores y la flauta de millo. Y a cada rato se colaba un: «¡Guepajéee!».

El frito más representativo de la gastronomía barranquillera es la arepa de huevo o «arepa e' huevo», como dirían aquí. Es una auténtica obra de arte debido a lo trabajoso de su preparación. Antes de llegar a la cocina de la Casa del Carnaval, Zoila piló el maíz en su casa y preparó la masa con un poquito de agua. Ya en la cocina, hizo una bolita que aplastó entre las manos como para hacer una arepa normal. Pero para la arepa de huevo, dejó la masa un poco más gruesa. Después, la puso en la paila de aceite caliente y cuando estaba a medio freír, la pescó, la escurrió, le hizo una abertura con un cuchillo bien finito y le introdujo un huevo crudo. La selló con una puntita de masa y al aceite otra vez. En pocos segundos, la arepa se infló como la niñita de Willie Wonka. Y listo, la arepa'e huevo está lista para comer. También el desfile llegó a la cocina de Zoila.

—¿Qué tienes para picar mi negrita? —dijo la que venía disfrazada de negrita puloy y agarró una empanada.

—Zoila, regálame algo pues —le rogó el portero de la Casa del Carnaval.

—Mi reina, pásame una arepita con huevo, que yo no le digo a nadie que tú me la diste —le dijo un bailarín de cumbia.

Hasta que por detrás, llegó la verdadera reina.

Era Marianna Schlegel, la reina oficial del Carnaval de Barranquilla. Y Zoila se quedó boquiabierta. Era su majestad. Aunque Marianna no pasara de los ciento sesenta centímetros, tenía grandes dientes blancos y ojos saltones. Su maquillaje estaba un poco corrido, pero quién no lo tendría así después de bailar y bailar para los fanáticos que querían ver a su reina saludar y contonearse. Sin embargo, su vestido rojo con lentejuelas en los bordes de la amplísima falda y en todo el corsé, sólo podía dejar ver que era la reina. Y la reina tenía hambre.

—¿Qué hay para picar por acá? —preguntó la realeza.

—Para usted todo, señorita —dijo Zoila en una escena que nada tenía que envidiarle a cualquiera con el Rey Sol en el siglo XV.

—¿Quiere una caribañola, una empanada o una arepa? —agregó la cocinera mientras agarraba con manos nerviosas la servilleta.

—Dame una arepita de huevo, que muero del hambre.

Y a la reina no la sentaron en un trono sino en un banquito que había en la esquina. Adentro, como en toda cocina, hacía más calor que afuera. Pero Marianna estaba callada disfrutando de su arepa. Su comida calentísima echaba humo y ella calladita seguía sonriendo y mordía con placer.

—Está muy rico —dijo.

Mientras el esposo de Zoila seguía sacando arepas de la sartén, ella dejó de ensamblar. Estaba disfrutando de su propio Carnaval. No había bailado, no estaba tomando, pero tenía a la reina en su cocina. Qué más se podía pedir.

ME VOY PAL' NORTE

A la niña Jose le dieron la visa. La americana. Esa que es bien difícil de obtener. Se la dieron a ella y a su hermano el Pavo. Ambos irán a los Estados Unidos por primera vez a mostrar lo mejor de la cultura y la gastronomía barranquillera en el Festival del Bay Front Park en Miami.

Josefina se vino en autobús desde Bogotá, a donde fue a realizar el trámite. A pesar de los 985 kilómetros que hay entre la capital y Barranquilla, y las 18 horas que le tocó estar bien sentada en el bus, Josefina llegó sonriente. De nuevo a barrio Abajo para alistar todo lo que tiene que llevarse al norte.

—Mira Jose, es que uno tiene que poner cara de que no está nervioso, de que uno no se quiere quedar a vivir allá —dijo el Pavo bien acostado en la hamaca del patio— es más, en el aeropuerto no ayudamos a nadie. Si alguien nos pide la hora no se la damos. ¿Tú no ves que esos gringos te van vigilando desde unas cámaras que hay en el techo?

Pero antes de analizar cuál sería su estrategia para transitar por la terminal de Miami, Jose tenía que preparar cuatro sancochos para el domingo y uno de ellos —para cien personas— lo pidió el ex alcalde de Barranquilla.

—¿Ahora los sancochos que vendes son más caros? —le pregunto a Josefina.

—¡Claro! Aunque depende. ¿Lo quieres con historia o sin historia?

Josefina hace dos tipos de presentaciones. O dos tipos de entrega de su sancocho. El primero es el más tradicional. Llega con su enorme paila a casa de quien ordenó la sopa y sirve los platos. El segundo es fastuoso, es como una producción digna de llevar a Miami, a Hollywood o Disney World, que por cierto está muy muy cerca de Miami.

Para empezar, Josefina entrega a los comensales un poco de los fritos más emblemáticos de Barranquilla. Arepitas y bollos de yuca con un poco de nata. Justo en ese momento entra el Pavo con un grupo de millo e hipnotiza al público como un encantador de serpientes. Después, la niña Jose sirve vasos con agua de panela que trae en una totuma.

Cuando el acto musical está por finalizar, entra el sancocho de guandul y la niña Jose dice: «Esta es una sopa hecha con un grano que llegó de África,

2. Dos mil pesos colombianos equivalen, por lo regular, a un dólar.

como mis ancestros. Es un grano que tiene muchos poderes, 18% de proteínas, quita el guayabo y hasta le da a los hombres más potencia sexual».

Si un sancocho no se vende con esta presentación, no se vende con nada. Al menos los hombres se lo comerán rápidamente para ver si tiene el mismo efecto que el Viagra.

Para Miami todo se va en cajas. Adentro va su delantal de chef bordado con los colores de Colombia y el sombrero largo de color blanco de cocinera. También van cincuenta totumas talladas a mano y bases para cada una de ellas tejidas con ramas. En Miami, no tiene su patio con tierra amarilla y tampoco leña para darle el sabor ahumado a su plato estrella. Sólo una cocinita a gas que estará en la exposición.

—Yo le meto una o dos ramas a esa candelita cuando nadie se dé cuenta —dice Josefina mientras saca la cuenta de todo lo que aún tiene que empacar.

En otra caja irá el palote, para mezclar los ingredientes en la olla. También sus dos cuchillos, una tabla de madera, vasos miniatura para darle a probar al público un poco de ese caldo milagroso. Y de los ingredientes no lleva casi ninguno. En Estados Unidos se consigue mejor. Hasta el guandul viene preempaquetado y seleccionado.

—Nada más me llevo el ají dulce. En Miami me han dicho que son más picantes y prefiero asegurar —dice.

Ya nadie la detiene. No ha llegado a Miami y está planeando volver. También tiene pensado hacer este año su primer libro de recetas, y hasta le han pedido que inaugure su propio restaurante. ¿Si Shakira lo logró, por qué ella no? Ambas son igual de barranquilleras. Habrá que ver si se gana más público, fama y dinero moviendo las caderas o haciendo el mejor sancocho del mundo.

Tipico sancocho de guandul • Foto: Edwin «Zulu» Padilla

LA JAULA DE ORO

Por Jorge Enrique Rojas

El monocuco me apunta con el índice y el pulgar erguidos, simulando el ademán de un pistolero que ha conseguido poner la mira en el blanco. Hay luna llena. A sus espaldas, una comparsa de travestis se sacude empujada por un grupo de millo que hace estallar porros y cumbias en aquella esquina de la calle 72 con 38. Los nudos de gente que se trenzan en los andenes se enredan en las vallas metálicas que la policía ha puesto para contener la jauría. La multitud agita los brazos, aplaude, grita, suda. El barrio Las Delicias delira como un coliseo romano con los primeros gladiadores danzantes que pisan la arena. Ha empezado el desfile gay del Carnaval de Barranquilla y el monocuco me lo recuerda hundiendo su pistola de dedos en mi pecho. La descarga es una sentencia: «Te lo dije, yo soy el propio».

Quien habla bajo el disfraz sabe bien en qué consisten las intimidaciones y las amenazas cumplidas. Desde hace doce años, Jairo Polo es el responsable de que más de tres mil gays, transgeneristas, lesbianas y drags, cada febrero tengan su noche de marcha por el corazón de una ciudad donde el macho se supone macho, exhibiéndose sin complejos en la fiesta popular más venerada del Caribe colombiano. Algunos lo ven como un santo; para otros será un diablo. Quién sabe, tal vez sea lo uno y lo otro: nadie sospecha que detrás de eso que es visto como un logro en nombre de la tolerancia, se esconda una historia confusa y triste.

Si lo que dice Álvaro de Jesús Gómez, presidente del Carnaval Gay Metropolitano, es verdad, Polo sería un usurpador que le robó el control del evento con las argucias de un timador profesional y los métodos de un capo de la mafia. Pero si lo que alega Polo, director de la Corporación Autónoma del Carnaval Gay de Barranquilla, resulta cierto, Álvaro de Jesús apenas sería un hombre resentido que vive para desprestigiarlo. El tira y afloja es largo y enredado. Tanto, que ya está revestido por esa necesidad extraordinaria que a veces tienen los enemigos perdurables en el tiempo de institucionalizar sus bandos con nombres y apellidos rebuscados. Un afán tan temerario como tonto que, en ocasiones como esta, termina convertido en un trabalenguas ridículo.

Darío, un travesti que corta pelo en un salón de belleza del exclusivo barrio El Prado me lo explicó mientras bebía sorbos de té helado a las afueras de su negocio: tras el pleito, Polo se quedó con el registro original de la organización; Gómez, por su parte, fundó una disidencia a la que bautizó agregándole la palabra «metropolitano» al nombre, como queriendo decir que el suyo es más grande que el del otro.

—Pero este no es un problema de tamaños, ¿o sí?

—Nombe... Lo que cuenta, o lo que cuenta para esos dos, es que los reconozcan. Que sepan que son gays de distintas orillas y que lo que hay de por medio es un reguero de pinzas muy serio.

Aunque en las esquinas, en los billares, en las ventas de jugos, en los estancos, en los taxis, aseguran que la disputa es «pura vaina e' maricas», la pelea no es más que un reflejo de la sociedad patriarcal de la Costa Atlántica colombiana, con dos tipos enfrentados por eso mismo que les haría bullir las hormonas en cualquier parte del mundo: dinero, reconocimiento, sexo y poder. Y en el medio, el Carnaval, que por cuenta de Polo y Gómez ahora también tiene dos reinas gays, igualmente enemistadas: Diana y Nataly.

La rivalidad de esas chicas, que no está motivada por otra cosa que la exclusividad de la aceptación social a la que tienen derecho mientras dure la marcha, lo aclarará todo. Porque cuando la fiesta termine, cuando ya no existan vallas que contengan a la gente y todo sea como siempre en esa ciudad que se precia de desinhibida, pasarán otra vez de la ovación a las

rechiflas, de los halagos a los insultos, de la aprobación a la condena y del desfile público a la procesión que llevan por dentro.

En 1940, Alfonso Fuenmayor, ex senador de la república y escritor miembro de la tertulia intelectual Grupo Barranquilla, dijo sobre la máxima fiesta de su ciudad que quizás lo que hace del Carnaval un fenómeno irresistible dentro de su propio enigma «es que al hombre le permite, transitoriamente, tener acceso a una vida distinta, a una vida que ya no es la ordinaria». Eran otros tiempos, claro. Tiempos en que Barranquilla era una ciudad estrecha, de calles con huecos inundados por el agua desbordada de los sumideros y remolinos de polvaredas que ascendían hasta el cielo en espirales doradas; de habitantes que nadie contaba y de burros que vagaban por ahí, entre las cercas de las casas y las riberas del Magdalena; otra Barranquilla, cuentan, en la que los hombres se inventaron el disfraz de «negritas puloy» para vestirse de mujeres e impedir que las suyas salieran de la casa en épocas de Carnaval; tiempos invertidos, aseguran, en que era visto con más normalidad el sexo que algunos machos practicaban con burras silvestres, a que un marica caminara por la calle. Otra Barranquilla. Aunque no del todo.

A las diez y media de la noche de aquel sábado del Carnaval gay, recostados sobre uno de los cercos oxidados que separan público y marchantes en Las Delicias, Juan Andrés y Rodolfo se besaban bajo la luz mortecina de un poste. Estudiantes de arquitectura de la Universidad del Atlántico habían llegado hasta ahí, para sumarse a lo que ellos consideraban un «milagro urbano». Rodolfo caminó seis cuadras en medio de las comparsas oculto en la máscara de uno de esos personajes festivos de gesto apenado que llaman marimondas. Sus brazos, extensiones nervudas de un cuerpo pálido, se agitaban entonces sin vergüenza por fuera de una blusa sin mangas. Luego de haber sabido que entre semana siempre vestía camisas a cuadros, usaba lentes y rara vez reía, verlo así, liberado y danzante, resultaba una revelación.

—Entre semana permanece triste. Es como si algo se le estuviera destruyendo por dentro —me dijo Juan Andrés, mientras lo esperábamos juntos entre la algarabía.

Hace un año que son novios y ese beso fue su primer acto público. Con el desfile recién empezado y mucho antes de que las marimondas perdieran el anonimato, Rodolfo aprovechó un descuido colectivo para saltar la valla y extraviarse con su enamorado mientras la turba miraba hacia otro lado. En la oscuridad, siguiendo la ruta de los moteles del centro, los estudiantes de arquitectura se fueron tomados de la mano lejos de la mirada de la gente. Tenían apenas una hora: antes de las doce, como dos cenicientas, cada uno debía estar en su casa, cenando con su familia y sus novias de falda, rímel y zapatos de tacón.

La noche del desfile, en realidad, es incómoda para muchos: al mismo tiempo en que los novios se perdían afanados por una calle oscura y una de las reinas gays esparcía besos en el aire que algunos espectadores del desfile rechazaban con asco, y Jairo Polo le daba órdenes a un chico disfrazado de mariposa para que fuera «macho» y no dejara de bailar, en Puerto Colombia, un municipio recostado sobre el mar a quince minutos de la ciudad, Álvaro de Jesús Gómez permanecía encerrado en su casa de ventanas diminutas y paredes de hormigón. La rutina de aislamiento de aquel hombre, un transformista retirado que en mejores tiempos se hizo llamar Gloria Ivonne, se ha repetido una y otra vez durante los últimos nueve años. Antes, claro, todo fue distinto.

Días atrás en el barrio Boston, desde el zaguán de una tienda donde venden minutos de celular al que llama su «despacho», Álvaro había contado que desde 1996 a 1999 las paradas gays fueron manejadas por él. Gómez, que en su juventud se ganaba la vida animando eventos en las discotecas de Barranquilla, ahora tiene 51 años, las suelas de los zapatos demasiado gastadas y una pérdida de cabello que intenta disimular con gomina y coleta de torero. Desde aquel tiempo esfumado a este, en el que coincidimos sentados en un sillón de madera con moquetas de fieltro ocre, quizás una de las pocas cosas que no cambiaron sea su acento, cargado de esa jerga propia de la Costa

Jorge Enrique Rojas (Cali, Colombia, 1978). Desde 2001 es redactor de planta del periódico *El País*, de Cali. Ha ganado varios premios de periodismo entre los que destacan el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, el Premio Nacional Colprensa y el Premio Nacional de Periodismo Revista Semana-Petrobras. En 2008 hizo el Programa Balboa para Jóvenes Periodistas Iberoamericanos. Sus crónicas también han sido publicadas en diarios de Argentina, Chile y España.

Channel, minutos antes del desfile gay • Foto: Edwin «Zulu» Padilla

Atlántica llena de eses perdidas y sílabas deformes; un hablar atropellado y alaracoso que se hacía más evidente cuando las palabras estaban relacionadas con Jairo Polo:

—Me dejó en la calle, ¿sabes? En 1997 nos asociamos y la cosa funcionó hasta que me quiso robar el novio. Como no pudo, me quitó el trabajo.

—¿Pero cómo, si la organización era autónoma? Ustedes no tenían jefes, nadie podía suprimir un puesto u ordenar un despido…

—Ajá, niño, pues me secuestró por un día. Falsificó mi firma en una carta de renuncia que mandó a la Alcaldía, donde supuestamente yo lo postulaba como mi sucesor.

—Supongo que usted denunció eso…

—Hombe, de nada ha servido: ese es un marica malo.

A las once y media de la noche del sábado 14 de febrero, el desfile gay apenas había avanzado diecisiete cuadras del centro de Barranquilla. A esa hora, en la 72 con 55, Diana, la reina gay de la disidencia, se separaba de su comparsa de dominatrices para tomarse fotos con dos niñas que le extendieron los brazos a través de las vallas de la Policía. La gente obturaba sus cámaras fotográficas una y otra vez y los destellos del flash perpetuaban ese instante adornado por las poses espontáneas de una diva popular que bailaba, se abrazaba y bebía ron con el público. Colombia es un país de reinas; en toda fiesta hay una corona para ofrecer y todo parece digno de tener alguna suerte de representante real: el café, la caña de azúcar, el arroz, los barrios, los pueblos, los niños, los viejos, el coco, la panela, la papa. Así que todos están acostumbrados a las reinas pero, también, aburridos de ellas. Aburre que sean flacas y tontas, que sus sonrisas sean fingidas y que tengan aquella asepsia autoimpuesta que les impide acercarse al sudor ajeno. Por eso a Diana, la soberana hormonizada, le profesaron adoración inmediata. Y ella correspondió con besos verdaderos y un «gracias, mami» y un «tan divino, gordo», que repartió en uno y otro lado. Sería cosa de minutos, un alejamiento mínimo, casi imperceptible de su comparsa, sólo advertido cuando apareció Polo para tomarla del brazo y llamarle la atención con una sentencia susurrada al oído: «El otro año no sales, ¿me oíste?».

Jairo Polo no sabe odiar, dice mientras lleva la mano derecha a su frente en un intento fallido por marcarse la señal de la cruz. Su voz es ronca y gangosa. De tanto en tanto se frota el pecho en un gesto tan natural como inútil para aclararla. Tose, transpira; el sudor se le acumula bajo la nariz. Da la impresión de que en cualquier momento fuera a escupir algo.

Un día antes de encontrarme con él, un veterano periodista de un periódico local me había contado que mi entrevistado era reconocido, entre otras cosas, por haber sido el santero de cabecera de narcotraficantes, políticos corruptos y señoras ricas de la ciudad. Aunque eso, claro, Polo no lo reconocía:

—Soy un gestor cultural, un hombre de paz —me dijo cuando le pregunté cómo se ganaba la vida.

Su casa en Los Nogales, barrio de clase media-alta al noroccidente de Barranquilla, está repleta de budas de marfil y de madera y de porcelana y de cristal. Otros son de oro y reposan sobre un par de mesas enanas que hay en la entrada y el living. Él mismo se asemeja a un buda cuando se sienta a descansar su panza. De mediana estatura, lleva noventa kilos enfundados en un camisón de lino blanco. Pero a diferencia de la imagen de adoración que inunda el lugar, Polo no tiene un rostro bonachón; ni siquiera cuando sonríe. La suya, vista bajo una luz limpia y potente que entra por la ventana principal de la vivienda, parece la cara de un boxeador que no ha sido bueno esquivando golpes. Este es un buda que asusta.

Contiguo a la sala hay un estudio. Es un pequeño cuarto habilitado tal vez para reuniones que ameritan otra formalidad. Por la puerta entreabierta alcanza a verse un escritorio, una repisa de madera y un mueble donde reposa un viejo computador. La monotonía de la oficina, organizada con la austeridad carente en el resto de la casa, se rompe con un óleo de María Moñitos que cuelga de la pared principal. María Moñitos, en el cuadro, exhibe uno de sus gestos clásicos: ojos muy abiertos y sonrisa desdentada; mueca infalible en la encarnación que Emil Castellanos hizo del personaje durante veinticinco años, hasta morir en 2000. El disfraz de varón pintorreteado como mujer festiva —al comienzo, una argucia inventada para hacerle quite al hambre y conseguir unas cuantas monedas— con el tiempo se convirtió en el primer símbolo de la participación gay en el desfile. Así que encontrar esa pintura allí, dispuesta

en un cuarto que no parece estar habilitado para todos, me permite picarle la lengua a Polo:

—En apariencia muchas cosas parecen haber cambiado desde María Moñitos hasta ahora, pero en el fondo el homosexualismo sigue siendo una confrontación en muchos sentidos. ¿Cómo es posible que el Carnaval gay tenga dos cabezas en su organización?

—Mira, niño, el único Carnaval gay que existe es el que lidero yo. Y esta casa que tú ves aquí es su sede y oficina. Lo demás no existe.

—¿Y lo que hace Álvaro de Jesús Gómez?

—Ese señor no existe. No sé de quién me hablas, pa' que entiendas.

Afuera son las tres de la tarde y el sol también parece haber decidido reposar su barriga sobre todo lo que encuentra a su paso. Es jueves de pre Carnaval y el calor es aplastante. La ciudad arde a treinta y seis grados centígrados. Los dos chicos musculosos que cuidan la entrada se derriten como dos helados de chocolate y parecen más un par de mineros cansados, que dos escoltas feroces. Con menos de 20 años y embalados en jeans de marca y camisetas ajustadas, también hacen las veces de criadas que sirven torta de vino y Coca-Cola fría ante un chasquido de dedos de su patrón. Gesto repetido de una puesta en escena recreada muchas veces por Polo, a la hora de exponer la historia que de su vida ha creado para los otros. Y el trozo de *cake* es lo más dulce que ofrece el inicio de la charla: el discurso va recitado con una entonación que gravita entre la abulia y el hastío de alguien que no parece soportar preguntas ni cuestionamientos. Ni de un periodista, ni de nadie.

Sus guardaespaldas lo saben. Supongo que para evitar la ira del buda o que se ahogue mientras habla y respira al mismo tiempo, uno de ellos estira una hoja del periódico local *La Libertad*. Es una entrevista publicada ese mismo día donde el jefe cuenta que antes el Carnaval gay sólo se celebraba en las discotecas de maricas, pero que un día de 1976 a él se le ocurrió desfilar con unos amigos desde su casa a la disco vistiendo polleras y bailando cumbia, y que la gente aplaudió y celebró ese arrojo, y que desde entonces la osadía se volvió una costumbre que poco a poco se fue extendiendo hasta convertirse en la parada gay que es hoy, y que, claro, nadie más que él ha sido redentor de esa causa perdida.

El artículo, que ocupa la mitad de la página 11A, cierra con dos respuestas que, entre líneas, parecen esconder detalles de esa maraña de cosas que no están claras: cada vestido para el desfile ronda los cinco millones de pesos; una verdadera fortuna para una organización que sólo recibe treinta y dos millones de pesos de apoyo institucional. Y lo otro: de acuerdo con lo publicado, el único inconveniente que ha tenido el evento en toda su historia es «un presidente que en algún momento le dio un manejo tan equivocado a la Corporación, que estuvo a punto de sepultarla».

En su leyenda personal, Polo es la «madre» de cientos de gays de Barranquilla. Su ascendencia sobre ellos se deriva de un empoderamiento similar al madrinazgo que funciona entre las transexuales latinoamericanas que migran a Europa para trabajar como prostitutas: cuando alguna corona el viaje y empieza a ganar lo suficiente, casi siempre, después de afinar su cuerpo en el quirófano, comprarse un auto y arreglar la casa de su familia, entre sus prioridades presupuestales está ayudarle a otra chica para que viaje. Cuando puede hacerse eso, el estatus se eleva a la categoría de «madre» y la beneficiada, entonces, se convierte en una hija obligada a trabajar hasta pagar aquel voto de confianza. La retribución no sólo será en dinero: siempre que se lo pregunten, la novata deberá contar quién es su «mami». El poder, se sabe, no sólo se tiene, también se ostenta.

—Si aquí viene una marica con dolor de muela pero sin plata, yo se la hago sacar; si viene una con hambre, le doy de comer; si otra necesita estudio y yo puedo, le colaboro. Ellas saben que ante un problema, aquí está Polo para ayudarles.

—¿Y de dónde viene tanta caridad?

—Soy una persona muy humana, los gays somos más pacíficos que cualquiera y todos los días nos queremos más.

A las cuatro de la tarde el bochorno al fin merma y el ambiente dentro de la casa se relaja. Los escoltas de Polo, incluso, dejan de blindarlo contra las preguntas y desaparecen en alguna habitación de la casa.

—Realmente, ¿quién es Jairo Polo?

—Un hombre de paz. Simplemente tengo ciertos dones que me permiten ayudarle a la gente y esa gente, en compensación, me ayuda a mí.

—¿O sea que le ayudan a costear el Carnaval?

—Sí, este año me gasto ciento cuarenta millones. Mucha de esa plata es de donaciones.

—¿Cómo llegó a hacer lo que hace?

—Para eso se nace, es un designio. En esta vida fui hijo de un militar, pero en otra fui una mujer casada con un rey que me mató por infiel…

—Hablando de traiciones, Álvaro de Jesús Gómez dice que usted le quiso quitar el novio y que por eso pelearon.

—Fuimos amigos una vez, pero no le he hecho daño a él ni a nadie. Que diga lo que quiera, que yo no sé odiar. La mayoría del mundo gay es mitómano.

Las manos de Polo también parecen las de un boxeador antes que las de un buda. Son gruesas y nervudas, como si en realidad hubieran estado de pelea muchas veces. Parado de repente frente a mí, había tomado mi brazo suave pero decididamente para ayudarme a levantar de la silla sin que se lo pidiera. No fue un gesto descortés, pero tampoco era algo que se pudiera rechazar. El patrón, decidido a dar por terminada la conversación, me llevaba de camino a la puerta caminando en silencio como si lo que llevara colgando de la mano para sacar de su casa fuera una bolsa de basura que empezaba a estorbarle. Antes del portazo, decido hacerle una última pregunta:

—¿Conoce a Alex Villa?

—No, no sé quién es.

Cuando dijo que no, cerró, junto a la puerta de madera tallada de su pequeña mansión, cualquier posibilidad de contrapreguntar sobre un tema que indiscutiblemente lo había incomodado. Era tiempo de volver donde Álvaro de Jesús para intentar hallar otra pista sobre el motivo real de discordia entre esos dos.

El barrio Boston es un sector de clase media próximo al centro de Barranquilla. A las seis de la tarde, un día cualquiera, es posible toparse con grupos de chicos, todavía en uniforme de colegio, jugando en las calles de aquí para allá; mujeres que se cuentan la vida en las esquinas y gente que toma el fresco esquivo en la puerta. Pero ese día, en la casa que Álvaro de Jesús llama su despacho, no entraba el aire. Aun así, él aguardaba con una camisa de mangas largas y pantalón de terlenka sin inmutarse por el calor.

—¿Cómo era Alex?

—Un tipo bello, de ojitos lindos. Era mi novio, pero al desleal ese no le importó.

Álvaro cruza las piernas y el sillón de madera donde permanece cruje con el movimiento. Su oficina es el zaguán de una casa de familia donde también funciona un negocio de chance. Hace mucho que allí lo conocen y hace mucho que allí le fían y le guardan recados y, a veces, le prestan para el bus. El presidente de la disidencia no tiene escoltas, ni criadas, ni auto. Y esa noche, en su bolsillo, apenas hay el dinero exacto para pagar el pasaje hasta Puerto Colombia. Álvaro no parece tener nada que esconder, pero siempre está de afán. A veces, el suyo, es el rostro de la angustia. Aunque esa noche una tragedia lo excusa: a dos días del desfile, Diana, su reina, aún no tiene el vestido listo.

Así que correr, para él, es una cuestión de vida o muerte. Nada raro en este Carnaval de paradojas, con una celebración tan vital donde la estrella central es Joselito, aquel personaje que deberá ser enterrado al cuarto día de desmanes.

—Es una vaina retorcida —diría Álvaro refiriéndose al festejo, mientras narraba la escena de un día de desfile en que estuvo a punto de ser acuchillado—: Casi me matan las maricas del mercado. Unas maricas feas, mal vestidas, de mala clase, que sabían quién era yo y me gritaban desde el otro lado de las vallas para que las dejara desfilar. Hicieron tanto alboroto que un policía me dijo que si no se los permitía se cancelaba todo. Yo le expliqué, le dije, se las mostré, se las detallé, pero no hubo nada qué hacer y las dejó entrar… Ese día no pude acabar el desfile, las tipas me mostraron un puñal y me dijeron que me iban a cortar por maldita, qué barbaridad.

Álvaro cuenta, mientras se acomoda su coleta deshilachada, que si se observa con detenimiento de uno y otro lado de las vallas, es posible encontrar una peor versión de la fiesta.

—Sí, es retorcido —insiste—. El público sale a ver la novedad y se aglomera diciendo que acepta lo que ve, pero de dientes para adentro todo es distinto.

Foto: William Martínez

He conocido niñas que después de terminar el desfile han recibido insultos, escupitajos, golpes. Mientras están las rejas de protección todo está contenido, pero cuando las levantan la ciudad verdadera se quita la máscara y todos quieren manosear, decir cosas, aprovecharse. La gente es cruel. Tanto, que no admite un marica feo. Si no, pregúntele a Polo, que el día del desfile sale con la cara tapada.

—¿Por qué pelear por algo así entonces? —le pregunto en un último intento por tratar de comprender...

—Porque aunque al final lo rosa se vuelva negro, caminar unas cuantas cuadras siendo lo que en verdad somos, es un triunfo conquistado a punta de huevos. Y estar al frente de eso es un orgullo que no te pudo explicar.

El sábado 14 de febrero Diana al fin tuvo su vestido. Aunque vestido, en este caso, era un decir: la reina gay de la disidencia salió de su casa del barrio Chino empinada sobre unas botas de cuero negro hasta las rodillas, una tanga del mismo color y un corsé de *femme fatale* que dejaba al aire sus tetas plásticas 36B. A las ocho de la noche, con apenas una hora para arreglarse antes de que un taxi la recogiera para llevarla hasta el barrio Las Delicias, la soberana hormonizada hacía malabares en su cuarto para maquillarse, enredarse unas extensiones de cabello que le caerían hasta la cintura, ponerse unos lentes de contacto verdes y pedirle la bendición a su papá. Minutos antes de salir a desfilar, la reina, que se hace llamar Channel, olía igual que un sparring de boxeo después de un día de entreno con el campeón del mundo.

El papá de la reina se llama Antonio Ardila; es camionero, lleva bigotes de charro mejicano y la quijada cuadrada de un tipo rudo. No es mera apariencia: cuando se llevaba a trabajar a su hijo —antes de que su hijo se convirtiera en Diana— y los otros camioneros se burlaban de la forma en que el niño caminaba, de la manera como se peinaba, de ese estilo «tan mariconcito» para llevar la ropa, Antonio repartía puños aquí y allá, se ganaba enemistades, perdía clientes. «Yo quería tener un boxeador en la casa, pero no se pudo... tampoco iba a dejar que me lo irrespetaran». Antonio no lo admite, pero esa es la razón por la cual, en un día como ese, él prefiere quedarse en casa. En el andén, entre la turba de gente, lo sabe bien, tendría que ser rudo de nuevo.

Nataly, la reina del oficialismo, tiene 24 años y dice trabajar como asesora de imagen y profesora de pasarela en una agencia de modelos de Bogotá. Es trigueña, mide 1,76, lleva las uñas nacaradas, el cabello natural y un gesto de amabilidad tan postizo que resulta antipático. La había conocido en una tarde mientras la peinaban en una sala de belleza, antes de una entrevista con un medio de televisión local. Dijo que tan sólo me podía «regalar» cinco minutos: «Ya sabes cómo es la agenda real mi amor, llámame mañana». Luego, por teléfono, me contó que no desfilaría. «Yo salgo, pero en la Batalla de Flores», dijo con la voz de una diva intratable. Tal vez lo era.

Así que Diana, Channel, las dos, la misma, la hija del camionero que se daba golpes por ella, tendría el camino libre para reinar. Se contonearía al ritmo de los grupos de millo y bailaría cumbia como ninguna. Abriría sus manos para animar al pueblo como un gladiador triunfante. Sería la reina, sí, duélale a quien le duela. Y la mirarían los hombres y la envidiarían las mujeres. Y ella los conquistaría a ambos. A unos con la sensualidad de una pantera; a otras, con la dulzura de una chica que, como ellas, sueña con un tipo que la quiera, una casa y un perro.

Y entonces, ahí, siendo de todos y de nadie, se olvidaría de que la vida también es despiadada en esa ciudad que ahora la aclama. Danzaría sobre sus calles sin recordar que en Barranquilla todavía hay restricciones para emplear a hombres y mujeres que se hayan declarado gays abiertamente; movería sus caderas sin acordarse de los amigos a los que les han roto las solicitudes de trabajo en la cara con el único argumento de no emplear maricas; gozaría sin pensar que esa es la razón por la cual la mayoría de los transexuales debe limitarse a la prostitución o al trabajo de una peluquería. Por esa noche, me había dicho antes, ella sólo bailaría. Y reiría. Tal vez, burlándose de todo eso.

Channel en el desfile gay • Foto: Edwin «Zulu» Padilla

EL REY MOMO Y SU ESCUDERO*

Por Liliana Martínez Polo

El rey Momo olvidó su cabeza en la Casa del Carnaval. De eso se quejó en el taxi, rumbo al hospital de enfermos renales que estaba en la agenda de visitas que una figura emblemática de las fiestas, como él, debía cumplir. Quizás nadie extrañaría aquella forma de icopor que Wilfrido Escorcia Salas heredó de su padre, Ismael, el hombre que pasó a la historia del Carnaval de Barranquilla como el inventor del disfraz del descabezado. Al fin y al cabo, sólo en 2009 hubo un rey Momo que llevó consigo una cabeza adicional en la mano.

En efecto, los enfermos en plena diálisis no preguntaron por ese elemento tan popularmente suyo en el Carnaval. En cambio, los periodistas de Telecaribe, con los que tenía la cita siguiente, sí pidieron la cabeza del rey; cosa que para Sebastián Guzmán, su asistente, fue un padecimiento. El mismo Momo se sentía incompleto, así que se ofreció a ir por ella. Guzmán lo detuvo, pidió que alguien la trajera y se quedó vigilante detrás de sus gafas, pues lo peor que podía pasarle como escudero del rey Momo era perderlo de vista.

Al rato, la cabeza llegó gracias a la gentileza de un motociclista. A la par, llegó la reina del Carnaval, citada a un programa de televisión que pretendía juntar a las dos figuras reales en una entrevista. Marianna Schlegel se bajó de una van pintada con su imagen. La acompañaban su jefe de prensa y su edecán, un teniente de policía cachaco que decía sentirse más villano que héroe al estar a su lado. Su misión era decir «No» cuando insistían en acosar a la reina. En cambio, el rey Momo sólo tuvo a Sebastián para decir que «No», encargarse de las fotos oficiales y reportarse cada tanto a una especie de Gran Hermano llamado Mario que los monitoreaba desde la Casa del Carnaval.

La reina tuvo hasta peinadora. A Momo lo cambió Sebastián en cualquier baño o taxi en movimiento. Ella usó trajes de diseñador que el año entrante harán parte de una exhibición de fantasía. Lo que Momo se puso fue, la mayoría de veces, de confección anónima y provenía, en parte, del ingenio de Guzmán para conseguir vestidos de Carnaval. La Fundación Carnaval de Barranquilla ayudó con una provisión de trajes, claro. El vestido de coronación —con larga estola y doble corona para sus dos cabezas— fue regalo de un patrocinador. Pero, el día a día de Momo, para que luciera fresco, colorido y no lo criticaran, cosa que hacía rabiar a Sebastián, exigía más y más trajes.

Momo solía diluirse en los eventos ante la presencia imponente y el estrato seis de la reina. El monarca de 55 años, delgado para el metro con setenta y tres que mide, se ganaba la simpatía a punta de carisma hasta que llegaba ella, con su belleza perfecta. Quizás por eso, ante el revuelo de ver entrar a Marianna, nadie supo en qué momento Momo se borró de la tierra. El primero en notarlo fue Sebastián, que lo buscó yendo de un lado a otro hasta dejarse caer desconsolado convencido de que, obstinado, se había ido a buscar la cabeza. Hizo llamadas, preguntó a quien pasaba. Y, cuando perdía la esperanza, vio a Momo aparecer inocente, saliendo de una tienda vecina.

—Fui yo quien olvidó la cabeza —protestó Momo.

—Entienda, Momo —respondió Sebastián—, a usted se le puede perder la cabeza, pero a mí no. Trabajo para que no lo critiquen.

Y lo llevó rapidito hacia la entrevista. Por lo mismo, sentía como un deber aconsejarlo mientras atravesaban la ciudad en taxis: «Momo, dígales a los enfermitos que, aunque es tiempo de Carnaval, va a hacer una oración por su salud». Cuando la situación lo exigió, lo aleccionó como a un colegial: «Momo, entrégueme ese teléfono que interrumpe su labor». Y, a veces, también fue su cómplice y escudero, quien defendió a toda costa la dignidad real, como en el lanzamiento de un libro de fotos de cumbia en el que sintió que relegaban a Momo entre la nube de invitados.

—Él tiene que estar sentado en la mesa principal —me dijo antes de ir a negociar y conseguir, sin alzar la voz ni armar pleitos, que sentaran al rey en la mesa de personalidades principales.

Y cuando lo sentaron a la derecha del autor del libro, tuvo una tensión nueva. Momo tenía con él un pleito de vieja data. Viéndolos tan cerca, Sebastián se hizo cruces y rogó que no hubiera fricciones. Su olfato de relacionista público lo hizo protestar en voz baja:

—Esto debió preverse —dijo. Luego, notó una grieta en el protocolo—: El autor no lo mencionó en los saludos del comienzo.

Pero Momo no se fue sin hablar. Le pasaron el micrófono, justo después de un discurso de autoelogios del autor subrayando su aporte al Carnaval y a la ciudad.

—Yo quiero darle las gracias a este señor, porque no ha aportado un granito, sino todo un camionado de arena al Carnaval de Barranquilla —dijo, irónico, antes de que Sebastián lo sacara de escena rumbo a otro lugar.

Sebastián Guzmán no es un paje. Es un carnavalero con funciones reales que cada año se aguanta las ganas de dejarse llevar por la fiesta y los llamados del tambor. Su trato es suave, casi cariñoso pero, a la vez, recio. Tiene una autoridad natural que el rey Momo jamás discute y que a Rosa, la esposa del soberano, le hace decir que «es una madre», que les ayuda mucho.

Por algo, la Fundación Carnaval de Barranquilla lo contrata cada año para que sea la sombra del rey, desde su nombramiento —en septiembre— hasta el momento en que el reinado se esfuma con el último aliento del miércoles de Ceniza.

Una semana antes del Carnaval, para el desfile de La Guacherna, Sebastián vistió a Momo de garabato, con un pantalón bombacho hasta la rodilla, capa pequeña y sombrero adornado de flores, que era «prestado, pero nuevo». Lo único que llevaba de más era su cabeza portátil, para no olvidar su estirpe de descabezado. El rey desfiló capitaneando una comitiva de disfraces diversos, entre ellos casi doscientos monocucos, de camisón de colores, antifaz y varita en mano, invitados por un muchacho moreno que usaba una camiseta con la leyenda: «El hijo del rey Momo».

—Sólo traje cuatro descabezados porque al ser rey popular debo representar a todos los actores y personajes del Carnaval, no sólo el mío —explicó Momo, que en versiones anteriores del Carnaval ha caminado delante de una legión de descabezados.

Atrás iban tres pollonas —hombres vestidos de negras palenqueras llenas de brillos—, una negrita puloy, con su malla negra y su traje rojo de pepas blancas; una gorda inflada con aire; un Che Guevara demasiado maduro para reflejar al histórico personaje y un cojo que usaba su físico para representar a una víctima de una mina «antipersona».

También, estaba el rey Cívico, uno de los tantos reyes y reinas que pululan en el Carnaval que, de pelea con la reina Cívica, se unió, huérfano, a la corte de Momo.

Al caer la noche, las músicas traídas por las comparsas competían por dominar los oídos de la gente apostada a lado y lado de las vallas. Empezaba la hipnosis colectiva. El rey Momo «estaba que se bailaba», aunque se decía que más que bailar «mataba cucarachas». Entre tanto, Sebastián, que con labial le pintó a Escorcia los redondeles rojos en las mejillas que llevan los garabatos, repartía volantes de la empresa que le devolvió al rey sus dientes juveniles.

Mirando a Sebastián, su sobrina Katherin, de 20 años, que integraba el grupo de logística, dijo orgullosa:

—Será el Momo del 2011.

—¿Y por qué no el del 2010? —pregunté.

—Porque me va apoyar primero a mí para ser reina popular del barrio.

Liliana Martínez Polo (Bogotá, Colombia, 1972). Ha desarrollado su carrera periodística en la Casa Editorial El Tiempo. Es autora del blog *Vallenato Social Club* y columnista del diario *ADN*, bajo el seudónimo Lilang Martin P. Ha recibido varios premios de periodismo entre los que destaca una mención especial en el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar. En 2008 fue incluida dentro de las cincuenta mujeres de la cultura colombiana por la Universidad Santo Tomás de Aquino, de Bogotá.

* Versión ampliada de «El escudero del rey Momo en Carnaval», crónica publicada en el periódico *El Tiempo*, Bogotá, el 22 de febrero de 2009, pp. 1-2.

Marianna Schlegel en el desfile La Guacherna• Foto: William Martinez

Dos personas de la misma familia no podemos concentrarnos en reinados diferentes en el mismo año. Primero voy yo, luego él.

Antes de que la comparsa diera el primer paso, a las ocho de la noche, Sebastián había definido el orden: el grupo de millo, con sus gaitas y tambores, iría detrás de Momo; después, los descabezados y los demás. Sebastián se haría a un lado, haciendo de semáforo: detendría con su mano el avance del grupo y daría luz verde para seguir.

Pero el sonido natural del millo y los tambores no le hizo ni cosquillas al *pickup* de la comparsa de adelante. Los monocucos, guiados por la ley del más fuerte, abandonaron a Momo. Sebastián trató de detenerlos pero no hubo caso. Los monocucos sólo obedecían al ritmo: hacían culebritas, se empujaban, por momentos parecían un caldo de colores que se sincronizaba para alzar y bajar sus varitas.

Durante dos horas el rey Momo desfiló zigzagueando, aceptando aplausos de un público que a veces estaba de colores y a veces blanco de espuma o harina. En ese lapso, su comitiva adelgazó hasta el raquitismo y se dispersó al final de treinta cuadras que desembocaron en una tarima donde una orquesta de policías tocaba salsas viejas.

—Le diré al rey que no vuelva a traer esos monocucos —dijo Sebastián.

—Bah, eso siempre pasa —me dijo el rey después—. Con los monocucos nunca se sabe.

La noche de Guzmán no terminó con el adiós al bus que llevó a Momo a su casa en Malambo. Fue a reportarse en la Casa del Carnaval y se dejó caer en una esquina del patio a descansar. Allí estaban las reinas de los barrios que se recostaban unas en las otras. Muchas lo saludaron efusivas.

El asistente tiene su popularidad, que no proviene de los seis años que lleva moviendo los hilos de Momo, tras bambalinas, convirtiendo al monarca de turno en la materialización de su propio deseo de ser rey. Es fruto de su histórica vocación de ayuda a la gente que lo llevó a fundar el Carnaval del Suroccidente para acercarles la alegría a sus propias calles.

—¿Por qué se apartó del Carnaval del Suroccidente? —le pregunté.

—Quisieron meterle política y yo no quería. Pero cuido de ese Carnaval también.

Ese Carnaval se llevó a cabo en la tarde siguiente, con Momo a la cabeza, porque la Schlegel no incursionó en ese territorio.

Guzmán tuvo libre la mañana del sábado anterior al Carnaval. Era el preludio de una fiesta grande. Me citó en la casa de su madre, cuyos rasgos tras las arrugas eran muy similares. En otra época, doña Leticia Gallego, solía echar a Sebastián de la casa en vísperas del Carnaval, porque se gastaba el sueldo en vestidos o lo que necesitara la reina popular de El Pueblito, su barrio.

Lo perdía durante cuatro días de fiesta intensa y le abría la puerta cada miércoles de Ceniza cuando volvía penitente. Entonces, Sebastián sí bailaba, gozaba los desfiles como cualquiera de los que salen a perder el sentido. Alguna vez se disfrazó de Farota con falda floreada, sombrero y sombrilla; pero descubrió que trabajar en el Carnaval del Suroccidente, que fundó hace catorce años, era otra forma de disfrutar las fiestas.

La madre, que terminó por integrarse al Carnaval y fue muchas veces reina de la tercera edad, lo mandó llamar y él, en bermudas y chanclas, quiso caminar por las calles de El Pueblito. Allí, el escudero del rey no es un parroquiano cualquiera. El impacto de su popularidad se siente en el afecto de la gente al saludarlo, como queriendo retenerlo, quizás para contarle sus problemas. Entraba tranquilo a cualquier casa para mostrar la entrega de la gente a la causa del Carnaval. Así, me mostró las cabezas en construcción de una comparsa de cabezones y el patio donde ensayaban unos bailarines. Su casa, a la vuelta de la de su madre, permaneció cerrada durante mi visita. En las ventanas tenía afiches alusivos al Carnaval, uno de Momo, uno de la reina y otro de los reyes infantiles.

—No tuve tiempo para decorarla —se disculpó por no tener algo más colorido, alejándose, mientras yo averiguaba por qué Sebastián Guzmán era el famoso del barrio.

—Ayuda a las piponas —dijo una vecina menudita recostada en el marco de la puerta. Se refería a las embarazadas—. A una pipona de 15 años que no tenía seguridad social le ayudó a sacar los papeles del Sisbén[3] para que la

3. Sistema de Identificación de Potenciales Beneficiarios de Programas Sociales.

atendieran. Y a otra, que estaba llena de hijos la ayudó a convencer al marido para que la desconectaran.

Fuera del Carnaval, Sebastián Guzmán es «padre Fami», una especie de tutor de embarazadas y de bebés menores de seis meses.

—No debo atender a más de trece —explicó, mientras caminaba por el barrio—. Ya todas tuvieron sus bebés. Estoy esperando la nueva cosecha.

Para noviembre, como ocurre todos los años en Barranquilla, habrá varios hijos del Carnaval. En eso, el sonido de tambores interpretando un mapalé guió a Sebastián hacia un colegio.

—Es una comparsa —explicó Guzmán—. Está ensayando.

Y buscó la entrada al establecimiento. En el patio central, junto a la sombra de un árbol, varios niños ejecutaban una sincronizada coreografía. Los observó y al final les dio instrucciones a las niñas sobre su deber de sonreír y a los niños, el ejemplo de cómo mostrar fuerza.

A la salida, una profesora le pidió traer a Momo para que los niños lo pudieran saludar, aunque fuera un momentito. Sebastián prometió hacer lo posible y ella le creyó. Al fin y al cabo, es el tipo que ayuda a conseguir patrocinio para los uniformes de los estudiantes.

Esa tarde estalló el Carnaval del Suroccidente, el que Guzmán fundó: un desfile popular y vespertino que la gente disfruta sentada a las afueras de sus casas, viendo comparsas con sus niños, incluidos los de brazos.

—No se necesita represión de vallas para que la gente esté bien —dijo Sebastián mostrando las calles atiborradas de familias, esperando el paso del Carnaval.

El rey Momo reapareció para abrir el desfile. Sebastián volvió a marcarle el paso, tal como lo hizo una semana después en la Batalla de Flores, la Gran Parada y el Desfile de Fantasía. Antes del final, lo hizo desaparecer en una esquina. Era tarde para llegar al Romelio Martínez a un encuentro infantil. Mientras le hablaba sobre lo que vendría en la jornada, le ajustaba la banda real para que se viera impecable. Allí lo dejé, convencida de que, aunque bromeaba diciéndoles a sus amigos que él será el rey Momo del 2025, lo será mucho antes, porque «¿Para qué ser rey Momo cuando uno esté mascando agua?».

Dos días antes del Carnaval, Wilfrido Escorcia tuvo su ceremonia oficial de coronación. Ese día, la corporación le dio una van, como la de la reina, para que no siguiera andando en taxis que pagaba de su bolsillo. Pero alguien olvidó gestionar el permiso para circular en áreas de desfile y a la primera incursión triunfal del rey de las fiestas, la policía de tránsito se la llevó dejando a Momo y a Sebastián a pie, de nuevo. Finalmente, la fundación la rescató y pudieron usarla para cumplir con desfiles y compromisos acompañados por la esposa y los hijos de Escorcia durante los cuatro días del Carnaval.

Y llegaron los días de gloria esperados por meses: llegó la Batalla de Flores, la Gran Parada y el Desfile de Fantasía. Tres celebraciones en tres días seguidos que circularon por la misma Vía 40. El primero, más atiborrado de gente que los otros, porque llevó grandes carrozas con artistas emblemáticos como el Checo Acosta, que acostumbran a repetir un pequeño repertorio a lo largo de la vía, en la que nadie oye una canción completa. Aunque sumando fragmentos se podía oír a pedazos el «Mama ron» de El Ñato, que fue la canción insignia del Carnaval 2009.

El sábado, en la Batalla de Flores, Momo y Sebastián tuvieron su carroza. El domingo, en La Gran Parada, hicieron el recorrido a pie y, como parte de esta crónica se publicó en el periódico *El Tiempo* de ese domingo, unos cuantos reconocieron a Sebastián y le echaron felicitaciones por haber salido en la prensa. En cambio, el rey tuvo la oportunidad de tomarlo del pelo toda la mañana diciéndole: «Chan, vamos pa' l baño».

Aunque la mecánica del desfile estaba clara, Sebastián no dejó de aconsejarlo: «Cuando pasemos frente a la cárcel, Momo, acuérdese de mirar atrás y saludar a los presos». Tampoco dejó de conmoverse —como cuando estuvo en el hospital de enfermos renales— ante las situaciones difíciles:

—Mira cómo esa gente privada de la libertad se alegra ante el saludo de Momo y saca la mano para saludarlo, por eso le sugerí que lo hiciera, para que les diera alegría —y me señaló las ventanas de la cárcel. Las caras sobresalían entre los barrotes, las manos se extendían desde la distancia como si tuvieran la esperanza de llegar a tocarlo. Y Momo sonreía, me explicó que ese cariño se lo había ganado a punta de años de alegrarlos a todos siendo un descabezado.

Marimondas en el desfile de La Guacherna • Foto: Wiliam Martínez

Tarima aledaña al desfile de La Guacherna • Foto: William Martínez

Y llegó la noche del lunes. Momo tuvo su cuarto de hora en la tarima del Festival de Orquestas, subió a bailar sin complejos, a saludar a la gente. Mientras los artistas vallenatos Jorge Celedón y Jimmy Zambrano presentaban en tarima las tres canciones reglamentarias con las que se ganaron un Congo de Oro de los que entrega el concurso, me despedí definitivamente del escudero y su rey. Iban a otra fiesta en otro pueblo donde también los esperaban. Momo iba de lentejuelas plateadas de pies a cabeza. Sebastián seguía como el primer día: de sombrero vueltiao y chaleco.

A esa hora, cuando les faltaba el martes para enterrar a Joselito Carnaval, ya eran un par de amigos. Así lo sentí en un momento en que, con gesto fraternal, Momo le puso a Sebastián la mano en el hombro. Cada uno, por su lado, me había dicho que había descubierto en el otro a una buena persona. Ahora que el Carnaval 2009 es historia, sé que no se van a olvidar.

2 * FESTIVAL DE LA LEYENDA VALLENATA

Foto: Julián Lineros

LOS ACORDES DEL MANDINGA

Por Sara Bertrand

En nuestro siglo —les dije—, resulta
retrógrado creer en Dios,
pero yo soy el Diablo,
en mí se puede creer.

Los hermanos Karamázov,
Fiódor Dostoievsky

1.

A Valledupar se llega por dos caminos. Uno, que podríamos llamar oficial, corresponde a la ruta dibujada por aviones y carreteras; el otro, menos aparente y complejo, es el trazado por la tradición lírica del vallenato, aquella que durante muchísimos años se consideró la pariente pobre del folclor colombiano y que dio un salto al firmamento gracias al tesón de sus acordeoneros que no aflojaron hasta engatusar a compositores de la talla de Rafael Escalona, autor de varias piezas emblemáticas —«La casa en el aire», «La custodia de Badillo», entre muchas— y que terminaron por situarlo como la música que define parte de la identidad de un pueblo. Porque los colombianos son cronistas por antonomasia, grandes seductores con la palabra y en las letras vallenatas está presente el romanceo, la alegría desbordante, la naturaleza insurrecta y, por supuesto, la magia.

De esto último me di cuenta apenas puse un pie en Valledupar y escuché hablar de un tal Francisco que derrotó al Diablo con su acordeón. Recordé que algo había leído en *Cien años de soledad*, pero entonces se trataba de una leyenda, más bien, de una leyenda dentro de una novela y de un autor colombiano cuyas historias incluyen hombres con cola de cerdo o ángeles que caen del cielo en forma de vejetes con alas y no me sonó tan verosímil. Eso fue así hasta que recalé en el corazón de esta localidad —y nunca mejor empleado el término— porque basta un par de horas a cuarenta y cinco de temperatura promedio bajo el sonido continuo de los acordeones del Festival de la Leyenda Vallenata para separar el vocablo loca-lidad, es decir, Valledupar la demente, la apasionada, la fantástica. En otras palabras, en Valledupar temí haber sido alcanzada por la cola invisible del mandinga cuando por un indisciplinado sistema de conexiones tecnológicas, mi BlackBerry y mi computadora se quedaron sin conexión de Internet. Aislada del mundo y su globalizada red de información, retrocedí a los primeros tiempos del periodismo, a las caminatas, al puerta a puerta y, sobre todo, al uso del olfato. Me dejé llevar por el instinto, igual que un sabueso. Sé que suena temerario, es decir, de primera yo misma me engañé con el romanticismo de esa imagen, pero luego se derritió en curiosidades insólitas como, por ejemplo, el día que me perdí buscando a un entrevistado y cuando por fin di con su casa y golpeé la puerta, casi lloro al comprobar que me abrió un mudo (¡!).

A mí me ha salido el diablo
con figura de vaca vieja,
tiene el rabo colorado
y amarillas las orejas.

(Merengue «Francisco el Hombre», según la versión oral de Emiliano Zuleta Baquero cantado por su abuela materna).

Entonces me pregunté por aquello que omitieron las páginas del Nobel y que es la historia de esta leyenda compilada por diferentes autores e historiadores del folclor colombiano y que repiten escolares, tenderos y buenos vecinos a quienes les pregunté por este famoso personaje.

Según me contaron Francisco el Hombre aprendió a tocar el acordeón a los 9 años, es decir, que como muchos niños de esta región, Francisco, conducido por la magia del instrumento —que le otorga desde cualidades curativas hasta un irresistible poder de seducción— puso sus dedos en los botones de su Hohner, apenas logró cargarlo encima —y es que pesan cerca de diez kilos—.

Oriundo de La Guajira, nació en Galán, un caserío cercano a Macho Bayo, a pocos minutos de Riohacha, la capital del departamento, por allá a fines del siglo XIX y fue bautizado como Francisco Moscote. Dicen que heredó las dotes musicales de su padre, un conocido acordeonero llamado José del Carmen Moscote, quien tocaba en parrandas y colitas por toda la provincia de Padilla. Según estas versiones, entre ellas la del compositor y autor del libro *El ABC del vallenato*, Julio Oñate Martínez, fue precisamente su progenitor quien lo apodó «el Hombre» cuando un día lo escuchó tocar el acordeón con una maestría inusitada. Cuentan que el viejo Moscote, chocho con las destrezas de su heredero, exclamó a todo pulmón: «Este es el hombre, ¡carajo!».

Señores yo soy el hombre
y el del acordeón terciao,
soy el hombre de renombre
que desde lejos ha llegao.

(Merengue «Francisco el Hombre» de Alberto Pacheco).

Lo que sigue fue fácil de imaginar: un crecido y fornido Francisco con su encanto de macho colombiano y su voz portentosa de juglar, montado en un burro llevando noticias de La Guajira a Magdalena, esa tierra de algodón y ganado y de selva enmarcada entre la Sierra Nevada de Santa Marta y la Serranía del Perijá, atraviesa ríos y cerros, cantándole a la naturaleza subversiva y endemoniadamente calurosa, dueño de una fama que precede su paso como el mejor acordeonero de la región.

Sara Bertrand (Santiago de Chile, Chile, 1970). Desde 2003 colabora para el suplemento cultural *Artes y Letras* del diario *El Mercurio* y la revista de vinos y gastronomía *La CAV*, ambos en Chile. Novelista de numerosa bibliografía. En 2009, el sello Alfaguara, publicó su más reciente novela para niños titulada *La momia del Salar*.

El día del pugilato, me contaron, Francisco regresaba a su casa después de una larga tanda de parrandas que animó con motivo de las fiestas de Santo Domingo —que se celebran el 8 de agosto—. Se le hizo tarde en Riohacha pues se despidió de sus amigos a eso de las seis, cuando ya comenzaba a atardecer. Iba cansado, pero contento, es que la parranda tiene esa particularidad, deja a todos agotados pero felices. Francisco se recostó sobre el lomo del animal y, como iba sin compañía, abrió su acordeón.

Ya había caído la noche cuando sintió unos acordes magníficos, ¿quién podrá ser?, se preguntó y se contestó rápidamente —porque a esas alturas Francisco Moscote se había retado a duelo con la mayoría de los acordeoneros de la zona— que no podía ser ni Abraham Maestre de Atánquez, ni Pedro Nolasco de El Paso, ni Nicolás Maestre, ni Francisco «Chico» Bolaños. Entonces, ¿quién? Herido de orgullo y picado de curiosidad se dirigió hacia el desconocido. El contrincante lo saludó:

—¿Con quién me entiendo?

—Con Francisco —pero el Diablo no entendió un carajo, así es que Francisco repitió—: Con el Hombre.

—Tenía deseos de encontrarme contigo —respondió el Diablo y luego le preguntó—: ¿Tocas tú o toco yo?

Y Francisco contestó:

—Toca tú que me estás provocando.

Con ese celo de ganador, Francisco se acomodó el acordeón y repitió cada una de las tonadas que le propuso su rival. Lo que tocaba uno, el otro lo mejoraba. El empate era prolongado y dominaba una oscuridad total como sólo se da en la Mata —cerro en el que termina la sabana—, no había tregua, no había vencido. El Hombre no le había visto la cara a su adversario, pero a

Desfile de las Piloneras • Foto: Julián Lineros

eso de las dos de la madrugada, el rayo de una estrella le iluminó el rostro. Fue un segundo, pero el Hombre sintió vértigo, le temblaron las piernas y el acordeón le pesó sobre su espalda. Comprendió con espanto que esas horas podían ser sus últimas y que en ese duelo se jugaba su descanso eterno, o bien, su perdición completa.

2.

En Valledupar por cada taxi corren a lo menos tres mototaxis. Según cifras no oficiales —la mayoría trabaja sin patente, por lo que no hay registro— van por sobre las ciento cincuenta mil. También, me aseguraron los lugareños, está rellena de tesoros. Joyas y otros materiales preciosos que escondieron los indios cuando vieron subir por el río Cesar al primer hombre blanco, allá por el 1500; luego los españoles hicieron lo propio ante la inminente llegada de Simón Bolívar. Claro que aunque son sabidos, pocos se han animado a buscarlos. ¿La razón?: se trata de reliquias que resguarda el Diablo.

—Se aparece sentado en una roca y te dice: oye, eso no es tuyo. Y si tú insistes en cavar, te lleva —me advirtió Víctor Mauricio Camarillo Ochoa, un octogenario de mente lúcida y sonrisa fácil, que se interrumpe cada tanto para contar un chiste entre carcajadas. Habló cantando, digamos, que los vallenatos que conoce y que forman parte de la tradición oral de la que es cultor desde pelaito, integraron su relato con la misma gracia con que movió sus manos de dedos gordos y abotonados. Como cuando le pregunté por Valledupar y entonó estos versos inéditos:

Mi valle lleva un sendero
con un sentimiento innato,
que el nombre de vallenato
corra por el mundo entero.

Camarillo lo recuerda todo o casi todo, pues mientras su cuerpo se tuerce inevitablemente debido a una trombosis que sufrió el año pasado y lo dejó agachado y cojo de la pierna izquierda, su mente se alza como pocas sobre «lo bueno, lo malo y lo feo», como le gusta llamar a las historias que ha recopilado. Quizás por eso le apodaron la Biblia del Vallenato o Historiador Vitalicio y en 1993 el departamento del Cesar le otorgó la condecoración Tradición Folclórica Héctor Zuleta Díaz en reconocimiento a su trabajo como compositor.

Para saber sobre las andanzas del mandinga, llegué hasta la casa en el barrio Kennedy que comparte con su cuñada y sobrina, dos mujeres fervientes devotas de la Virgen de Nuestra Señora del Rosario, como él. Me recibió en el patio trasero y nos sentamos bajo la sombra de un palo de mango larguirucho y deshojado, al fondo había un corral donde un gallo engreído mantuvo a raya a sus gallinas. A Camarillo no le gusta hablar del maligno, aunque fue sencillo tirarle la lengua.

—El Diablo no mata a ninguno, se lleva a los que saben poco —me dijo y aseguró que en la lucha contra el demonio se han perdido niños, hombres y mujeres—: De todo se lleva el demonio.

Y si el Diablo se aparece
sigo con mi improvisación.
De que se encomiende y rece
si es que sabe de oración.

(Versos del merengue «Francisco el Hombre» de Alberto Pacheco).

Eso me contó Camarillo. Que Francisco el Hombre logró vencerlo pero otros no porque el mañoco —viene del que tiene maña, es decir, el que se las sabe todas— sabe engañar al hombre. De hecho, me aseguró que una de sus funciones en la Tierra es buscar nuevas almas que lo acompañen en el inframundo, allá donde fue desterrado como Lucifer, el ángel que traicionó al Todopoderoso.

—¿Cómo reconocen a los que han hecho trato con él? —le pregunté.

—¡Pst!, por la maña—contestó.

Y me narró la historia del cajero de Guacoche, ocurrida años atrás. Según Camarrillo tocaba el tambor de tal manera que su percusión se oía hasta en la plaza Alfonso López, aun cuando su pueblo está a varias leguas de Valledupar.

Sus amigos intentaban pillarlo y le sacaban el cuero del tambor, pero él se las apañaba poniendo su camisa encima sin desmerecer en calidad.

—Sabía las cosas del Diablo pero como estaba preparado nunca se lo llevó —dijo.

El problema con estos tratos, me explicó, es que el Diablo se paga en años y los años para él son meses; por lo tanto, a la hora de negociar hay que ser astuto pues ha sucedido que se aparece reclamando el alma antes de que el pobre infeliz alcance la fama. Acotó:

—Viene de forma de un toro y ese toro es el mañoco. Alguien que vino de Bolívar me contó que el toro era un barcino, esos que tienen pinticas; es negro, pero con pinticas blancas en el pecho y las patas.

También, me aseguró Camarillo, puede presentarse como un puerco o un perro, siempre negro.

El maldito perro negro
dicen que es visión maligna,
dizque vive persiguiendo
es a Lucho Paternina.

(«El perro negro» de Alejandro Durán).

Mientras lo escuché, me intrigó que a pesar de ese miedo ancestral por su figura, el Diablo forme parte de cantos, versos y representaciones del folclor colombiano. Porque el mañoco se cuela en las ceremonias que realizan los negros e indios en Valledupar tanto para el Festival de la Leyenda Vallenata como para Corpus Christi. Aparece en el medio tal como representan a la Virgen y su milagro, a los santos y, por supuesto, al Santo Patrono de la ciudad, el Cristo negro o Ecce Homo quien, según la leyenda, fue construido por un misterioso negrito que apareció un día por Valledupar y lo talló en madera durante toda una noche, luego cuando lo hubo terminado, desapareció.

De ahí la estrofa de Chema Gómez en su «Compae Chipuco»:

No creo en santos,
no creo en ná.
Yo creo en López,
en Pedro Castro,
en el Santo Ecce Homo,
y nada má.

Desde entonces, me contó el sacristán, guardan al Nazareno como una reliquia en la Catedral y lo custodian trescientos cincuenta vigilantes. Religiosamente, cada Jueves Santo a las seis de la tarde, lo sacan en andas a pasear por la ciudad y lo devuelven a las cinco de la madrugada.

Insistí con Camarillo y le pregunté por los jóvenes que han comenzado a olvidar estas leyendas y que ya no creen. Aguzando sus ojos oscuros, respondió:

—Los jóvenes no saben defenderse del maligno, yo sí.

3.

La historia de Francisco sigue más o menos así: el Diablo tocaba y Francisco Moscote repetía. Eran las dos de la madrugada y el Hombre peleaba por su vida. Entonces, decidió entonar el padrenuestro y el Diablo se incomodó:

—¡Esa no! —le ordenó a Francisco.

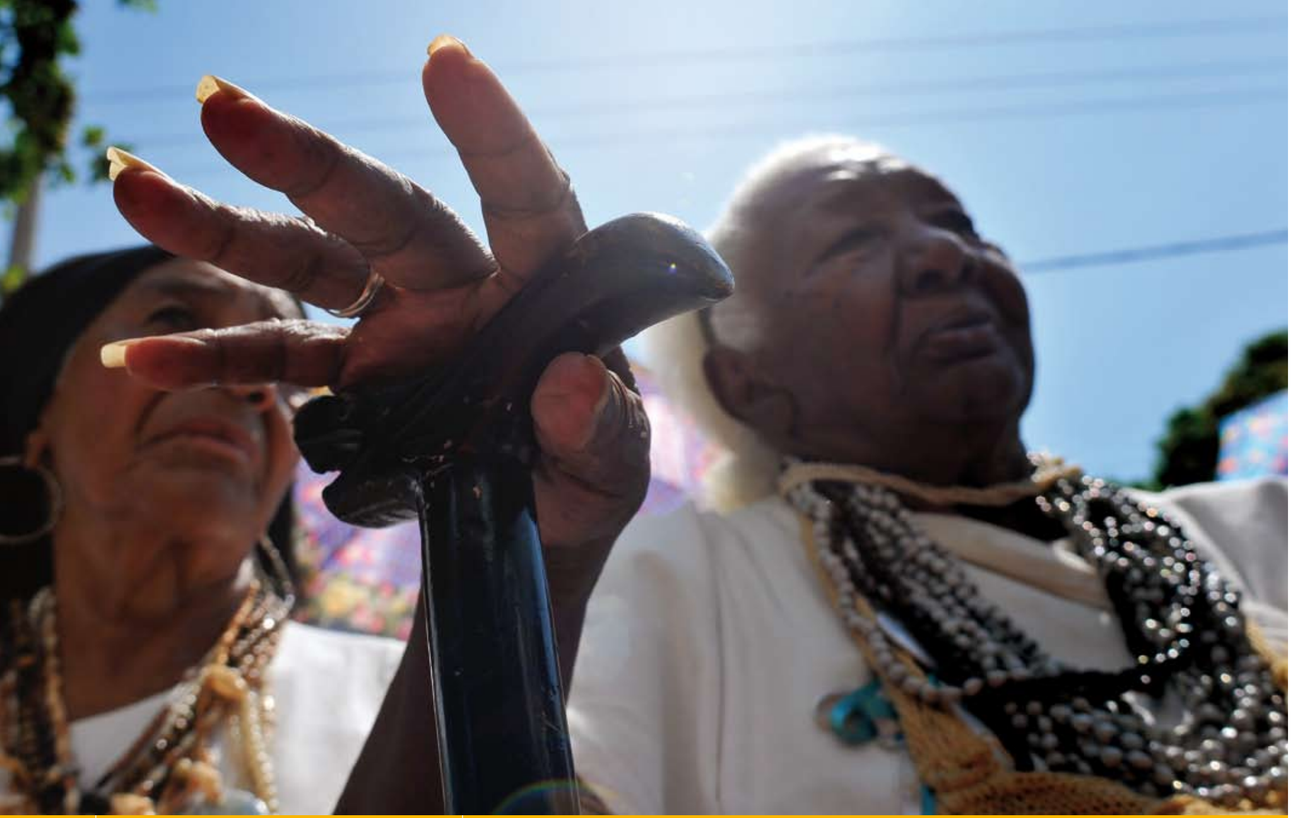
¿Qué hacer para engañarlo?, pensó el Hombre.

El Diablo, mientras tanto, le devolvió una nueva melodía, el son de «Amor amor». Versos anónimos que según la tradición se los enseñó el maligno a Francisco el Hombre:

Este es el amor amor,
el amor que me divierte:
cuando estoy en la parranda
no me acuerdo de la muerte.

Francisco el Hombre la repitió. La contienda siguió pareja. Y fue cuando Francisco lo encaró y el Diablo le contestó:

Víctor Camarillo • Foto: Julián Lineros



Recreación de la Leyenda Vallenata • Foto: Julián Lineros

Yo vengo de tierra lejana,
yo soy un Diablo desatao,
prepárate Francisco el Hombre
que te tengo acorralao.

Francisco contestó:

Muy Diablo puede sé usté,
no me tiene acorralao
por ser Diablo desatao
te rezo el credo al revés.

Y así fue como venció al Diablo, cantándole el credo al revés.

Le pregunté a Camarillo:

—¿Quién venció: el hombre o el acordeón?

Se lo pensó unos minutos.

—El hombre —contestó y luego de un silencio completó—: El hombre con su acordeón.

Víctor Camarillo se acomodó en su silla y me indicó que me acercara. En tono cómplice me confesó:

—Hay que rezar el Credo, el Padre Nuestro y la Oración al Santísimo.

Según él son poderosas armas para desarmar al mandinga, además de la cruz, pero tanteé entre mis cosas y no llevaba ninguna. Mientras, la Plaza Alfonso López continuaba afiebrada por la contienda festivalera, ¿necesitaba precaverme?

Me despedí con un abrazo. Camarillo debía escenificar la Leyenda Vallenata junto a los devotos de la Virgen de Nuestra Señora del Rosario. Se trata de la historia que rememora el milagro de la Virgen luego de que los indios le envenenaran el agua de la laguna Sicarare a los españoles en 1545. Lo llaman el Rito de las Cargas y forma parte del calendario oficial del Festival. Pero en ese momento comenzó a llover y en Valledupar el agua corre por las calles como si se tratara del río Guatapurí, su afluente tutelar. Los taxis prefirieron dejar de correr antes de quedarse *en panne*, pero Camarillo y los suyos —igual que todos los años— hicieron el rito de todas maneras, sabían que «con la Patrona no se juega» y yo pienso que con el Diablo tampoco.

LAS HORAS FELICES (Y OTRAS NO TANTO) DE UN PATRIARCA VALLENATO*

Por Gloria Montanaro

—¿Podrá ser que nos cante una última canción?

—No —me responde dubitativo, no muy seguro. Tal vez no me ha escuchado bien. Liliana, hermana de su nuera, ya me ha dicho que me tengo que arrimar a su oído y «darle duro». Está viejo y con una sordera tal que hablarle suave sería como susurrarle a alguien que ha pasado muchas horas al lado de un parlante a todo volumen. Como probablemente no me ha entendido, me acerco y le insisto intentando ser más clara. Le sugiero que cante «Matilde Elina», la canción que mayor reconocimiento le ha dado, pero su respuesta no obedece a mi pedido y parece alejar aún más al canto. Insisto de nuevo:

—¿Se anima a cantarla? —la situación comienza a parecer la de una niña pidiéndole historias al abuelo.

—Vamos a ver si la cantamos esta noche.

—O la canción que quiera. ¿Puede ser que me cante una última canción, así no lo molesto más?

—No, la última no —exclama—. ¡Porque yo no me he muerto!

Luego, estalla en una carcajada y toda la sala, que hace un rato estaba a oscuras, donde sólo llegaba filtrado por la cortina un cálido haz de luz matinal, parece saturarse de blancos globos de historieta repletos de jajaja. Se ha salido con la suya. Las mujeres de la casa, antes ocupadas en la cocina, se acercan a ver qué ha ocurrido. Y él, cortejante, me dice al fin:

—Estoy completamente a sus órdenes, preciosa. Voy a cantarle un merengue, un merengue que yo le llamo «Horas felices».

Leandro Díaz es ciego desde que su madre María Ignacia le dio a luz hace 81 años en Hatonuevo, departamento de La Guajira, Costa Caribe colombiana. Sin embargo, familiares y amigos aseguran que «él ve con los ojos del alma». Iluminado por ellos ha escrito canciones que conmueven por su vuelo poético y su calidad descriptiva. Su música suena, desde hace tiempo, en las parrandas vallenatas.

Lo encuentro sentado solo, mirando hacia la puerta principal de su casa en Valledupar donde vive desde hace tres años con su hijo Ivo. Viste una impecable camisa blanca que tiene acordeones y notas musicales pintadas a mano. Un rosario de madera cuelga de su cuello y en su anular izquierdo lleva un anillo de oro. En los pies, sandalias de cuero negro entrelazado. Realmente se ve como un patriarca del vallenato.

No usa bastón. Sus manos, ahora en descanso sobre el brazo de un sillón verde y amarillo, son las que lo ayudan a reconocer superficies, examinar texturas, adivinar espacios. Gracias a ellas aprende las coordenadas para moverse en cada ambiente sin tropezar. En su rostro cuarteado, los párpados caen como pesados telones. Detrás de ellos se esconde un escenario donde Leandro recrea un universo propio.

Le pregunto sobre su infancia y me cuenta que, cuando era niño, su padre no podía pagar un instituto especial —aunque probablemente tampoco existía—.

* Versión ampliada de «El amor en los tiempos del vallenato», crónica publicada en la revista dominical del diario *La Nación*, Buenos Aires, Argentina, 30 de agosto de 2009, pp. 38-41.

Por lo tanto, Leandro nunca aprendió a escribir ni a leer con el lenguaje de braille como en su momento lo hizo Ray Charles. Tampoco tuvo un copista a quien dictarle las notas de sus canciones —como sí Joaquín Rodrigo, autor de «El concierto de Aranjuez»—. Él es el único en sacarlas a la luz del cuarto oscuro de su memoria.

—Podrás imaginar que no digo que tuve la desdicha, sino la mala suerte de nacer sin vista —me dice—. Mi familia era demasiado pobre. Vivíamos de una pequeña finca y mi papá tuvo varios hijos y en consecuencia vivía cansado. Yo no tuve esa dicha, siempre vivía mal.

La ceguera lo alejó de mucha gente. Le traía contrariedades para conversar y relacionarse con las personas. La canción que más quiere, precisamente, se llama «A mí no me consuela nadie»:

Emilianito está muy bien posesionado
y Rafael está casado con Marina,
y Simón Salas y Julio Suárez andan gozando
y Leandro Díaz solito en la vida.

En este momento una voz de mujer, fina y monocorde —su reloj— le anuncia que son las diez de la mañana. El aviso lo trae de vuelta al presente.

—¿Y cómo aprendió a componer? —le pregunto.

—Eso no se aprende, eso lo va adquiriendo uno con el paso de los años —dice—. A mí me gustaba y tuve la dicha de hacer mis primeros versos y de que me salieran bien. Entonces seguí la ruta, siempre guiándome por la mente. Yo soy creador.

Así sucedió en la primavera de 1950 cuando Leandro, quien había migrado a un pueblo llamado Tocaimo, se acercó a orillas de un río para echarse agua en la cabeza. Fue entonces cuando a base de concentración se vino a dar cuenta de que, súbitamente, un demiurgo lo estaba inspirando para componer una canción:

Señores vengo a contarles
hay nuevo encanto en la sabana.
En adelanto van estos lugares
ya tienen su diosa coronada.

Gloria Montanaro (Buenos Aires, Argentina, 1985). Frecuente colaboradora de la revista dominical del diario *La Nación* y otras revistas argentinas como *Ohlalá!*, *Bacanal* y *Gata Flora*. Actualmente, trabaja en el diario online *Infobae.com*.

Su verso era para Josefa, una muchacha que vivía en esa misma vereda de indios y según él, presumía de ser la superior entre las mujeres. Leandro era amigo de su hermano, un joven que tocaba el acordeón y quien, haciéndole el favor, se la presentó. Leandro quiso conocerla pero ella era esquiva y no se lo permitía porque era ciego. Ahora, recuerda:

—Un día dije: "Esta mujer se va a creer que es una diosa", y ahí me fui ingeniando y terminé haciendo una canción. Todo el mundo la conocía a Josefa pero el que le puso la Diosa fui yo. Afortunadamente, le gustó mucho al país y aquí se escucha bastante todavía. De eso hace cincuenta y nueve años.

Lo poco que este juglar sabe hoy de ella es que vive por La Jagua, una zona carbonífera del departamento del Cesar. No le interesa saber más. Ni siquiera regalándole la canción ha logrado que Josefa sienta afecto por él.

Leandro es enfático al decir que no siente devoción por su antigua musa. Se vuelve hosco al nombrarla. Sin embargo, a pesar de ese resentimiento, su existencia le ha dejado dádivas. Tal vez la más reconocida es que «La diosa coronada» es el vallenato preferido de Gabriel García Márquez, quien además, en 1985, usó los primeros versos de la canción como epígrafe de su novela *El amor en los tiempos del cólera*.

—Ahhh... Gabito, le dicen a él. Gabito —se regodea Leandro—. Él es amigo mío y a él le gustó mucho esa canción.

Lo reconoce entre orgulloso y dolido, como quien se sabe cerca de un ídolo pero a la vez se siente opacado por esa historia, como si le hubieran quedado debiendo algo.

—Teníamos idea de escribir un libro con ese nombre. Lo que pasa es que él andaba enredado en política, le fue mal y se tuvo que ir para España. Allá se puso a escribir *El amor en los tiempos del cólera* y ahora sólo tiene el epígrafe del libro que es mío.

En una crónica titulada «Valledupar, la parranda del siglo», publicada en el diario *El Espectador* en 1983, el Nobel narró su primer encuentro

con el juglar: «Leandro Díaz es una especie de patriarca mítico. A pesar de que es ciego de nacimiento, ha vivido desde muy joven de su buen oficio de carpintero y nunca podré olvidar el día en que Rafael Escalona me llevó a conocerlo en su taller, porque estaba haciendo una mesa con las luces apagadas, y no se oía nada más que el rumor del serrucho y los golpes del martillo en las tinieblas».

Muchos periodistas —yo una más— se acercan a Leandro tratando de reconstruir ese pasado. Sin embargo, Leandro narra una versión diferente a la del escritor.

—Yo escuchaba acordeones pero no toqué —dice Leandro.

—Ni los arregló nunca tampoco, maestro. Ni los desbarató tampoco —interviene Liliana, quien desde el comienzo aparece y desaparece por las salas de la casa, aunque siempre pendiente de Leandro, oficiando de interlocutora cuando es necesario.

—Nada, yo no les puse las manos. Había un señor en Villanueva que se llamaba Buenaventura Rodríguez. Era ciego y arreglaba acordeones. Ese sí los arreglaba.

Según el juglar el verdadero encuentro con el escritor fue bien lejos de una carpintería. Más bien tuvo lugar en una fiesta que se realizaba allá por 1966 con el propósito de homenajear a Alfonso López Michelsen —ex presidente de Colombia— por la creación del departamento del Cesar. Ambos asistieron al agasajo y, entre copa y copa, y a ritmo de vallenato, se hicieron amigos. Más tarde vinieron nuevos encuentros fraternales pero ya en Santa Marta y Barranquilla.

Santa Marta, además de sus exuberantes y generosas playas, tiene la particularidad de ser la ciudad natal de Carlos Vives, el cantante que dio al vallenato trascendencia internacional. Con su estilo popularizó canciones de este folclor que tiempo atrás estaban confinadas a las fronteras colombianas.

Vives era un niño cuando conoció a Leandro Díaz. Sus tíos eran amigos de él y ofrecían una parranda cada vez que este iba de visita a Santa Marta. Siempre que el pequeño Vives oía su voz iba a pararse detrás de su silla para escucharlo cantar.

—Duraba horas de pie oyéndome. Cuando se cansaba se iba a un barrio que se llama Pescadito a jugar al fútbol con los Valderrama. Así creció, oyéndome a mí. Somos amiguísimos Carlitos y yo. Y de tanto oírme cantar, se volvió cantante.

Leandro ablanda su semblante macizo y se ríe con ternura de los recuerdos. Considera que Carlos Vives es un buen artista. De sus canciones grabó «Matilde Elina», que se ha vuelto casi un himno en toda Colombia, y claro, «La diosa coronada».

—Él me dijo que la quería grabar y le dije: "Ay, ¡échale hombe!", y de casualidad que la grabó bonita.

—¿Por qué de casualidad?

—Porque hay intérpretes que dañan las obras. A veces tratan de quitarle la originalidad y ponerle algo ficticio. Eso, a veces, daña la obra.

Pedro Olivella era un joven más de San Diego, un pueblo ubicado a veinte minutos de Valledupar. Junto a unos cuantos compañeros formó un café literario en el que, además de escribir y leer poesía, se discutía sobre política. Leandro Díaz fue para ellos el gran instructor. Cuenta Olivella que muchas veces llegaban a su casa y lo encontraban escuchando radio de otros países porque quería conocer el mundo. Su canción «Soy», de 1990, es una muestra de su carácter contestatario y su desprecio por el poder y las élites. Una vez, por ejemplo, a San Diego llegó gente de un canal de televisión para filmar a Leandro y él se rehusó de manera rotunda. Dijo que ser filmado no le despertaba el menor interés simplemente porque él no podría verse.

La lírica de Díaz influyó en los versos de estos jóvenes, quienes más adelante publicaron el libro *Nueve poetas cesarenses y tres canciones de Leandro*. Con gratitud, y en retribución por sus enseñanzas, ellos le leían libros y lo acompañaban en las parrandas. Más de una vez, luego de una jornada a punta de trago, eran cómplices de los amores del maestro.

—San Diego fue mi vida. En San Diego fue que yo la hice —dice Leandro—. Venía a Valledupar a la fiesta, pero yo vivía en San Diego. Tuve la dicha de vivir cuarenta años en ese pueblito.

En sus calles de tierra, con casas color pastel, bien cuadradas y de techos bajos, y probablemente también bajo sus repentinos y milagrosos aguaceros,

Gloria Montanaro, al oído de Leandro Díaz • Foto: Wiliam Martínez

y en el patio de su casa donde antes se sentaba bajo un árbol majestuoso a componer «El verano» —allí donde hoy caminan gallos desplumados que ya no pueden ni subir al paredón que delimita la propiedad—, y en el río Chiriaimo que corre débil, casi sin caudal, y en la casa del escritor Jael Peralta que aseguran es la más fresca de San Diego, y en las parrandas donde llegaban orquestas salidas quién sabe de dónde, y en los brazos de Clementina, y en los brazos de Nelly, Leandro la ha hecho.

Esta fue la geografía que lo hizo feliz. Aquí conoció a Clementina Ramos, su esposa, una mujer alta, mulata y silenciosa con quien tuvo siete hijos. Aquí conoció a Nelly Soto, su legítima amante, a quien también dio casa y tres hijos. Es que por estos pagos los hombres son tan pesados que no hay mujer que los aguante solita, o al menos esa es la explicación que me quieren dar para que mis prejuicios culturales no me cieguen. Lo cierto es que en la Costa Caribe colombiana no es extraño encontrarse con hombres benditos entre todas las mujeres, amantes a mano y cientos de hijos volando. Clementina y Nelly se conocían, se reconocían y hasta se pasaban recetas de cocina. Hasta dicen que en algunas ocasiones una acompañaba a Leandro a la casa de la otra.

«Clemen», como la llaman sus familiares, falleció en enero de 2009 por problemas respiratorios y renales. Hasta entonces vivían juntos. Cuando le pregunté cómo conoció a su esposa, Leandro me respondió con simpleza:

—Yo era amigo de un hermano de ella. Le gustaban las parrandas. Entonces un día él me llevó a su casa, me presentó a su hermana y me quedé pendiente de ella hasta que realizamos vida.

—¿Qué lo enamoró?

—Yo creo que fue ella la que se enamoró de mí. Total que nos pusimos de acuerdo y vivimos juntos muchos años.

—¿Y nunca fue su musa?

—No. Fue una mujer que supo comprender mi situación y eso fue lo que más me sostuvo el vivir con ella, porque me comprendía. Si yo tenía que hacerle una canción a una muchacha por sacar una utilidad, eso no la molestaba.

El calor es tan intenso esta tarde en San Diego que el aire que respiro se me antoja parecido al vapor que sale de la olla en la que Nelly se ha puesto a cocinar. Lleva una camisa blanca, fresca, sobre su cuerpo robusto. Tiene el pelo recogido en un improvisado rodete. Sobre su hombro hay un repasador que cada tanto usa para no quemarse mientras vigila la comida. Morena también, con un rostro que se debate entre el llanto y la sonrisa. Cuando habla de Leandro sus ojos se ponen vidriosos.

—Yo perdí mi juventud con él, tenía 20 años —me dice.

Apenas llegué a la casa y le nombré al juglar, Nelly empezó a llorar. Leandro no la ha vuelto a visitar y ella se ha quedado sola en esta casa en la que todo parece hablarle de su ausencia: el patio descuidado, las plantas que crecen y ya se están por devorar su existencia, las paredes sin arreglar, los hijos lejos y el dinero que no alcanza. Hoy se siente la viuda de Díaz.

Mientras cuenta su congoja muestra las fotografías de tiempos felices junto a Leandro y sus hijos Iván, Solmery y Lácides. También de una de sus nietas que es ciega de un ojo. Imágenes del bautismo de una, de la comunión de la otra, el casamiento de aquel. Leandro y ella. Recuerda que se conocieron en el barrio porque eran vecinos, ella se enamoró del canto y de nuevo esos ojos, dirección a la ventana, suspiro de enamorada, recuerdos felices.

El mismo día que falleció Clementina, su hijo Iván llevó a Leandro junto a Nelly. Esa fue la última vez que vio a su amante. Desde entonces no sabe nada de él y dice que la otra familia lo tiene preso en Valledupar.

—Él no me ha dejado a mí, ni yo a él. Si vuelve, yo lo recibo —asegura Nelly.

No es sólo Nelly la que siente la ausencia de Leandro. El pueblo entero se había apropiado de él.

—Nos quitaron a Leandro —dice con pesar Pedro Olivella que reconoce que no lo han vuelto a llevar por San Diego. Cuenta que siendo ciego nunca quiso generar lástima ni aceptaba ser limosnero, era un hombre que quería que le reconocieran su labor. Dice—: Siempre estuvo abierto a otras músicas, hasta decía que no le gustaba el vallenato.

Tanto es así, que el ahora médico William Araújo tocaba la guitarra en un trío al que Leandro le ponía la voz. Araújo destaca su memoria prodigiosa y su labia con las mujeres. Mientras desliza las manos por las cuerdas de su guitarra, explica:

—Él es bien de acá porque mientras Escalona le cantaba a la Brasilera, Leandro le cantaba a Matilde Elina.

Precisamente Matilde Elina fue quien más lo asemejó a todos los mortales que por amores no correspondidos han sufrido. «Cuando Matilde camina hasta sonríe la sabana», dice la canción, aunque Araújo confiesa que ella no era tan bonita y que si bien la mujer nunca agradeció la fama que la canción le ha propiciado, Leandro ha logrado muchos reconocimientos gracias a ella. Se ha convertido, ni más ni menos, en una de las canciones más representativas del folclor vallenato.

—Hay gente que quiere a la mujer por el acto sexual nomás. Otros le valoramos su obra, su vida, su forma. Es diferente —dice Leandro, quien piensa que el amor es una de las bases primordiales de la vida—. Sin amor, no se vive.

Algunas anécdotas dan cuenta de que la ceguera nunca ha sido impedimento para que Leandro cortejara y sedujera mujeres. Jael Peralta estaba sentado en la calle junto a él, una de aquellas tardes donde las manecillas del reloj se han ido corriendo a otra parte, cuando una joven pasó caminando frente a ellos pavoneando un vestido color carmesí. Los ojos del alma la vieron y naturalmente él la piropeó: «Te queda bonito el rojo».

Cuando uno de sus nietos le presentó a su novia, él la tomó de la mano, le fue palpando el antebrazo y al cabo de unos segundos le festejó la elección: descubrió que ella era una hermosa morenita. Leandro tiene el don de reconocer el color y la anatomía de las mujeres con sólo sentir sus manos. Según él es el resultado de la práctica de la quiromancia; según sus amigos la quiromancia es la excusa para tocar a las mujeres.

Pero, por más humor que uno le añada, al hablar de quiromancia hay algo que sumerge aún más en las tinieblas al maestro: el recuerdo de un tiempo que parece no querer recordar.

—Yo todo lo dejé por la música. La música no me traía ninguna contrariedad. La quiromancia era bonita, yo la medio practicaba, pero me fui por la música, porque hay cosas que mejor no saberlas. Tuve mis problemas y yo sabía que iban a suceder y se lo decía a la familia y no lo creían, y total que tenían dudas de mí y yo dije: "No. Voy a seguir mi música".

—¿Porque le daba miedo?

—Mucho miedo, porque sucedieron muchas cosas, desapariciones de la familia, casos que... y eso, pues, no me gustaba mucho.

Su hermano mayor limpiaba un revólver cuando se cumplió, probablemente, aquello que sólo Leandro había visto. Más tarde fueron las muertes de su abuela y su prima.

En el marco de este Festival, la gobernación del Cesar organizó una visita a la casa de los tres juglares más importantes: Lorenzo Morales, Leandro Díaz y Ovidio Granados.

El recorrido concluyó en casa de Díaz. Y los asistentes lo vieron cantar con ímpetu tres de sus canciones más conocidas acompañado por su hijo Ivo, cantante también, y el acordeonero Rey de Reyes Hugo Carlos Granados. Entre verso y verso, Leandro bebió las copitas de whisky que llegaron a sus manos. Pero ahora, cuando los periodistas ya no tienen más preguntas y se alistan para degustar el arroz con carne desmechada, yuca y arepas de queso que las mujeres de la casa han estado preparando durante todo el día, el juglar parece dormido sobre un sillón. Ante tal descuido Liliana se acerca a despertarlo:

—¡No estaba dormido, estaba pensando! —sentencia con animosa determinación.

Ella, justificándose, dice:

—A veces se mete tanto en su mundo que uno no sabe... —y explica que el maestro crea y recrea mediante la concentración mental y por lo tanto no es raro encontrarlo sumido en sus pensamientos.

En este momento algunas personas se acercan a él como si fuese Papá Noel: lo besan, se toman una fotografía y se van. Pero más allá, casi en la calle, aparece un rubio muy alto y muy flaco, ojos celestes. Tiene pantalón caqui hasta la mitad de la pantorrilla, un sombrero safari y una cara de nórdico que hace que se sienta aún más el calor local. Conversa con dos vallenatos que le llegan a la altura del cinturón y ríen juntos. Otros lo miran extrañados o aprovechan para acercarse y tomarse una fotografía —imagino— con el hombre más alto que ha pasado por Valledupar.

Foto: William Martínez

Leandro Díaz • Foto: William Martínez

Es André Øystein Schjetne, presidente de la Fundación Golden Colombia, noruego y seguidor de Leandro. Me cuenta que hace diez años compró la compilación *100 años de vallenato* de Daniel Samper Pizano y Pilar Tafur y advirtió que las mejores canciones habían sido compuestas por un tal Leandro Díaz.

—Esas canciones tenían un tema mucho más profundo que los demás —dice el noruego—. La verdad es que yo no recuerdo haber oído nunca un artista contando su vida tan brutalmente honesto como Leandro.

El 31 de diciembre de 2008 los Díaz lo invitaron a pasar la fiesta de fin de año en su casa. Cuando todo el mundo se fue a dormir a eso de las tres de la mañana, él siguió bebiendo, cantando y charlando con Leandro. Para él, lo único en este mundo que podría superar esta experiencia sería una experiencia similar con Bob Dylan. Su idea es llevar el vallenato a Noruega. Por lo pronto, ha logrado que Leandro Díaz sea invitado especial en el Festival Noruego de Literatura que se llevará a cabo en agosto de este año, donde interpretará sus canciones junto a su hijo Ivo y a Hugo Carlos Granados.

Una tarde, Leandro quedó solo en un hotel de Santa Marta mientras sus amigos salían a divertirse. Estaba en el balcón disfrutando de la brisa cuando a su mente llegaron los versos de la canción «Dios no me deja»:

Yo que a la hora de nacer
Dios me negaba un sentido
sintió tristeza y después
vino y cambió mi destino.
Él sabía que si me abandonaba
Ninguno cantara como canto yo.
He sabido librar la batalla...
¡No hay que negar la existencia de Dios!

Esta es la canción que hoy, ahorita, más le gusta. Confiesa, humilde y entre risas, que no tiene una preferida, han sido tantas —más de trescientas—, que ya no sabe cuál. No siente disgusto con ninguna pero asegura que siempre queda a mitad de vía aquella que no camina, la que no encuentra el rumbo, la que perdida se consume a sí misma. Pasan las horas nocturnas, aunque para él sean siempre de noche, y si acaso no puede dormir jala de sus sentidos para trazar senderos que guíen nuevas composiciones. La cabeza le ha pedido ahora un descanso de más o menos un año.

Me intriga que haya elegido esta canción y quiero saber cómo es su vínculo con Dios, cómo lo ha ayudado a superar las contrariedades que ha vivido y, entonces, se lo pregunto.

—Él y yo somos amigos —dice—. A pesar de que me dio sin vista no resiento de él porque me dio la vida. Y me dio para defenderme, para que la gente supiera que no solamente la vista es la vida de una persona. Es muy importante mirar, pero si no se puede, se vive.

Sentado sobre su sillón de patriarca, en esta sala a donde sólo llega filtrado por la cortina un cálido haz de luz matinal, Leandro me dice que la música, ese don que le dieron para defenderse, fue la que le transformó absolutamente todo. La música le dio la vida. Le dio también, claro, «Las horas felices» que por fin, al concluir la charla, se prepara para cantármela con la sentencia de que esta no será la última canción:

Seguro que mientras tenga sentimiento el corazón
viviré haciendo canciones para complacerte a ti,
dándote una serenata de guitarra y acordeón
haré todo lo posible con tal que tú seas feliz.

DANNI, EL REY DEL VALLE

Por Marina Pagnutti

Después del silencio, lo que más se
acerca a expresar lo inexpresable es la música.

Aldous Huxley

1.

Daniel quiere jugar al fútbol, su deporte favorito. Dice que es hincha de Boca Juniors, el equipo más popular de Argentina, y que sigue casi todos los partidos. Ni los cuarenta grados clavados en la escala de medición de temperatura impiden ese fanatismo. Tampoco el calor aplaca sus ganas de tocar el acordeón, instrumento que domina desde pequeño. Él vive en la calle 10, del barrio Los Cortijos en Valledupar y cuando puede juega a la pelota.

Después de observarlo correr por la calle me acerco con la intención de conocerlo.

—¿Hace cuánto que tocás el acordeón? —le pregunto.

—De muy chiquito, a los cuatro años. Mi mamá me dijo que si me quitaban la música lloraba.

De pronto, noto cierta timidez en su mirada y lenguaje corporal. Es posible que no esté acostumbrado a responder preguntas de extraños y mucho menos hablar de sus habilidades.

Daniel siempre está rodeado de primos, amigos y su fan incondicional: José Guillermo Maestre, que es su padre, mentor y manager. Mientras la pelota zigzaguea en busca de un grito de gol, José mira los movimientos de su hijo desde el garaje de la casa.

«Siempre digo que Danni tiene mucho talento. Tiene alma de rey», repite José a quien se le acerque. Este año, incluso, decidió no trabajar durante un mes para dedicarse exclusivamente a su hijo. Dejó cerrado el negocio de importación de medicinas y licores que posee en Maicao, municipio del departamento de La Guajira, de donde es oriundo, para asegurarse de que la carrera de su pequeño tenga futuro promisorio.

Claudia Alvarado también es de La Guajira y conoció hace varios años a José. Los dos decidieron aventurarse en un negocio de tiempo completo. Como resultado del esfuerzo, lograron alcanzar cierta comodidad económica. Hoy tienen tres hijos: Juanqui de 15 años, Daniel de 12 y Amena de 8.

—¿Son todos bonitos, no? —me pregunta José y sin dejarme responder dice—: Menos mal que salieron a la madre, porque yo soy bien feo.

Todo transcurre en un mismo espacio: en el garaje que oficia de comodín para cualquier ocasión. Ahí se ensayan horas de acordeón, se come, se recibe a los amigos, a la familia, se lava la ropa, se la cuelga, se improvisan parrandas, se dan clases de vallenato, se mira televisión y se reservan antiguas anécdotas.

2.

El domingo 26 de abril no es un día más. Hay música en Los Cortijos, suenan los primeros acordes de la tarde y comienzan las reuniones en el garaje de la calle 10.

—Oye mi amor, lo haces muy bien. Sigue así, sigue así Danni —arenga el dueño de casa. José María «Chema» Ramos, uno de los maestros de Danni,

también lo asiste y apuntala. Chema, el décimo rey de la historia vallenata, intenta enseñarle al niño los secretos escondidos para que brille en el concurso. Por eso, todos los días le da clases, rutina que intercala con algunas parrandas en las que lo contratan como acordeonero. Chema Ramos es uno de los pocos que conserva y atesora los años de oro del folclor. Sabe lo arduo que es mantener viva la tradición en estos tiempos.

—Para mí, el son tienes que hacerlo más lento —opina José, el padre de Danni, cada vez que puede meter bocado.

—Sí, un poco más lento, pero no mucho. Sigue así —dice Chema, marcando el tiempo correcto del 2 x 4 característico del ritmo.

Danni escucha atentamente, no pregunta demasiado y se corrige. Es aplicado y dedicado. Lo acompañan sus amigos de fórmula musical: William Daniel Sarmiento López, de 13 años, en la caja, y Andrés Felipe Santero Daza, de 14, en la guacharaca.

A medida que las horas transcurren el pequeño espacio se va llenando de vecinos y familiares para compartir el momento y encontrar la excusa para el festejo. La generosidad es tal que sin darme cuenta en minutos me suman a una improvisada parranda, una mezcla de ensayo infantil con viejos amigos del folclor y con whisky Old Parr, la bebida más elegida en tiempos de Festival. Un scotch de gusto seco y ligero, nacido en 1871, que le debe el nombre a un inglés llamado Thomas Parr, «el viejo Parr», que vivió 152 años.

Mientras se arma la fiesta, Danni suelta el acordeón y agarra el celular. Se acomoda el pelo y envía unos mensajes de texto. Sus amigos, en cambio, optan por unos pases de pelota. Son chicos, les gusta la música pero pareciera que también necesitan desenchufarse de un mundo que en un punto les es ajeno. Advierto el cansancio de Danni. Maestre padre también lo nota pero parece no importarle.

Por momentos, el ensayo infantil se convierte en un espacio casi exclusivo para los adultos del buen beber. Hombres con whisky en mano que pretenden educar a niños que sólo quieren diversión, pelota y acordeón.

—Pero quédate un poco más —me insiste José Maestre cuando me despido—. Por favor no te vayas, que ahorita comienzan de nuevo los chicos.

Marina Pagnutti (Buenos Aires, Argentina, 1975). Desde comienzos de 2008 escribe para la revista *Zona 25*, antes llamada revista *Argentina*, que circula en España. También escribe para el diario *Buenos Aires Económico*.

3.

Valledupar tiene 400.000 habitantes y unos 459 años de historia. Su principal actividad es la agrícola ganadera, pero se la conoce por ser el epicentro cultural del vallenato. Tal es la fama, que en días de Festival se viven jornadas intensas que dan como prueba una sobredosis de historia y acordeón. Sin embargo, su sello particular es que cualquiera se siente rey.

La música emana poder contenido. Si no suena un vallenato tradicional, se escuchan canciones como la del mexicano José Alfredo Jiménez, «El rey». Parece que nacer rey en estas tierras es de lo más convencional, aunque se tengan que renovar cada tanto los mandatos.

Todos los años la apuesta musical pretende superar a la anterior y esta no es la excepción. En la edición número 42 del Festival de la Leyenda Vallenata se invirtieron ciento veinticuatro millones de pesos sólo para premiar los concursos.

La oferta gastronómica tampoco se queda atrás. Los chicharrones, perros calientes y toda la amplia gama del colesterol abundan y son un clásico del lugar. Los hogares, las escuelas y la gente se preparan para vivir su máxima fiesta, combinando refuerzos extras en seguridad policial y militar. Y así lo reflejan los preparativos locales que captan la atención de los miles de turistas que llegan ansiosos por la música y la parranda.

Mientras las melodías envuelven la ciudad, la competencia se instala en los escenarios. Concursantes locales y de distintos sitios del país despliegan las habilidades adquiridas, producto de meses de estudio. Sin duda hay talento, pero no es casual. Algunos nacen con el don, otros en cambio lo buscan en las Escuelas de Talento, nacidas con el propósito de darle continuidad al folclor.

Danni salió de una de ellas. Fue uno de los chicos que integró la agrupación Los Niños del Vallenato, bajo la dirección artística del maestro Andrés «El turco» Gil, quien dio a conocer la esencia del vallenato en la misma Casa Blanca en 1999 ante el presidente de la época, Bill Clinton. El turco le enseñó

los primeros acordes y secretos de la música al pequeño Danni, basado en el compromiso y la disciplina.

Luego de la temprana salida al mundo, Danni tuvo que reducir las horas de práctica por prescripción médica. El acordeón de diez kilos de peso era demasiado para su cuerpo de cuatro años de edad y su padre veía que el rendimiento escolar no progresaba. Sin embargo, don Maestre en ningún momento dejó de pensar en el estrellato de su hijo. La idea de tener un rey en la familia siempre lo sedujo.

4.

A las 9:30 de la mañana la excitación y el nerviosismo se huele en cada metro cuadrado. El Parque El Helado está en llamas y derrite a fuego lento a quienes deben permanecer unas horas allí.

Comienza la primera ronda del concurso infantil y la esperanza de cuarenta y dos almas inocentes. Remeras con colores bien diferenciados, posters, slongans, afiches, perros diminutos disfrazados de bailarinas y payasos se mezclan con un gran zoológico inanimado. Son piedras esparcidas por el parque que emulan al rey de la selva y a todo su clan. Animales dibujados en color pastel que se mimetizan con la multitud.

Danni, Andrés y William son los primeros de la segunda ronda infantil. Cada diez participantes, por regla general, los jueces deben rotar y renovarse. Son tres y a uno de ellos lo conocí en la parranda de la calle 10.

—No, no, esto no puede ser. ¡Yo sabía que el sonido iba a ser pésimo. Nos está pasando lo mismo que el año pasado! —grita papá José, que no para de moverse y protestar contra la organización—. ¡Esto no está nada bien! No te das cuenta de que no se escucha el acordeón. Sube el volumen —insiste con cierta obsesión a uno de los encargados de la logística.

—Señor cálmese —responde un custodio desde el sector de seguridad que bordea el escenario—. El sonido está igual para todos. Le pido que se quede del otro lado de la valla.

Al ver esto, le pregunto a Flavio, que tiene 38 años y cinco como encargado de la seguridad y logística del Festival, sobre el comportamiento de los padres dentro del concurso.

—Todos los padres son iguales —dice—. Piensan que la pieza de su hijo es la mejor y que corre desventaja con el resto. Por eso ahora el equipo de sonido se ubica en este sector del escenario, así podemos controlar el área y evitar que los padres interactúen con los técnicos —dándome a entender que así se evitan sobornos.

Danni y sus amigos tocan los temas ensayados. Hoy es paseo y merengue, mañana serán puya y son. Su actuación será evaluada por los jueces durante las próximas cuarenta y ocho horas.

Los temas elegidos para la versión 2009 son: el merengue «La negra de Felipe» de Simón Salas; el paseo «La estrella» de Juan Muñoz; la puya «La fiesta de los pájaros» de Sergio Moya y el son «María Jesús» de Antonio Llerena. Serán los mismos que interpretarán en todas las etapas del evento.

Danni canta con destreza y emoción y toca su acordeón, mientras su padre, apartado de su mujer y sus otros hijos, sufre y ruega a su Dios el mejor desempeño y suerte para el acordeonero. Al terminar, lo abraza por largos minutos. Lo besa y lo felicita.

Poco después, Natalia y Clara le preguntan a la estrella infantil si pueden sacarse una foto. Con la obligación que impone el escenario y una inocente vanidad, Danni accede a inmortalizarse con sus mini fans. Cree que con dos poses mecánicas es suficiente, sabe que es uno de los favoritos.

Después del festejo y de apaciguar el calor con algunos helados en el parque, vamos todos en caravana hacia el barrio Los Cortijos. La única comida italiana que pruebo en días es la que invitan en casa de los Maestre Alvarado. En el garaje de la calle 10, los espaguetis al dente, arroz blanco y plátano asado son la comida fuerte de la jornada.

—¿Estabas nervioso en el escenario? ¿Cómo crees que te fue? —le pregunto a Danni.

—No, ya no tengo tantos nervios. Creo que me fue bien —dice escuetamente para terminar su plato rápido y subir al cuarto a jugar a la Play Station y chatear con María José, su novia que no pudo visitarlo porque tenía al abuelo enfermo.

De pronto, me quedo a solas con José. Noto su mirada inquieta y deduzco que precisa contarme por lo que está pasando.

Danni Maestre, en escena • Foto: Antonio «Tony» Arévalo

Foto: Julián Lineros

—Oye mi vida —me dice—, estoy feliz, feliz de la vida. Esto que estoy viviendo es maravilloso.

—¿Cree que este año se le puede dar? —le pregunto con cierta ambigüedad. Por momentos pareciera que José fuera el concursante.

—Yo creo que sí. El año pasado nos quisieron sacar, pero en este no van a poder.

—¿Quiénes?

—Siempre hay alguien que te quiere sacar —advierte José—. Sabes, yo le agradezco a la Virgen y a la vida que el Danni tenga este don. También el abuelo materno tuvo mucho que ver. Siempre lo alentaba para que tocara algún instrumento. Yo en cambio no tengo esa habilidad, pero compongo...

—¿Ah sí? No me diga que tiene escondidas algunas letras vallenatas de su autoría —digo con toda la intención de darle vía libre y me cuente lo que quiere contar. Desde que hablé con él la primera vez advertí que José necesita hablar sin parar y cuando no puede, camina y gesticula con excesiva ansiedad.

Maestre repasó parte de su historia. Recordó con nostalgia unas viejas letras escritas a un antiguo amor. Luego me habló de sus estudios inconclusos en química, de la necesidad de trabajar desde muy chico, de los dos hijos fuera del matrimonio, de su bondad como persona y de la traición familiar. Después insistió en su condición de buena gente por ser de Urumita —pueblo ubicado a cuarenta y cinco kilómetros del noreste de Valledupar— y en la estafa moral de sus allegados.

Suena el teléfono y José se muestra agradecido por los elogios detrás de la línea. Por un momento se olvida de mi presencia y en su conversación pregunta por el jurado que estará en la etapa final del concurso. Indaga y propone con vehemencia que seleccionen a sus jueces amigos, porque según él «este año Danni tiene que ganar. Sin duda está tocando muy bien y es el mejor». Acto seguido, se despide del llamado con exagerada gratitud y como si nada hubiese interrumpido su relato continúa la historia de su vida.

5.

Con doce años y un moderno corte de pelo al mejor estilo punk aggiornado, el niño mimado de la familia Maestre Alvarado sueña con ser rey. Sus diez acordeones Hohner, ajustados y afinados por uno de los mejores especialistas de Colombia, Andrés Rojas, descansan en un cofre especial a un costado del living.

Danni y su padre muestran la casa. Para que no existan dudas de género, el cuarto de los chicos está pintado completamente de celeste y el de la nena, de rosa. Los únicos cuadros que sobresalen son de imágenes religiosas labradas en madera. La Virgen en relieve se destaca en todos los espacios. Una gran Biblia también se encuentra en el hall que da a los dormitorios. Se me ocurre que la versión gigante del libro sagrado está a la vista para agilizar pedidos y disipar alguno que otro pensamiento fuera de lugar. Tras el reconocimiento inmobiliario, Danni y yo nos quedamos solos por unos minutos, algo poco frecuente pues José siempre merodea la sombra de su hijo.

—Yo quiero perfeccionarme —me dice—. Seguir tocando el acordeón pero profesionalmente. Quiero estudiar ingeniería de sonido y dedicarme a esto que me gusta. Sueño con eso.

—Entonces, ¿pensás vivir toda la vida de la música?

—Sí, es lo máximo, pero sé que tengo que estudiar para lograrlo.

—Las letras que cantás son en su mayoría escritas por adultos y por lo general están dedicadas a la mujer. ¿Cómo sentís esas canciones?

Noto que la pregunta lo sorprende. Su cara, lentamente, comienza a tonalizarse de rosado a un rojo intenso. Se ríe, toma coraje y dice:

—Sí, sé que es distinto. Se siente diferente.

—¿Pero en quién te inspirás para cantarlas? —insisto cómplice de su secreto.

—En María José.

—¿Quién es ella?

—¡Mi novia! A veces pienso en ella cuando tengo que cantar y antes de que me lo preguntes, la conozco de la escuela —me lo adelanta en voz baja dando cuentas de que prefiere hablar de otro tema.

—¿Te gusta cantar vallenatos?

—No mucho. Sólo conozco las letras que canto.

—¿En la escuela compiten con vos, te tratan diferente?

—Sí, pero no me presto a eso. Mis maestras me ponen a tocar en todos

Niña acordeonera acompañada por su maestro el Turco Gil • Foto: William Martínez

los actos. A veces me gusta y otras no, pero bueno no me queda de otra. Con algunos me llevo bien y con otros no, prefiero no pelearme. Allá ellos.

—¿Firmás muchos autógrafos?

—Ufff, síiiii. ¡Me encanta! Y eso no me molesta para nada —sonríe.

—¿Te sentís contenido por papá y mamá?

—Son súper. Ellos me cuidan mucho.

Después de hablar, Danni me muestra sus tesoros: acordeones, juegos virtuales, fotos e intenta enseñarme algunos acordes de su instrumento favorito. Como algo inesperado, se ríe de mí por no poder tocar el acordeón.

—¡Pero enseñame, así jamás voy a aprender! —digo desesperada.

—Es así: la mano va en este lado y con la otra tocas los botones. Es bien fácil. No sé cómo explicarlo, yo lo hago así...

Como si bebiera un vaso de agua, Danni toma el acordeón que tenía entre mis manos y me da una breve demostración de la forma de tocar. Mientras lo hace, no para de reírse. Encontró mi punto débil y ahora él tomó las riendas de la situación, desquitándose sin quererlo, tal vez, por aquellas preguntas sobre su romance infantil que sus padres desconocen.

Luego de la derrota musical y enfrentando la limitación, me despido y quedamos en vernos en la próxima etapa del concurso.

Antes de irme de la casa, Claudia y José me frenan para preguntarme cómo me fue con Danni. No pueden creer que el pequeño se haya mostrado tan distendido con alguien fuera del clan. Esa actitud los pone alegres. Lo que dio como resultado al día siguiente recibir un regalo especial de la familia Maestre. Se trata de una mochila wayúu, muy codiciada en Colombia y confeccionada a mano por los mismos indígenas wayúu, población que habita en la península de La Guajira. La elaboración de cada una puede llevar meses enteros de trabajo y como corresponde saben cotizarlas muy bien, hasta unos ciento cincuenta mil pesos.

6.

Viernes 1 de mayo, feriado y sin lluvia. Quince chicos llegaron a la semifinal y entre ellos Danni será el tercero en la presentación. De esta ronda saldrán los cinco finalistas que tocarán para el público en la tarima del Parque de la Leyenda Vallenata. A unas cuadras de allí, en el Parque El Helado, familias enteras permanecen como en campaña política; los pasacalles y afiches con inemensas fotografías incluidas de los chicos-músicos demuestran la inversión y posibilidades según la economía individual. Un panorama probablemente impensado en los primeros años del Festival.

En el certamen también se encuentran historias tan deslumbrantes como la de Juan David Atencia, ciego de nacimiento, de escasos recursos y un talento natural para ejecutar diversos instrumentos; la de Yeimy de Jesús Arrieta, primera niña que ganó el título de rey, en 2006, y otras más convencionales, todavía sin premios en la alforja.

Llega el sorteo de los jueces. Uno de los hermanos mayores de Danni reza para que al chico lo juzguen los conocidos de la familia. Un amigo agita las masas con un «sigan creyendo» como señalando que el único talentoso estaba a la vista y no existía nadie más.

Loli Leal, encargada de la logística, protesta porque tiene que buscar a los chicos y a los padres, cuando en realidad deben dirigirse a Prevención, una instancia previa a la presentación en la que se informan los temas a ejecutar y el nombre completo de los participantes.

Muy alterado, José aparece con dos acordeones bajo el brazo y llama a los integrantes del grupo: cajero, guacharaquero y acordeonero. Los increpa. Su nerviosismo lo lleva a decirle a William, el cajero: «Hermano, no inventes nada raro. Mira que esto es serio y acá se juegan muchas cosas. Después me dices que fulano [su padre] te dijo que hagas tal cosa y así se pasan la pelota. ¡Ojo con lo que haces!».

Luego de los cuatro temas de rigor, sólo resta esperar los resultados.

A las diecisiete en punto, Danni, William y Andrés, después de tanto esfuerzo, pasan a la final.

Una instancia nueva para los Maestre. Una recompensa a las horas de estudio y al talento, respaldados por veinte millones de pesos invertidos en la campaña infantil. El camino perfecto para instalar el apellido y el honor en una parte de la historia.

A las nueve de la noche el Parque de la Leyenda Vallenata comienza a llenarse lentamente. Se esperan unas veinticinco mil personas, cuando la figura internacional de Juan Luis Guerra y los 4:40 hagan su presentación.

El locutor anuncia las reglas: «Tenemos un semáforo que nos indicará el tiempo de los participantes: el verde inicia, a los veinte minutos se enciende la luz amarilla y a los cuatro minutos restantes se pondrá en rojo, y ahí cada participante tendrá que buscar la forma de terminar su canción».

En su turno, Danni supera el tiempo, pero no es el único. Tocan los cuatro temas elegidos, que a esta altura del concurso suenan como si los ejecutaran hace años y finalizan la participación.

Luego, llegan las horas de ansiedad contenida hasta el veredicto final de los jurados.

Guerra es el famoso más querido y esperado de la noche. Cuando aparece, el parque explota de emoción.

Mientras de fondo suenan las letras sobre lluvias de café y amor a la colombiana, la familia Maestre se aglutina expectante en el sector VIP del auditorio, con una gran cuota de mínimo disfrute. Horas después se supo la sentencia.

7.

Nació un nuevo rey. Los Cortijos tiene un monarca entre sus habitantes que reinará hasta el próximo año.

A las dos de la mañana, la extensa caravana de motos último modelo de amigos provenientes de Venezuela y algunas camionetas blancas con primos y primas de distintas partes de Colombia y un par de amigos de Danni, menos la presencia de María José —la novia ausente— desfilan exultantes por la avenida 19 o Simón Bolívar hasta llegar a la calle 10. A la casa convertida en castillo, morada que cobijará por poco tiempo a los Maestre, que en dos meses se mudarán en busca de mayor confort y más metros cuadrados.

La euforia del barrio es tal que al nuevo rey se le dificulta descender de su 4x4. Al mejor estilo hollywoodense, un cordón humano de allegados asegura los primeros pasos de la nueva celebridad.

Con tanta pompa alrededor, está a la vista que José logró su objetivo: convertir a Danni en una mini estrella. Cualquiera diría que el premio de cuatro millones de pesos comparados con los veinte invertidos es una gran pérdida. ¿Pero qué precio tiene instalar un apellido en la dinastía musical? Sin duda, José conoce de sobra la respuesta: «Yo no pienso en lo que perdí, sino en lo que invertí».

SIGO SIENDO EL REY

Por Sergio Moreno González

LA CORONA

Alcides Manjarrés es fanático de la radio. Seguidor de las frecuencias que se pasean entre vallenatos y fútbol en las emisoras de Fonseca, municipio de La Guajira. En la sala de su casa en la carrera 9, 14-34, barrio El Retorno, se sienta todos los días a escuchar música, política, deportes y números de la lotería. Sintoniza con especial atención los partidos de la selección Colombia desde el momento en que los once jugadores salen a la cancha y se plantan frente al balón para dar la cara por su país. Conoce de fútbol tanto como de vallenato. Se sabe de memoria los últimos éxitos de los cantantes de moda que suenan en las emisoras regionales. A veces, hasta se atreve a entonar con su voz el coro de algunas canciones de Jorge Celedón y Diomedes Díaz, el «me gusta, me gusta, me gusta» de Silvestre Dangond y hasta el hit de su primo lejano Peter Manjarrés. La radio son sus ojos. Alcides Manjarrés es ciego de nacimiento.

Y a pesar de eso, le tocó dejar su viejo equipo de sonido —el único elemento de valor en una vivienda llena de trastes avejentados— por doscientos mil pesos en una casa de empeño. Este dinero debe ser suficiente para cubrir los gastos de alojamiento, comida y transporte en las tres noches que permanecerá fuera de casa. El tres veces coronado rey de la piqueria en el Festival de la Leyenda Vallenata no puede faltar a la edición 2009.

A primera hora de la mañana del miércoles 29 de abril, Manjarrés se baja de un autobús en la Terminal de Transportes de Valledupar. Un taxi lo lleva directo hasta la Feria Ganadera, hacia el sur, vía La Paz, escenario donde tradicionalmente se han realizado las eliminatorias de dos categorías: Canción inédita y Piqueria. Allí, Alcides es recibido como una celebridad: saludos, abrazos, estrechones de mano, le dedican versos. Los cincuenta y seis concursantes que se medirán con sus improvisaciones sobre la tarima ya lo conocen y le temen, y se prepararon para ganarle. «No es lo mismo quitarle la corona a un trirrey que a un novato», dicen algunos. Él lo sabe y no le preocupa. El tiempo que ha pasado frente a los ojos del público hacen de Manjarrés un experto. Son treinta años dedicados a la pelea verbal a ritmo de acordeón.

La piqueria es el contrapunteo improvisado de voces acompañadas de acordeón, caja y guacharaca. Un género que se practica desde mucho antes de la creación de este Festival, en 1967. La piqueria, según el propio Manjarrés, es el arte del enfrentamiento entre machos. Es un pique, contienda, riña cantada, simplemente un duelo de caballeros, quienes desenvainan su rapidez mental como espada para aniquilar al adversario, a fuerza de versos exactos en métrica y rima en forma de cuartetos o décimas que se cantan al compás del contrincante. Desafíos cortos que el otro responde, todo frente a un jurado. Pura poesía vallenata.

Entre las caballerizas detrás de la tarima en la Feria Ganadera, algunos concursantes practican sus métricas ensayadas, se comparan en enfrentamientos informales y pelean contra los nervios repasando algunas letras. El tres veces campeón no lo hace. Espera con paciencia hasta que llegue su turno, sentado en una silla mientras escucha con atención las voces que interpretan letras inéditas; una larga lista de canciones entonadas por más de cincuenta concursantes.

A las dos de la tarde, cobijados por la sombra de un macizo palo de mango que apacigua la ardiente temperatura de Valledupar, el jurado anuncia que la eliminatoria deberá esperar un día más. Alcides ni se inmuta. Decide permanecer en su lugar hasta el cierre de la feria, a las cinco de la tarde.

—Yo no confío en eso —me dice—. Una vez me pasó que suspendieron la piqueria y cuando llegué al lugar donde me estaba quedando, escuché por la radio la primera eliminatoria del concurso. Esa vez me dejaron por fuera porque no me pude presentar. Uno tiene que estar muy informao.

Por eso, después de anunciar la suspensión de la eliminatoria del primer día, el trirrey encendió un radio de bolsillo. El que le quedó después de empeñar el de su casa.

EL SIERVO

Ocho dientes es lo que conserva Alcides Manjarrés del juego de su tablero dental. Es lo que muestra al abrir sus labios, con los cuales sonríe sin problema para descubrir la oscura encía que domina la delantera de su boca. Los dientes para él no son importantes. Detrás, incólume, libre, está su lengua, el sustento de su vida. El instrumento que interpreta para llenar su bolsillo y que sirve de garantía para los préstamos.

El prestigio de su apellido también lo respalda. Los Manjarrés son sinónimo de música vallenata en la Costa Caribe colombiana, linaje que corre por sus venas como herencia materna. El talento de la familia lo sacó Peter, uno de los nombres que más ha rodado entre los oídos colombianos. De hecho, una de sus canciones más pegadas, «El papá de los amores», es el ringtone del celular de Alcides. «El papá de los amores, a la orden» es la frase con la que contesta una llamada sin importar quién está del otro lado.

—¿Siempre respondes así? —le pregunto.

—Sí. Porque están marcando al celular, al aparato, que no puede llamarse de manera distinta a la canción.

Para Alcides, el encuentro con la piqueria fue fortuito. Explica que de niño su afición era por la caja y después por el canto, sobre todo en las tardes de parranda entre primos. Uno de ellos, al escucharlo versear, lo alentó a que se presentara en el Festival de Fonseca —que se realiza todos los años a finales de agosto— y probara suerte. En principio fue renuente pero descubrió que era una forma fácil de ganar dinero. Tenía 22 años.

Sergio Moreno González (Caracas, Venezuela, 1982). Es parte del equipo de *Últimas Noticias*, de Venezuela, y desde hace dos años cubre la sección de Arte y Espectáculos.

La discapacidad, asegura, le ha permitido cultivar el don de la palabra, una oralidad que se fortalece cada vez que tiene que defender sus títulos en el escenario.

—Todo es parte de la imaginación —dice sonriendo.

A los festivales, Alcides se presenta siempre acompañado por sus hijas o algún amigo que le sirve de guía entre buses y calles de las provincias de Colombia.

Su ex mujer lo escoltó en esta última edición del Festival. Desde hace más de diez años no viven juntos, pero el lazo irrompible de sus dos hijas no les ha permitido separarse. Por eso, María Antonieta viajó a Valledupar desde Fonseca, esperanzada en poder cobrar una parte de los cuatro millones de pesos del primer premio y con la seguridad de que su presencia «le traerá suerte a Alcides» para que suba de nuevo al trono.

Y es que desde enero ha tenido una mala racha en varias ciudades. No ha logrado imponerse como rey en los cuatro concursos a los que ha asistido en distintos puntos del Cesar y La Guajira. Espera con ansias que su estrella cambie, dé un giro, y en su destino esté llevarse esa anhelada corona que no se pone desde hace dieciséis años. Incluso va más allá del premio metálico.

Para este Manjarrés ganar el Festival fortalece su nombre, le da valor para seguir luchando a pesar de la ceguera. Significa respeto, la justificación de su estilo de vida. Alcides ha dedicado gran parte de su historia a viajar de pueblo en pueblo buscando concursos y festivales de piquerias para ganarlas. Ha rodado kilómetros y kilómetros dentro de Colombia. En las tres décadas que lleva dedicado al contrapunteo de tiempo completo, identifica los lugares donde ha participado por los sonidos que se estacionan en su memoria. Son espacios que construye en su tránsito de la supervivencia de un nómada que siempre busca la

gloria. No en vano ostenta un récord personal al haberse coronado 171 veces en distintas provincias, además de ser el único que puede presumir del título de Rey de Reyes, el máximo de la piqueria, ganado en el Festival Pedazo de Acordeón celebrado hace unos años en El Paso, Cesar, del cual habla con orgullo.

Pero una vida que se va entre festivales de pueblos no es fácil. Los resultados dependen de la suerte y de los jueces, quienes tienen la última palabra en los enfrentamientos. Las improvisaciones no siempre suenan a música ganadora y los intereses también pueden privar sobre el talento después de algunos duelos.

El saldo no apunta siempre a favor. En algunas competencias se ha llevado el trofeo pero no el dinero. Como en el Festival de los Laureles, donde le adeudan dos premios, uno de un millón de pesos y otro de cuatrocientos mil. Esta última cifra es la misma que no le han cancelado en otro encuentro en Urumita. Y en Riohacha todavía le tienen trescientos mil pesos desde hace tres años.

—A veces se gana pero se pierde —dice, resignado—. Uno reclama la plata pero se hacen los locos. No hay quién nos proteja y menos a los ciegos. Pero por lo menos me coroné rey.

EL CERTAMEN

La piqueria es un órgano más en el cuerpo del Festival de la Leyenda Vallenata. Se entrelaza con las tradiciones de un pueblo que idolatra a los reyes, en una ciudad que baila y se mueve sin parar en su semana de fiesta. Es tiempo de medir a los mejores vallenatos y su música, todos con ansias de ponerse la corona.

En esta suerte de olimpíadas colombianas se compite en todo. Como en la categoría de canciones inéditas, donde las voces y sus compositores apuestan por la admiración del público en sus letras convertidas en melodías. «La profecía», de Jorge Oñate, «Yo soy el acordeón», de Julio Díaz y «Mi pobre Valle», de Emiliano Zuleta, son algunas de las canciones que reafirmaron la fama de sus compositores después de subir al trono como ganadores.

El deseo de coronarse también se siente entre los acordeoneros, en las competencias legendarias que se arman sobre la tarima Francisco el Hombre de la plaza Alfonso López, para los profesionales, y en el Parque El Helado en la categoría infantil. Escenarios donde se han llenado de gloria desde Alejandro Durán hasta Omar Geles, con la intensidad del fuelle y la agilidad de sus dedos.

Unos afanes de lucha que se miden, laten y persisten también en las parrandas callejeras que se disponen en las esquinas y en los patios de las casas para demostrar quién es el mejor, mientras beben, comen y joden.

Detrás de los versos de la piqueria siempre está el público. Sin ellos no tiene sentido el concurso. Por eso, llegar temprano a la Feria Ganadera —un amplio espacio de piso de tierra, con olor a carne de cerdo frita, donde se suda a borbotones litros de cerveza y whisky Old Parr— garantiza sentarse en las sillas de plástico ubicadas bajo la sombra de frondosos árboles de tupido follaje que protegen del sol implacable de Valledupar.

Al estilo circense, la audiencia premia con sus aplausos las ocurrencias de los concursantes con sus versos. Las palabras sustituyen acrobacias y payasos en una carpa que lleva la marca del entretenimiento. A medida que pasan las horas, las camisas de los participantes se van llenando de sudor.

A las once de la mañana del jueves 30 de abril, Alcides Manjarrés sube al escenario. Sus frases desvían las miradas de un público distraído entre el alcohol y la conversa. En el tablado, el trirrey le da una clase a su primer contendor, un anónimo más entre los casi sesenta concursantes. Pasa seguro a la próxima ronda sin mayores problemas y recibe los aplausos entusiastas de la Feria Ganadera.

Los combates de piqueria de ahora son desafíos modernos heredados de una cultura de duelo centenaria. En otros tiempos, los viajeros de acordeón, llamados juglares, eran las fichas que se movían por el Magdalena Grande buscando pelea. Los enfrentamientos se daban entre acordeoneros, quienes se retaban a kilómetros de carretera con insultos que rimaban, con la meta única de provocar una reacción en sus adversarios. Han pasado los años pero el objetivo es el mismo: demostrar quién es el mejor.

Los músicos solían incitar con mensajes que volaban por caminos y pueblos hasta llegar a los oídos indicados. Los que se daban por aludidos le ponían fecha

Alcides Manjarrés, el trirrey • Foto: William Martínez

y hora a los encuentros y enviaban su respuesta desafiante. Así nacieron cantos inmortales que pueden considerarse largas piquerias, como el rezo de «La gota fría», letra que retrata uno de los tantos enfrentamientos entre Emiliano Zuleta y Lorenzo Morales. «Me lleva él o me lo llevo yo, pa' que se acabe la vaina», quizás sea el pique más conocido dentro y fuera de Colombia.

Pero el enfrentamiento no sólo fue entre mortales. Una vez el Diablo se atrevió a presentarse entre los matorrales con su sombrío acordeón retando a Francisco Moscote en uno de los caminos de la costa. Francisco el Hombre, como le conocen ahora, se colgó el instrumento con el cual viajaba para responderle a Lucifer al son del diapasón y el fuelle. Francisco se embraguetó y se le plantó al custodio de las pailas con su acordeón Hohner enmantillado de valentía hasta vencer.

Es la lucha entre el bien y el mal que se repite en otros pueblos latinoamericanos. En los llanos venezolanos el contrapunteo permitió que Florentino venciera con sus coplas al Diablo, en un duelo que galopa entre las sabanas venezolanas desde hace varias décadas. Con sus versos, el llanero Florentino logró desmontar, acompañado de arpa, cuatro y maracas, la emboscada del maligno. Lo llevó a la estocada final, dibujada en la estrofa que entona invocando a un ejército de potestades celestiales:

Mucho gusto en conocerlo
tengo señor Satanás
Zamuros de la Barrosa
salgan del Arcornocal
que al Diablo lo cogió el día
queriéndome atropellar...

Florentino invoca con su voz la protección del manto sagrado de la madre de Cristo. Así, llama al compás del joropo, a la «Virgen de la Soledad, Virgen del Carmen bendita, sagrada Virgen del Real, tierna Virgen del Socorro, dulce Virgen de la Paz, serena Virgen de Lourdes con tu fuente por altar...». Las Marías atienden sus plegarias para salvarlo del infierno. El llanero logra imponerse por la fuerza de sus letras convertidas en armas. El golpe final pone la sentencia:

¡San Miguel, dame tu escudo
tu rejón y tu puñal!
¡Niño de Atocha bendito!
¡Santísima Trinidad!

Alcides Majarrés conoce de estos enfrentamientos. Del mundo de los vivos y de los encuentros con el infierno. De los duelos célebres entre mortales enumera algunos, como los que hubo entre Abraham Maestre y Cristóbal Luque o el de Samuelito Martínez y Germán Serna.

EL REY

A las ocho de la mañana del viernes primero de mayo, Alcides Manjarrés desayuna bollos de harina de maíz y chorizos en rodajas que acompaña con un tinto. Me dice que pasó una noche tranquila en compañía de su antigua mujer y que no le gusta trasnocharse antes del concurso.

Se repite la dinámica del día anterior: a su llegada al lugar del evento, Manjarrés recibe las adulaciones de participantes y espectadores que conocen de su fama, y hasta un venezolano se atreve a tomar su mano y entonar: «Yo soy sobrino de Eligio, un amigo conocido, y me vine a Valledupar, a saludar al prodigio».

Sentado junto a su antigua compañera de cama, escucha con atención halagos y atenciones pero sin perder de vista —o de oído— los llamados que hacen a la tarima a cada uno de los concursantes. Su turno es a mediodía y es el primero de la lista. Al terminar, Alcides Manjarrés se baja del tablado con la certeza de estar en la final.

El último enfrentamiento del año para los piques se realizó frente a la multitud del estadio Consuelo Araújo Noguera, en el Parque de la Leyenda Vallenata. Es el Coliseo de Valledupar, una especie de arena con inmensas gradas que se desbordan por miles de personas sólo en los días de esta fiesta de finales de abril. Los gladiadores privilegiados, los finalistas de la piqueria son seis, con un niño entre sus filas. Martín, de 12 años, se medirá con sus coplas a un grupo de cuartobates de larga experiencia.

Con su mejor franela, perfumado, de la mano de su ex mujer, Alcides Manjarrés sube de primero a la tarima. Catapulta su nerviosismo que se nota en la forma de tomar el micrófono y logra pasar la primera ronda. De su boca salieron frases que se convirtieron en azotes en el enfrentamiento inicial, eliminando por nocaut a William Felizola con:

Bonito voy a cantar pa' decirte con detalles
y dejarte aquí en el valle perdido en el río Cesar.
Le digo para que vea yo no estoy equivocao,
la brisa que la golpea y aquí se morí ahogao,
la brisa que la golpea y aquí se morí ahogao.

Versos que lograron desencajar a su adversario y abrazarse con los aplausos del público. Los aires de seguridad le brotan en su segundo llamado al escenario. Confiado se planta ante otro rival que desestima por su corta trayectoria. Intenta sentenciar con sus versos de ritmo pausado pero su contrincante lo desarticula, lo desacopla con sus palabras que vuelan de modo vertiginoso. Es un contrincante que respira poco para responderle. A la tercera ronda de coplas, Manjarrés quiebra su voz, toma con mayor fuerza el micrófono, arruga el capote. El enfrentamiento se le complica y sus frases no causan ninguna reacción en el público. Distinto a la poesía que va *in crescendo* en la boca del adversario, premiado por risas que suben de volumen y largos aplausos. Los cortos minutos que pasa sobre el escenario se vuelven interminables. El veredicto revelado por el animador de la noche es claro: Alcides Manjarrés pierde en la segunda ronda.

Apoyado del brazo de María Antonieta, abandona el escenario con pasos firmes. «No es la primera vez que me pasa», es lo único que atina a decir al dejar las escaleras que lo alejan de la tarima. Su rostro muestra la frustración, la impotencia, los rasgos que deja la derrota.

Alcides tampoco alcanzó a colarse en el segundo o el tercer lugar. Quedó de quinto, sin premio y sin corona; sin dinero para darle a su ex mujer como recompensa por su compañía; sin el botín que le permitiera recuperar su radio.

La chispa de un joven rival, Martín, logró imponerse en la categoría profesional con sus versos ligeros, predecibles, pero que consiguieron fuertes ovaciones del público. Con su sombrero vueltiao se subió al trono, por encima de una camada de verseadores con canas y experiencia.

Alcides no se decepciona. Dos concursos más le quedan después del Festival de la Leyenda Vallenata. Esa es su esperanza. Y la buena fe de sus amigos, como uno que se le acercó en la Feria Ganadera y le regaló cien mil pesos sólo por su amistad. El trirrey también vive de sus súbditos —o del trabajo de sus hijas—, de un dinero que siempre llega pero que fácilmente se va en pagar a los deudores.

Así, mientras llegan nuevas audiciones, Alcides seguirá esperando que en algún momento le paguen los concursos ganados o que su lengua recobre su habilidad de otras épocas para convertirse de nuevo en rey.

Foto: William Martínez

LA COMIDA VALLENATA O CÓMO LLEGAR A LA FELICIDAD POR MEDIO DEL ESTÓMAGO

Por David Izazaga Márquez

1.

La primera cosa que quise probar en Valledupar no la comí. Estábamos sentados a la mesa, a punto de cenar luego de un día en el que había sudado seis veces más de lo que sudo en un día normal, cuando observé el plato que le servían a mi compañero de junto, que entonces no sabía que se llamaba Juan Miguel. Había decidido pedir aquello, pero Juan Miguel me dijo entonces: «Esto se llama Bocachico, pero no lo pidas, porque es un pescado al que no se le come nada. Pero a mí me gusta». No quise ser descortés, pensé que quizá en Colombia se podía ganar uno enemigos de no aceptar las recomendaciones culinarias hechas sin que te conozcan. Pedí, entonces, carne, como casi todos: lomito. Me lo sirvieron pronto acompañado de patacón, que no es más que plátano pero con un sabor y una textura muy diferentes a como lo conocemos en México. Juan Miguel, entonces, me pidió que probara el suero, una especie de jocoque, con un sabor delicioso y delicado, con el que acompañé esa noche el patacón y casi todo lo que comí en los siguientes días, porque a falta de salsas, que en Valledupar nomás no existen, el suero se convirtió en el sustituto permanente de las mismas.

No lo supe esa noche, lo supe días después: dos de los complementos que siempre encuentra uno en la gastronomía criolla —la del departamento del Cesar— y sobre todo en la comida que se ofrece a quienes asisten a las parrandas vallenatas, son precisamente el patacón y el suero.

LA QUE NACE PARA COCINERA, DEL CIELO LE CAEN LOS INGREDIENTES

Ya estaba ahí, en Valledupar, mentalizado y dispuesto a vivir no sólo una experiencia diferente sino con las ganas de probar todo lo que se dejara. Desde que tuve que preocuparme sobre qué iba a escribir durante mi estancia en Colombia, pensé en la comida. Una amiga me aconsejó comer todo, excepción hecha de lo que aún se moviera.

La primera noche que dormí en Valledupar, en una casa que haría las veces de nuestro hotel durante la semana que estuvimos ahí —ante la falta de infraestructura, pues no hay hoteles que alcancen a cubrir la demanda que se tienen en días de Festival, las familias vallenatas suelen rentar sus casas completas, con mucama y todo—, me levanté a beber agua a media madrugada y descubrí a una mujer en la cocina que alistaba una serie de ingredientes para, muy temprano, darnos de desayunar a todos los que nos hospedábamos allí. No sabía aún que su nombre era Ana Idalides —Lili me dijo que la llamara— y que una de sus pasiones era la cocina.

La primera plática que tuve con Lili fue justo después de haber salido de darme un involuntario baño con agua —no fría— helada. Ella fue quien me explicó que en Valledupar muy pocas casas, si es que ninguna, tenían agua caliente, que todos se bañaban con agua fría. Se rió mucho cuando le conté

acerca de mi fobia de bañarme con agua helada y de la cara de desconcierto que puse cuando, al entrar en la regadera, sólo encontré una llave.

El desayuno de aquella mañana tuvo como platillo principal las tradicionales arepas. No sólo en esa ocasión, al menos tres o cuatro veces durante nuestra estancia habríamos de desayunar lo mismo.

La arepa es una especie de gordita, de tamaño un poco más pequeño que una tortilla, hecha a base de harina de maíz y a la que por lo regular le ponen queso por dentro. Fue precisamente comiendo arepas que descubrí la propensión que tenemos los mexicanos de ponerle salsas a casi todo lo que comemos. En Valledupar nunca vi a nadie ponerle nada encima a las arepas ni bañarlas con salsas. Al contrario, cuando la gente las come, digamos en la plaza, va con ellas en la mano dándoles mordidas como si fueran una galleta. A mí, francamente, la consistencia de las arepas me parecía muy seca y pensaba cuando las comía: «Esta arepa debe saber a gloria con una salsita de jitomate encima».

Y no sólo con las arepas fue que reflexioné sobre esa propensión mexicana a bañar la comida —que en el caso de los tapatíos u oriundos de Guadalajara, de donde provengo, llega al extremo de hasta ahogar las tortas en doble salsa—, sino también con los patacones, otro platillo que frecuentemente nos sirvió Lili como desayuno. Aunque me sabía rico, no dejé de pensar en tener a mano una salsita.

Dos platillos más recuerdo de esos desayunos de Lili: un caldo con carne, delicioso, que en México nunca se serviría por la mañana y una especie de carne molida guisada, suculenta.

Varias fueron las veces que conversé con Lili acerca de la comida vallenata. Casi a diario le contaba mis hallazgos culinarios y ella, por lo regular, me contaba alguno que otro secreto de la cocina de la región. Al cabo entendí que tenía en casa a una cocinera experta.

Lili me dijo que llevaba años de trabajar en tiempos de Festival y que, generalmente, los turistas que rentaban esas casas de familia eran «cachacos» —como se les dice en la Costa Atlántica colombiana a los provenientes del interior—. Y que ellos compraban la materia prima para los guisos de la semana, se la llevaban y le decían qué cocinar.

David Izazaga Márquez (Guadalajara, México, 1970). Periodista y escritor de amplia trayectoria en su país. Docente de periodismo. Actualmente, es director editorial de la revista *KY*.

Lili me dijo que tenía dos certezas: una, que no tiene duda de que para servir y atender y para cocinar, realmente se nace. Dos, que ella nació para eso. Luego, me dijo que el plato que más le gustaba comer es el arroz con coco y, acto seguido y sin que se lo pidiera, comenzó a hacer una rápida y atropellada crónica de cómo es que se prepara. Concluyó diciéndome:

—¿Pero sabe qué es lo que en verdad más me gusta? Ver cómo lo disfrutan las personas a las que se lo preparo, es cuando entonces yo lo saboreo de verdad.

2.

Así de sencillo, ni para qué buscarle, me dijo un vallenato: sin comida no hay parranda. La parranda vallenata es una de las pruebas más claras de amistad, porque la parranda nació así, refleja la esencia misma y la síntesis de lo que es la fiesta, que llevan en las venas los vallenatos.

A los días fui a una de las casas más importantes de Valledupar, la de don Hernando Molina Céspedes, uno de los fundadores del Festival de la Leyenda Vallenata y platiqué con las cocineras que se encargan de preparar, al menos diez horas antes de que dé inicio la parranda, todo lo necesario para que los anfitriones complazcan a sus invitados. Eran tres las cocineras y varios los ayudantes. En el amplio patio, a un lado, dos cazuelas reposaban a fuego lento, también avivado con leña. El olor de la madera carbonizada ya hacía de las suyas: un perro amarrado que a varios metros observaba ansioso, como adivinando que habrá comida, se solazaba con un hueso que le aventé cuando se descuidó la cocinera.

Me contaron que desde muy temprano pusieron a coser la carne de puerco que veía reposando en una cazuela de barro. También había chivo guisado, que se terminaba de sazonar mientras las cocineras partían en pedacitos los bollos de mazorca, limpio y de yuca. Los bollos son algo muy cercano a lo que en México conocemos como tamales, sólo que los de la cocina criolla

Fritanga y comida popular en las calles de Valledupar • Foto: Julián Lineros

son menos porosos, más duros y sin guisado adentro; además, al menos en las parrandas, los sirven partidos en cuadritos como botana. Entre plática y plática las cocineras me dieron detalles de la preparación y me alimentaron de tal manera que llegué a pensar que estaban seguras de que para escribir sobre sus guisos había que comerlos. Y yo nunca he sido negado.

Mientras repartían los pedazos de bollos picados, vi cómo se agregaba al plato, también cortado en cuadritos, el queso, que ya me habían dicho no debía faltar en las parrandas. Los platos fueron a las mesas ya con el chicharrón y se pusieron junto a las botellas de whisky Old Parr —el licor preferido por todos en Valledupar y que en tiempo de Festival corre como agua de uso— que hacía rato bebían los invitados.

COCÍNAME UN SANCOCHO YA

Llegar donde María Puche, cocinera predilecta de muchos quienes parrandean durante el Festival de la Leyenda Vallenata no es fácil. Julio Oñate —quizás el colombiano que más sabe de la cultura vallenata— me dio las señas partiendo del principio de que todo taxista en Valledupar sabía dónde quedaba la casa de Poncho Zuleta, que es uno de los intérpretes más exitosos del vallenato. Me tocó subirme con el único taxista de Valledupar que desconocía el dato, así que tuvo que detenerse a preguntarle a un colega suyo. Luego, bajamos por un camino de terracería, atravesamos un pequeño río sobre un tronco hasta que entramos a la finca de María Puche. Supe que era ella desde que la vi. María es una mujer roble por su hechura y ébano por sus acabados. Seria pero cortés, me llevó caminando hasta el extremo de la finca en que hay más sombra y sopla algo de viento. En el terreno vi varios pelaitos corretear gallinas y, de vez en cuando, lanzar gritos. El calor nos hacía sudar a chorros. Cuando me contó que en ese momento estaba en la preparación de un sancocho, le pedí que me dejara ver su trabajo. No dudó ni un momento en aceptar, no sin antes advertirme:

—Pero mi cocina es muy humilde, señor.

Efectivamente: la cocina de María Puche es una pequeña choza de madera. En un extremo hay una mesita en la cual coexisten yerbas, condimentos, cazuelas, cuchillos, cucharas y tablas de madera en las que reposan distintas verduras rebanadas. Y en el suelo hay dos estufas rudimentarias: sobre tres grandes piedras que rodean la leña ardiente se asientan las ollas humeantes.

La vi alimentar el fuego. María Puche gritó un nombre que no alcancé a distinguir bien y que era el de una de sus hijas a quien mandó por más leña, pidiéndole que se fijara que no estuviera mojada. En seguida, apareció otra de sus hijas y María Puche, después de hacer que me saludara, la puso a cuidar el arroz. Mientras platicaba conmigo, no mucho más allá de monosílabos, puso atención a lo que su hija hacía y no dejó de darle instrucciones y de acercarse a la olla y vaciarle condimentos y algunas yerbas.

Sobre otra de las hornillas estaba la gran olla en la que se cocinaba el sancocho. Me llamó la atención, primero, el color: era amarillo intenso, como si le hubieran echado anilina encima, no parecía natural, pero lo era. Y si el color me hacía empezar a salivar, el olor —que se modificaba poco a poco conforme María Puche agregaba especias, condimentos y más verduras— me puso en la antesala del éxtasis: no debía tener hambre, pero me la provocaron.

Conforme pasaron los minutos, el guiso fue cambiando a colores más intensos. Me maravilló ver cómo María Puche echaba, sin medida exacta, puñados de sal, chorros de vinagre, ramitas de yerbas con un descuido claramente calculado. Cuando le pregunté para quién era ese guiso, me dijo que se lo habían encargado desde el día anterior, que iba para una parranda y que estaban por recogerlo.

—El sancocho de gallina criolla es lo que más me piden —me dijo mientras se limpiaba el sudor del rostro con un trapo. Luego, me aclaró que el sabor de la gallina criolla era único, que su carne y su grasa daban al caldo un toque sin igual.

Acto seguido, me dijo que estaba casi listo y metió el cucharón de madera a la olla y me lo puso frente a la boca. Apuré la prueba y me supo a todas las esencias y colores de esa tierra: a madera, a caldo gordo, a cilantro, a ají y vinagre, a gallina, sí. No había probado un bocado tan suculento en todos los días que había estado en Valledupar. Se lo dije y ella, orgullosa, me dijo:

—A mí me vienen a pedir las recetas de mis guisos, ¿y sabe qué hago?, pues se las doy, no tengo problema. Yo sé que no se trata de recetas, sino de la mano de quien cocina.

María Puche habla poco pero verla guisando, quitando y moviendo las cazuelas de la hoguera, mezclando, agregando y revolviendo, es todo un deleite. Vieja sabia de la cocina, pequeña de estatura, tostada por el sol, me contó que fue de su hermana que aprendió a cocinar. Habló de sus muchos hijos, de sus decenas de nietos, pero nunca de su esposo. Con treinta y cinco años dedicados a guisar para quien se lo pida, me aclaró que sus principales clientes son «cachacos».

—A ellos les gusta mucho comer esto: el arroz con fideo, el sancocho de gallina criolla, el chivo —dijo—. Vienen y me encargan o me traen el chivo o me señalan la gallina que quieren de las que tengo por aquí.

Cuando le pregunté quién mataba las gallinas no me respondió, sino que hizo un movimiento rápido girando su muñeca y su mano en el sentido de las manecillas del reloj.

Luego me contó —mientras me servía el sancocho que había insistido en que me comiera— que ella hubiera querido tener un restaurante pero que nunca tuvo dinero para montarlo. Por eso, mejor se dedicó a preparar los guisos así, para que se los llevaran a la parranda. Cuando le pregunté que si a ella la habían invitado alguna vez a una, contestó que no, que sólo venían por el guiso y «se olvidan de uno». Habló, entonces, de que cada vez eran menos sus clientes pues todos preferían ir a los restaurantes gourmets.

—Yo soy de aquí, mis padres eran de aquí, pero ahora la gente prefiere comer otras cosas que ya no saben a lo mismo. Esto que estoy haciendo, si no se hace con leña, no sabe igual.

María Puche me confesó que le gustaban mucho las fiestas del Festival, que le gustaba ir a la plaza, que iba a misa todos los días, que se levantaba a las cinco de la mañana pero que, eso sí, a las siete u ocho de la noche ya estaba dormida.

Sentada en una silla de plástico afuera de su cocina, luego de enseñarme unas pencas de plátano que guarda tapadas con costales «porque si no se los comen los murciélagos», miró hacia el cielo y tras comentar que era la primera vez en más de cuarenta años que no llovía durante los primeros días del Festival, aseguró que más tarde llovería. Cuando por la tarde llovió a cántaros, sonreí pensando en que María Puche había provocado al cielo con los vapores de sus guisos.

TODOS LOS CAMINOS CONDUCEN A LA BELLA

El nombre de la Bella sigue en boca de la gente de Valledupar, a pesar de que tiene más de un año que ya no cocina. Hay quienes siguen salivando con sólo escucharlo. Durante cuarenta años la parada en su restaurante fue obligada, no sólo para los nativos del valle, sino para todo visitante de alcurnia que llegara. Cuentan que en los últimos cuatro decenios no hubo presidente de Colombia que no visitara su restaurante.

Ya me habían advertido que hablar con la Bella no sería fácil. De hecho, varias personas de Valledupar me contaron algunas historias de cuando atendía personalmente su negocio. De carácter irascible, de grito fácil, nunca le importó que sus clientes se dieran cuenta de los berrinches que hacía. «Que ya les dihe que el culo de´ ta olla sólo se usa pal aceite...», y salía volando la olla desde el fondo de la cocina. O bien, cuando alguno de sus clientes se atrevía a hacerle un comentario con respecto a su comida con el que —obviamente— no estaba de acuerdo, ¡pobre de aquel!, pues se iba, por lo menos, con un par de gritos y una buena regañada encima.

Por eso me presenté a la casa de la Bella acompañado por Gladys González, que es la dueña de la casa en la que nos hospedábamos y quien la conocía de tiempo atrás. Mi anfitriona me advirtió, con sumo cuidado, de lo que podíamos encontrar en la visita: «A ver si quiere. Depende del humor con el que ande. Ya está grande y tiene un carácter... es muy bullera». Esto me lo dijo de distintas maneras cuadra tras cuadra desde que salimos de su casa hasta que estuvimos frente a la de la Bella. Por eso, fue que llegué con un poco de miedo —confieso— a abrir el cancel de la casa de la Bella. No habíamos dado un paso adentro, cuando un tipo moreno, malhumorado, sin camisa, se asomó a gritarnos que qué queríamos.

—Buscamos a la Bella —dijo Gladys.

Desde el fondo del patio, que apenas alcanzaba a verse desde donde estábamos, una voz aguardentosa, carrasposa, dejó atorada en la garganta la respuesta del hombre.

—¿Quién me busca, quién pregunta?

Entonces, lo primero que saltó a la vista fue el rostro duro, recio de la Bella. Lentamente, fue arrastrando sus pies hasta llegar a la reja. Ya desde el fondo

nos lanzaba una mirada penetrante con sus grandes ojos intimidantes, como buscando reconocer en las caras que veía a alguien que le hubiese hecho una ofensa. Mientras llegaba a la reja, sostuvo una discusión con el hombre y se gritaron palabras que no entendimos. Como si la Bella hubiera estado hablando con mi acompañante desde hace tres horas, apenas estuvo frente a ella, comenzó a contarle de una familiar ingrata que no había ido a verla.

—No la he visto, no viene ni un ratico, como si no supiera. Ella no se acuerda ya de too lo que le ayudé, es una malagradecida, una ingrata huevona mal paría.

Como si un rayo de lucidez le hubiese atravesado el cerebro, la Bella, de repente, dejó sus historias atrás y nos preguntó qué queríamos, mientras nos instó a que entráramos a su hogar. Pasamos por un cuarto desordenado y sucio, oscuro, de donde se alcanzaba a ver un catre con cobijas encima y muebles viejos arrumbados por todos lados; luego, por un pasillo estrecho, largo, por el que avanzamos. De un lado había un descuidado jardín, oscuro, a pesar de que no era hora para serlo, con macetas, trastos viejos y algunas maderas. Nos separaba del jardín una barda de medio metro con una reja despintada. El lugar olía a guiso, a pesar de que no se veía que estuvieran cocinando. La Bella nos acercó dos sillas y se sentó en su trono: una vieja mecedora de madera, curtida por los años. La gruesa piel de su cara se arrugó cuando una sonrisa brotó de repente, al tiempo que preguntó:

—¿De dónde me dijo que viene?

Le dije que de México, de un lugar llamado Guadalajara, en el Estado de Jalisco. Y cuando quise explicarle más, me atropelló con su voz, gritando, con una energía tierna:

—¡Me encantó México!, yo hice un viaje allá, conocí Acapulco, fui a Guadalajara. Me encantó Guadalajara porque allá hay unas carretas tiradas por caballos, con toldos... hermosas.

Sonrió. Quedó atrapada unos segundos en su recuerdo, mirando fijamente un punto que no identifiqué pero que me permitió ver esa extraña tonalidad del color de sus ojos: oscuros en el centro y muy claros en su contorno, parecía como si unos lentes de contacto de color se le hubieran encarnado en su pupila. La saqué de su remembranza preguntándole por su restaurante, por sus cuarenta años cocinando. Le dije que si ya no hacía nada.

—Nada ya. Fueron cuarenta años, todo mundo fue a mi restaurante, ¿y tú sabe por qué fue exitoso? Porque yo estaba siempre ahí. ¡Siempre! Uno debe estar en sus negocios, ahí, atento. Si no puede, mejor quitarlos. Por eso cerré el mío, porque ya no podía estar ahí toos los días. Too mundo estuvo ahí... Cosuelito[4]... ¡ay, me dolió tanto su muerte!, ¡tanto! Ella me decía: "ay mama, no me digas eso, ay mama, qué me dices, qué vas a hacerme, tan linda". Pero, te digo, fueron toos los presidentes los que comieron en mi restaurante... y ministros y procuradores, toos llegaban. La cocina sí deja dinero, yo tengo tres casas, nomás que hay que dedicarle mucho tiempo y yo ya no pueo.

La Bella tiene 80 años y por los recovecos por los que circulaba la conversación, sospeché que ya acusaba cierta senilidad, pues pasaba fácilmente de un tema a otro y repetía constantemente algunas anécdotas. En momentos en que hablaba de un ex presidente de Colombia, mencionaba un año y, a lo lejos, su hijo que la escuchaba, la corregía. Pero la Bella no admitía interrupciones y, como volcán en erupción, su voz salía disparada hasta donde su hijo:

—¿Quién te ha dicho que te metas? ¡Cállate, que tú no sabe na! Qué culo te tienes que estar metiendo, mal parío, mejor atiende allá.

Luego, la Bella bajó la voz casi hasta rangos inaudibles y empezó a relatar una historia que tenía que ver con sus hijos —el que la interrumpió, principalmente— donde los acusaba de flojos, de sus vicios, de sus intereses en su dinero y las propiedades que ella tiene y por las que les brillan los ojos, supone, a sus descendientes. En seguida, saltó de un tema a otro con una facilidad increíble:

—Hace rato fui con mi comadre y como empezó a llover y me empiezan a doler mis rodillas, quise agarrar un taxi, aquí cerca. ¡Me quería cobrar tres mil pesos! Le dije: te doy dos mil quinientos. Cuando me respondió que no, le grité: ¡pues entonces me voy caminando, no me importa mojarme! Y sí me vine, me mojé, pero me vine caminando.

Y pude ver cómo gozaba su triunfo, un triunfo pasajero que ella asumía como la conquista más reciente de su reinado. Parecía como si contara

4. Consuelo Araújo Noguera, «La Cacica», fundadora del Festival de la Leyenda Vallenata, secuestrada y asesinada por las Farc en 2001.

haberle ganado la partida a un campeón ajedrecista, como si cada acción que recordara le permitiera afirmarse como la reina de sus propias victorias.

Luego, me di cuenta de que ella observaba cómo yo estaba viendo que la pequeña barda que nos separaba del jardín estaba llena de marcas negras, como si fuese un cenicero monumental. La Bella no dejó pasar mi vista por alto y antes de que le preguntara me contó que todos los días fumaba pero que sólo le daba una aspirada al cigarro y luego lo dejaba ahí, en la bardita.

—La que fuma es la barda, no yo —me dijo, mientras perpetuaba una sonrisa que nunca calculé cuándo iba a acabar.

La Bella me observaba fijamente mientras me preguntaba qué quería saber. Dejó de mecerse, se acercó para verme a los ojos. Me intimidó su personalidad magnética.

—¿Qué les preparaba, Bella? ¿Les guisaba en casas para la parranda?

–Nunca, no, no —respondió—. Ellos iban allá y luego seguían la parranda. Les guisaba muchas cosas: sancocho, chivo, arroz, arepa, bollo, lengua, sesos, carne molía. ¿Quieres que te diga también las recetas, cómo es que se prepaa caa cosa?

—¿Han cambiado mucho los platillos que se cocinaban hace cuarenta años en comparación con lo que se prepara hoy?

—No. Es lo mismo, pero ya no es igual. Ya no está la Bella.

3.

La parranda vallenata es pieza esencial de la cultura de Valledupar. Y dos de las tres partes más importantes de esa pieza son la bebida y la comida. La otra, por supuesto, es la música: el vallenato. Para quienes organizan una parranda es de primer orden tener todo a punto para atender como se debe a los invitados: que no falte nada, ya sea que se trate de la finca más grande de la región o la casa más humilde del valle. La peor cosa que le puede ocurrir a alguien que organiza una parranda es quedar mal ante sus invitados. Se cuenta, por ejemplo, que fue muy común que en algún tiempo escaseara el hielo —debido a los cortes continuos del fluido eléctrico gracias a una larga temporada de sequía—, ingrediente indispensable para tomar Old Parr. Y había que traerlo de donde fuera, así que hasta en avioneta se lanzaban por él.

Pero hubo situaciones peores, según se cuenta: en algún tiempo, llegó a haber quienes, de manera muy organizada, lograban robarse las ollas de sancocho que se preparaban y estaban a punto de consumirse en alguna parranda. La coartada era así: mientras la parranda se llevaba a cabo adentro de una casa, afuera de ella, un grupo de personas armaba un gran escándalo, simulando un pleito. Los gritos hacían que los de la parranda salieran a ver qué sucedía. Mientras tanto, de manera subrepticia, generalmente por la parte de atrás de la casa, lograban sustraer el guiso, por supuesto con todo y cazo y cuando los que habían salido al chisme entraban de nuevo, lo hacían sólo para descubrir que ya no había olla de sancocho, sólo brasas y quizás algunas huellas.

Sin embargo, la afrenta daba, en ocasiones, para más: quienes habían robado la comida, una vez consumida, solían aventar las ollas, vacías, por supuesto, desde la calle hacia el patio donde se llevaba a cabo la parranda.

Meses después de mi visita a Valledupar, intento preparar en México algunos de los platillos que comí allá. Guardé algunas recetas en mi mente y ahora que las sigo al pie de la letra y las pruebo, no logro acercarme al sabor, a la sazón de la comida vallenata. Seguramente tiene mucho que ver con los ingredientes, que aunque son los mismos —papa, yuca, plátano— no tienen el mismo sabor aquí en México que allá en Colombia. Y si a ello le agregamos el otro sabor: el de su gente, el de la música, el del clima que se respira... Mejor pensar en volver. Yo, por lo pronto, vuelvo cada que recreo en mi mente los sabores de esa tierra. Y los acordeones empiezan a sonar. O nunca han dejado de hacerlo.

La Bella • Foto: Julián Lineros

3 * FERIA DE LAS FLORES

Foto: León Darío Pelaéz

ANDAR Y RIMAR*

Por Ana Teresa Toro

1.

Es Feria de las Flores y la amabilidad se exacerba. A catorce periodistas latinoamericanos los recibe el alcalde, los trovadores, los silleteros y la familia Flores que es una especie de familia feliz que anda por Medellín —sobre todo en Feria— en la que todos tienen nombres de flores: Rosa Margarita, la madre, Pedro Clavel, el padre, Don Floro, el abuelo, Cartucho, el niño, Liz Violeta, la hija, y su novio. Esparcen saludos como polen y, a la mínima provocación, ponen pompones o girasoles en orejas de desprevenidos. Es Feria y hay sonrisas de dentista y bienvenidas infinitas. Son paisas y son formales, no hay por qué especular. Pero agobia un poco la pompa matizada por discursos optimistas de ciudad emprendedora.

«Esta ciudad no es lo que era antes, hoy en Medellín puedes salir a la calle con tus amigas a cualquier hora. Hay tanta seguridad. De verdad que el único peligro de venir a Medellín es que te quieras quedar», repiten de muchas formas, muchas voces casi coreando. Nos narran una ciudad que existe y no existe tanto. Llevo dos días acá y he leído que van veinte personas asesinadas. Pero he visto niños de todas las edades y todos los estratos sociales jugando en parques y leyendo en bibliotecas. Los hombres aventados te dicen mami, mamita, muñeca rica y de pronto estás en el Paseo de Diego en Río Piedras con Frankie Ruiz de fondo y el arroz con habichuelas aguacatado en la nariz. Es hora de almorzar. El trago de aguardiente baja condescendiente, es ron de anís, el chichaito de la isla. El Caribe se siente en cada negocito donde entro y rompe en las bocinas la salsa gorda de Maelo, de Cortijo y el trombón de Willie Colón. Qué difícil es irse de casa.

En un bar había un letrero que leía «Prohibida la salsa romántica» y entré. Bailé con un chico de Medellín. Más de una vez nos chocaron los pies como si la clave no fuese un lenguaje universal. Al final me pidió perdón por bailar a lo colombiano, marcando el paso de lado a lado y no a lo boricua moviendo los pies de adelante hacia atrás.

«¿Cómo le ha gustado Medellín?», es la pregunta que se contesta todo el día a los taxistas, a quienes se les piden direcciones, a los paisas que todo lo hacen con mucho gusto, tanto gusto que desconcierta o por lo menos enrarece el gesto. Algo a cambio han de querer, dicta la suspicacia. Pero me ganan un poco y de repente me siento como ellos dicen... tan querida.

2.

Llegué un domingo. Me recibió un chico de 18 años en un hostal lo que se dice mono. Decirle que era puertorriqueña fue acercarlo a Dios. Le brillaron los ojos y me preguntó:

—¿Conoces a Daddy Yankee?

—Sí —le respondí, escueta.

—Tiene concierto el viernes con Aventura. ¿Pero lo conoces así de hablar con él? ¿Lo has visto? —insistió como si una respuesta afirmativa lo acercara, por la teoría de los seis grados de separación, a su deidad reguetonera.

Me dijo que rompía noche, que trabajaba de diez a seis de la mañana y se lamentaba de no ver temprano a su noviecita —que cursa últimos años del colegio—. Luego volvió a lo que le interesaba y con los mismos ojos de hipnotizado fácil, me dijo:

* Versión ampliada de «Los carteles de Medellín», crónica publicada en el periódico *Diálogo*, de la Universidad de Puerto Rico, edición septiembre de 2009, pp. 26-28.

—¡Daddy Yankee es mi ídolo!

Aunque admito que semejante idolatría me desencajó el gesto, a la vez me recordó a una maestra boricua de español que le enseña a sus alumnos la rima asonante con la canción *daddyyankeska* «La gasolina» y les dice que gasolina rima con turbina, con discrimina, con avecina. Le conté esto al chico y le hizo gracia. «Entender» supera el verbo «sorprender», si de ídolos se trata.

—Aquí los que riman son los trovadores —me dijo.

Picó la curiosidad. Trova y Medellín no se me hacían palabras hermanas.

3.

—Yo tenía 18 años. Eran otros tiempos. Andaba con «Minisicuí», Germán Carvajal. Hacíamos pareja de trovadores, a la gente le gustaba así, nos contrataban para fiestas y cosas. A veces nos avisaban y cuando llegábamos al lugar sólo había quince personas y estaba ese señor allí. Había que trovarle o incluso trovar con él. Me acuerdo que le trovaba: «Cómo usted tan millonario, se viste tan ordinario». Algo así.

César Augusto Betancur, «Puchero», es uno de esos que fue rey de la Trova tantas veces. Ahora escribe telenovelas, vive en Bogotá y esconde los gestos que acompañan su relato bajo unas anchas gafas de pasta. Lo cuenta sin matices, como decir buenos días. Trovarle a Pablo Escobar o a la Señorita Colombia vendría a ser la misma cosa, a juzgar por el tono de su voz. Suerte que hay más que eso, un asomo de alivio en su rostro.

—De los años duros de Medellín son muchos recuerdos y muy dolorosos. Es una historia larga con gente del narcotráfico, con capos, con fiestas. Ellos buscaban todo lo que era creativo, novedoso, arte. Todo lo querían tener y creían que con su dinero todo lo podían conseguir. Nosotros empezamos a figurar en los festivales de la trova, que eran masivos. Los trovadores eran famosos y nos buscaban para ir a toda clase de eventos. En algún momento uno podía encontrarse en una finca privada con Pablo Escobar que era además un gomoso, que se aprendía de memoria trovas que habíamos relatado en el concurso. Nos asustaba mucho, no nos gustaba ir a ese tipo de cosas porque la trova tiene la facultad de decir lo que quiere decir y muchas veces te obligaban a decir lo que ellos querían decir, y además era una época de mucha violencia. Lo normal era llegar a una finca y masacrar a todos los presentes. Muchos artistas y orquestas fueron asesinados en esas circunstancias. Vivimos muchas cosas que atentaban contra la inocencia y contra nuestra dignidad como personas, excesos en todos los sentidos. Estuvimos con todos los capos del narcotráfico, recibimos amenazas. De esa época aún tengo muchísimas fobias y un aborrecimiento impresionante por todo eso.

Lo cuenta distinto Germán, «Minisicuí» o «Marinillo», tiene muchos sobrenombres y es otro que ha sido Rey de la Trova más de una vez. Hace once años que no trova, al menos no profesionalmente. Ahora organiza eventos culturales, trabaja con el Festival de la Trova —que se celebra desde 1975— y en parte lo hace porque quiere que, en vez de que los trovadores canten a cinco mafiosos, lo hagan para cinco mil espectadores.

Germán es comediante, pícaro, gracioso sólo por aparecer, se le ve lo de jodedor. Cae bien. Le vendería neveras a esquimales. Conoce de mezclas de frases, de recetario de palabras eficientes. Pero al hablar de eso, de los años en los que trovaba para narcos y muertos, hay que mirarle un poco más la cicatriz finita y olvidada que le atraviesa la nariz y la mejilla derecha. No le pregunté cómo se la hizo. Quizás fue afeitándose —u otra tontería—, pero el cronista quiere señas y ese rostro marcado con relieves montañosos las ofrece. Germán sigue su relato. Hablo con él y varios trovadores más de distintas generaciones. Hemos coincidido en el Parque de los Pies Descalzos, un espacio temático que literalmente te permite vivir experiencias sensoriales, despojado de los zapatos.

—La distancia más corta entre dos personas es el humor. Convertir la tragedia en humor es lo que nos ha tocado a los colombianos para poder sobrellevar tantas tragedias —dice—. Colombia es un país donde suceden muchas cosas al tiempo. No hemos terminado de digerir una noticia cuando ya se nos

Ana Teresa Toro (Aibonito, Puerto Rico, 1984). Escribe para el periódico *El Vocero*, en San Juan de Puerto Rico. Ha sido distinguida en cuatro ocasiones por el Club Ultramarino de Prensa de Puerto Rico. Obtuvo, además de la beca de estudios Carlos M. Castañeda, el máximo galardón del Instituto de Literatura Puertorriqueña: el Premio Bolívar Pagán a la excelencia en el periodismo.

La familia Flores • Foto: Julio César Herrera

cambia el panorama a otra. El trabajo que hemos hecho los trovadores en los medios de comunicación es ayudar a hacer catarsis de esas cosas que suceden. Tratar de conectar la realidad con esa ficción. Somos contadores de historias. La historia de Medellín, oscura y violenta, la contamos en su momento los trovadores, incluso corriendo riesgos de seguridad. Hubo festivales donde los trovadores fueron amenazados y trataron de ponerles mordaza. Hoy, la trova se parece mucho a la ciudad actual, a la que se ha ido recuperando. La trova de hoy cuenta esa transformación.

Germán habla y los demás asienten, hasta el director del festival Leonardo Jiménez. Hay un respeto por la experiencia. Pero justo cuando la charla se pone seria comienzan los chistes.

Se le burlan por ser el mayor, le preguntan dónde ha dejado el tanque de oxígeno o si va a ingresar a una égida. Es curioso pues su vejez no es física, quizás radica en la parsimonia de su voz o en lo distantes que parecen esos años.

En medio de la conversación, se atraviesa Cartucho, el más chico de la familia Flores. Saluda. Es carismático, no se le puede negar. Unos músicos mexicanos lo reconocen. Les da la bienvenida en trova. «Oye, Cartucho, anda trova una nueva que esa ya la sabemos». El niño se desfigura y por unos segundos luce perdido. En medio del parque ha quedado en evidencia, pero no se deja y arranca con otro verso también muy celebratorio de la ciudad.

Bienvenidos a Medellín,
que es la Feria de Flores
verán que ciudad más linda
llena toda de colores.

La Medellín de Cartucho puedo imaginarla, la vivo un poco. Es posible que exista.

4.

Carvajal, el Marinillo, regresa de la memoria que le congeló la cara, se ríe de sus años que da por pocos.

—Aquí los guerrilleros, los futbolistas, los sicarios y los trovadores tienen apodos —me explica.

Cambiamos el tema por lo fácil, por el juego. Y los tienen. Vitamina, Mazamorra, Caneca, Año Viejo, Candela, Crispeta, Manigueta. Son muchos, suenan a melcocha. Culebro, El calentador, Lamparita, Gelatina, Huracán, Tutifruti, La pulga. Son bastantes y suenan a fiesta patronal. Golosina, Don Tranquilo, Paso e reina, Frisoles, Cemento, Mantequillo, Pelusa, Galleta. Son tantos, objetos con comida, animales con ademanes.

—Yo soy Albóndiga porque cuando era pequeño estaba gordito y así me quedé —me dice Juan David Sánchez de 14 años, esa edad de bigotes tan incipientes como las dudas. Junto a Harrison Agudelo Cardona, de 15 años, es maestro de trova para chicos más pequeños del barrio Caicedo. Allí laboran en una de las múltiples escuelas de trova para niños que hay en Medellín y que han surgido como parte de la iniciativa del anterior gobierno del alcalde Sergio Fajardo —continuado ahora por Alonso Salazar— que destinó el 5% del presupuesto general a proyectos culturales. Harrison y Juan David hablan como adultos, parecen tan resueltos. Han oído de la violencia y mientras uno quiere quedarse a hacer su vida aquí, el otro quiere salir a contar. Sus madres los acompañan. El barrio es otro, dicen. Lucen tranquilas y cansadas. Agradecidas.

—Yo tengo familia que vive fuera y todo el mundo les dice: «Medellín-Pablo Escobar» y yo quiero que la gente sepa que es distinto —dice Albóndiga, con tono de precoz magisterio.

Como ellas, muchas madres y padres de Medellín diariamente acuden a los parques biblioteca, a los talleres y cursos de arte en los barrios más afectados por la violencia que son parte de la propuesta que, de momento ha redundado —junto con otras variables— en una notable merma en los números de asesinatos violentos y que ha desbancado a Medellín del título mundial de la ciudad más violenta del mundo. De una tasa de 381 homicidios por cada 100.000 habitantes en 1991 a una de 29 por cada 100.000 habitantes en 2003. La tasa no se ha sostenido. En 2008 llegó a ser de 33 por cada 100.000. Dato similar en los siete meses que van de 2009.

Pero el taxista me dice que esto es el cielo. Me lo dice mientras pasamos bajo un puente repleto de familias desarrapadas que viven allí.

5.

Llueve y la gente sigue allí. El público ha de ser unas diez mil personas. El Parque de los Deseos está repleto. Se trata de otro de los parques temáticos de la ciudad, este en particular tiene el Planetario y la Casa de la Música; su concepto es básicamente relacionar la experiencia humana con el imaginario del universo. Parece que se consigue el propósito porque la gente —tirada en el piso observando el espectáculo en pantallas desplegadas por todo el lugar— vista desde arriba de seguro se ve como un confeti humano, estrellas. Otros no se tiran al piso, se aglomeran como una masa uniforme que aplaude, grita y canta a la vez, como en misa, en automático. Es la final del Festival de la Trova en la Feria de las Flores de Medellín. Es viernes y ya ha pasado el Desfile de Silleteros.

La gente le grita a sus favoritos. Pucheros lidera el jurado y marca los tiempos con una campana. Comienzan las tandas, las controversias. Lamparita, una de las dos únicas mujeres compitiendo, sorprende, los demás se defienden. La jornada será larga. La chica es brava, pequeña y de rostro aniñado pero de gestos fieros. Da la impresión de estar enojada todo el tiempo. Es de esa gente ingeniosa, de ademanes duros en cuerpos que por pequeños evocan ternura. El jurado gesticula como si no le importara guardar sus impresiones para la suma y resta de números. Ríen de los chistes y comentan con complicidad.

Se trova de la ciudad, se le echan flores al alcalde Salazar, al presidente Uribe. La gente grita contenta. Qué extraño ir a un acto público en el que la gente aplauda la autoridad.

Trovan por turnos, hablan de cielos e infiernos como los taxistas, de antes y después, de Shakira y el reggaeton, de los colombianos en el exterior, de los niños, del sexo, de Chávez y Ecuador y de patriotismo colombiano. Me dan ganas de gritar: «¡Bomba!». No lo hago. La isla es el único lugar que conozco donde se grita bomba para celebrar estrofas octosílabas perfectas. Qué fácil es volver a casa.

El pensamiento se interrumpe. Loquillo le ha dicho fea a Lamparita. Ella responde.

Usted me trata de fea,
yo bien sé que no es verdad.
se nota que tiene miedo
porque le voy a ganar.

Loquillo, uno de esos jóvenes con gestos de viejo, le responde:

Mucha risa a mí me da
que crea que va a ganar,
porque como rey de trova
yo voy a revalidar.

La exaltación patria continúa. Se cuenta una ciudad impoluta, superada, altanera, feliz, tranquila, habitable. Tiene algo de verosimilitud el relato. Saben que las palabras hacen aparecer cosas en las mentes de la gente. Lo dicen y existe. Su ciudad existe. Aparece por momentos. Lo trova el Alacrán:

Antes esto era el infierno,
yo no lo voy a negar.
Pero ahora Medellín
es una cosa celestial.

Al rato, pasados los bailes folclóricos y la música autóctona llega un invitado cubano. El famoso de la décima Alexis Díaz Pimienta. El hombre arranca con su tejido de versos distintos, con rima retomada en instantes inesperados del verso y con temas que, como él, vienen de otras realidades. El público paisa abuchea, lo manda a bajar, le gritan fuera, le silban. El hombre, a segundos de bajarse de la tarima, arranca un verso final en trova antioqueña. Deja la dificultad métrica, para domesticar a la masa. Se deja vestir por la gente con toda la indumentaria paisa. Se los echa al bolsillo. Lo aplauden, le gritan, lo celebran. Ahora, él los desafía en verso, les pregunta dónde están los que me silbaban. Acaba el número y la gente le pide más. Ha ganado porque ha entendido el código. Pareciera que a la gente del Valle de Aburrá no le gusta lo que viene más allá de sus montañas.

Lamparita, en escena • Foto: Julio César Herrera

Competidor del Festival de la Trova • Foto: Julio César Herrera

Don Floro aparece en la tarima. ¿Tendrá dobles esa familia? Le regala un ramo de flores al cubano, que me regalará a mí más tarde cuando hablamos de décimas, del Caribe y de Antioquia.

Ganó Lamparita y dio gracias a Dios, es católica y fanática de Uribe. Salta de contenta y la aplauden mucho. La gente ha sido paciente y ha esperado bajo lluvia el resultado.

Salgo del espectáculo con un sombrero paisa —¿he sucumbido o estaba duro el sol en la tarde?—. Cargo un ramo de flores a medio morir y me voy de allí con la contentura de la fiesta. Están medio muertas, pero hacen sonreír al taxista cuando se las regalo. Después de todo es Feria de Flores.

Foto: William Martínez

LOS TROPICALES DEL CARIBE

Por Juan Manuel Granja

Para entrar a Deluxe, para subir, sigo a Orlando Echeverría. Las luces apagadas y la ausencia repentina de altoparlantes —o reggaeton— me confunde con ellos. Soy, por la breve gracia del anonimato, el cuarto miembro de la papayera.

Papayera es como se llama al alboroto que los músicos de la Costa Atlántica colombiana, con sus gaitas y tambores, causan en las fiestas. Alguna comodidad de la urbe ha logrado que los vallenateros como Orlando y los suyos —esa bullanga que hoy va uniformada de blanco repartiendo rumba— sean también una papayera. Deluxe, a esta hora de la madrugada, está lejos de ser un lugar fijo y preciso con no sé cuantas mesas y no sé cuantos vasos sobre las mesas. La discoteca es un puro presente de vértigo noctámbulo: faldas cortadas por el calor, risas que reencarnan en risas, rostros en el espejo de las botellas, nalgas y tetas diseñadas para mirones profesionales. Nos refugiamos en la fiesta a unas cuantas cuadras de El Poblado y su Parque Lleras, la zona rosa donde ricachos, riquitos y no tan ricos aún siguen al acecho o van de la mano de pelinegras o monas —rubias, rubísimas— que por ahora sólo quieren rumbear, rumbear y rumbear. Mañana es jueves y, claro, se trabaja. Aunque sea la semana festiva de inicios de agosto y la más rumbera del año, los paisas, como si obedecieran a una ética protestante que crece en los árboles del trópico, no paran de trabajar.

A sus 67 años Orlando aún se empeña por ser invisible, por lograr que nadie sepa que Los Tropicales del Caribe han llegado. La papayera debe ser escuchada antes que vista, es la ley de la sorpresa, la ley de la noche. Tras Orlando, el guacharaquero, escondidos en el silencio de sus instrumentos, suben Ascención González, cantor y cajero, y Diego Vera abrazado a su acordeón. Han pasado seis horas y media de espera, y más de veinte años de parrandas a domicilio, desde que pararon en la esquina de la carrera 70 con avenida San Juan a ver si llega algún carro. A lo mejor se repite una llamada como la que alguna vez los llevó a cantarle vallenatos a la hija del archimillonario Ardila Lulle, que salió a festejar sus quince años, muy bonita la pelada, en una silla de ruedas. O quizás consiguen algo más modesto, una moña, un contratico, para sumarle al menos doscientas barras a la bolsa aún vacía de la noche. «Acá en Medellín la gente es muy rumbera», me dice el guacharaquero, seguro de que el gentío que ha llegado de todos lados a la Feria de las Flores comparte su más firme creencia: «Fiesta que no lleve papayera no es fiesta».

Hoy la papayera son sólo tres. Aunque Orlando acostumbre acompañarse también de bajo y tumbadora para salir a tocar, hoy sólo son los tres. Y no sólo salen y tocan y se van porque de paso se dan una y otra vuelta y reparten unas tarjetas amarillas donde se leen tres números de celular, un e-mail, un «atendemos las 24 horas» y, pegado al dedo que las sostiene, un «artistas de Radio, Prensa y TV». Si bien Orlando, Ascensión y Diego no se hicieron músicos para vivir así, viven así para seguir siendo músicos. Los tres acabaron en esto imitando al hermano mayor o a aquel amigo también mayor que dejó de tocar antes de que todo se convierta en dormir de día, pelear el precio, merodear por la 70 o seguir los pasos de las amigas más entusiastas de un tipo al que le llevan, en secreto, un happy birthday con acordeón.

—Tienen que lucirse niños —dice la mujer tras el volante cuando subimos al jeep.

Luego de acordar la tarifa de doscientos mil pesos por una hora de vallenatos, avanzamos una cuadra y ella precisa:

—Soy Natalia, soy abogada, acá mi amiga Viviana es contadora, nuestro parcero Wadi cumple 38 añitos.

—Para hacerle bien bien la vuelta tiene que pagarnos más —responde Orlando.

—Hágale con lo que le dimos, que nos encontró con los pantalones abajo, no hay mucho billete.

—No diga eso que hubiera estado bueno encontrarlas en esas —sigue Orlando mientras se inclina para verlas mejor.

Las risotadas no evitan que Natalia vaya tan rápido como puede y puede ir muy rápido porque son cerca de las dos de la mañana. Pegado al vidrio del carro la ciudad parece un pesebre de Navidad con sus casas empotradas en las montañas. Tras las ventanas iluminadas se ve la gente que baila, pero hay más que baile frente a los tablados donde la Feria pone músicos y fiesta. Una vez más compruebo que afuera siempre hay más mujeres que hombres —muchas más— y muy hermosas. Le pregunto a Orlando, que va a mi lado apretujado entre guacharaca y vallenateros, si la cosa es siempre así, si cada vez que salen deben dar una prueba, como tocar partecitas de canciones antes de treparse al auto o, cuando son cinco, antes de llamar al taxi y seguir al auto.

—«Somos como putas», me decía una vez un compa, a ellas primero las miran de arriba a abajo para subirlas al carro; a nosotros antes de nada nos escuchan y si andamos afinados, antes de media canción ya estamos andando pa' la fiesta a meterle rumba vallenata.

—Muchachos, cuando acabe todo les damos para un taxi o los regresamos a la 70 en el carro, allá arreglamos, ¿listo? —dice Natalia.

—Uy señora si nos da para un taxi ya tenemos carro propio pa' volver pues.

Natalia responde a la broma de Ascensión con un frenazo y una curva cerrada para al fin estacionarse a una buena distancia de la entrada. Viviana es la primera en sacar su celular:

—¡Apagá todo que ya sube la papayera!

Juan Manuel Granja (Quito, Ecuador, 1980). Escribe para las revistas *El Apuntador*, *El Porta(L)voz*, *La Selecta*, *ArteNova*, *El Búho* y *Vanguardia*. En 2007 ganó el Segundo Premio Nacional de Novela Corta Medardo Ángel Silva con la obra *Un ligero temblor en las piernas*. Su libro de poesía *Alter* fue publicado en versión online en 2008. Dirige los weblogs *Metamorfódromo* y *Folio Inn*.

LA CHIVA EN EL AIRE

Medellín, miércoles a las siete de la noche, carrera 70 con San Juan. Llego a la esquina —olor a humo de motor, motor de suelo irregular— y ellos me creen su primer cliente. «Locombiano, sí, gracias a Dios soy colombiano» —me dice el taxista en su demostración del orgullo paisa para extranjeros. Los encuentro tras una parada de autobús y se parecen a lo que busco, a lo que creo buscar: el remate de la Feria, esos seres ambulantes que esperan en una esquina para volver a encender la mecha de la rumba cuando se han apagado las luces. No hay demora en escoger al portavoz, nadie tiene que decidir por él ahora que da un paso al frente. Orlando, su cara ancha, su caminado rápido que no le deja levantar mucho las piernas, esas piernas que lo hacen un señor bajito y que son capaces de esperar, como hicieron hoy, de siete a una y treinta hasta que llegó el jeep rojo, lo acercan hasta mí. Al escuchar su voz entre bocinas y bostezos de acordeón se me ocurre que recordar lo que me dice será difícil, se entromete su bigote de Tin Tan colombiano, su lenguaje dicharachero, ese humor callejero y costeño: «Pasé diez años por la Universidad de Bolívar, todas las mañanas que iba a comprar leche pasaba por toda la acera de la universidad». Y él sigue. Y sus chistes y su canturreo y su soltura hablan de esa alegría suya y para los suyos que se sostiene en la fe, fe en el trabajo diario o, mejor dicho, nocturno, ese por el que Orlando le agradece al cielo: «Mi trabajo me lo bendijo Dios, siempre me ha ido muy bien y nunca he tenido que trabajar por cuenta de otro». Me pregunto si será oro, el oro que extraen de los cerros de Antioquia, el departamento del cual Medellín es la ciudad principal, lo que sostiene la cruz esmeralda que cuelga de su cuello. «¡Songo sorongo ya ve, songo sorongo ritmo movido!», canta Orlando. «Todos me dicen Echeverría», dice con esa voz reseca con la que se presentó con su guacharaca

y su trinche a Rafael Cabezas quien se encargó de sacarlo de Cartagena y traerlo a Medellín para grabar «a ver, uno dos tres cuatro, sí, cuatro long plays».

—Yo vine a Medellín y tres meses después estuve a poco de irme para siempre. Una balacera ahí mismo en la gasolinera de la esquina. Unos motorizados que pasan y le disparan a un bus que cargaba combustible. Sacaron un muerto y dos heridos. Ahí fue cuando dije: «Me regreso pa' mi Cartagena, mañana mismo me voy». Al siguiente día tomé un taxi para comprar el tiquete y el conductor me dice que me amañe, que no pasa nada, que si usted no se mete con nadie, que esa gente quiere a los costeños, que o si no los taxis no trabajarían hasta tan tarde. Así, dimos media vuelta y regresé con mi guacharaca —Orlando saca las fotos de sus hijos, todos nacidos en Medellín, de un bolsillo secreto pegado a su costilla y continúa—: Ese taxista me convenció, ni siquiera sé cómo se llamaba pero le agradezco con toda el alma. Acá vivo bien, me sentí muy rápido como un paisa, mi vida ha sido chévere, muy chévere.

Sobre la acera, las letras verdes de un cartel definen el orden de salida de los conjuntos vallenatos. Detengo la mirada en una de las fotos que me muestra Orlando, en ella reconozco la similitud que guarda con cada uno de sus treinta y seis hijos; esos que ha tenido con catorce mujeres distintas. En la primera lucen un uniforme con los colores de la bandera colombiana; paso a otra foto, camisas con llamas y, de nuevo, guayaberas. Freddy Orlando, Orlando Jesús, Elkin Orlando, Misael Orlando, Óscar Orlando sonríen tras una caja, una tumbadora, un acordeón.

—Los cinco más pequeños viven conmigo en el barrio Belencito —dice—. Acá a cinco minutos de la 70, a las tres cuadras vive la otra mamá con otros seis pelados míos.

Por las fotos parece que ninguno de sus hijos —todos varones— le hace a la guacharaca.

—Aquella vez apareció una muchacha de traje negro, nos llevó pa' la sala de velación y nos puso frente al ataúd —me dice Diego Vera, cambiando de tema—. Con un solo micrófono los cinco tocamos lo que nos contó que al difunto le gustaba: «Dime pajarito ¿por qué hoy estás triste?». Al pajarito lo habían bajado de tres tiros... pero es que esa es la música que dura, toque usted «Alicia adorada», «La hamaca grande», toda la música de Alejo Durán, toda esa vaina vieja a la gente le encanta, lo nuevo no suena más de dos meses.

Me lo imagino con su sombrero vueltiao y su Hohner de dos millones ochocientos mil pesos, aunque sea difícil entender cómo sepultó el dolor en su acordeón, cuando perdió a sus hijos en los años del terror:

—Uno por andar de curioso en una balacera, otro por meterse con una señora casada.

Diego no para de mover los dedos, esos por los cuales Orlando lo llama una eminencia: «Don Diego, que además es de los pocos acordeoneros paisas que conozco, toca fandango, cumbia, porro, merengue y hasta tango».

—Mis hijos menores, en cambio, es como si vivieran en otra ciudad, trabajan, van a la universidá —dice la eminencia paisa del acordeón—: La Receta Vallenata se llamaba mi otro conjunto, el consultorio era aquí mismo y de acuerdo a la enfermedad del paciente le recetábamos un vallenato, un paseo o hasta un ron.

—No Diego, no diga eso que el ron pa' las vainas sentimentales es un mal consejero —remata Orlando.

Su otro hijo es el acordeón. Diego no pudo tener uno propio hasta que el coronel Moure decidió que el batallón donde prestó servicio por veinticuatro meses necesitaba un acordeonero para los eventos oficiales. Desde entonces, además de formar algunos discípulos, Diego no ha hecho sino buscar a los que quieran rumbearse su sonido, como en este miércoles que inicia —para él como para Orlando y Ascención— a las siete de la noche.

—Qué vaina —dice Diego Vera—, el viernes hay que levantarse temprano y darse una vuelta por el desfile.

—Hemos tocado para militares, traquetos y monjas, para gente empresaria y parranderos de toda monta. En la Feria hay mucha chiva y nos suben y nos llevan a tocar por todas partes —me cuenta Orlando.

Son como arrieros, me digo, el desfile de estos músicos ambulantes no es precisamente como el del acto principal de la Feria de las Flores, pero de alguna forma se parece a la hilera de silleteros que cargan la fertilidad de la tierra sobre sus espaldas. Flores que sudan el spray del color de una gaseosa o

Los Tropicales del Caribe en la avenida San Juan con carrera 70 • Foto: Julio César Herrera

Desfile de Silleteros • Foto: Julio César Herrera

que forman el logotipo de un banco, flores cultivadas en la montaña, arriba en Santa Elena, flores blancas y amarillas pintando el huevo frito de una bandeja paisa o la silleta en memoria de un Michael Jackson hecho la cirugía de pétalos. Quien las cuente hallará más flores que las que adornan las tumbas de la violencia. Los silleteros las cargan con orgullo, como la papayera que sigue cargando sus instrumentos. Los Tropicales del Caribe, aprovechando el desfile por el que han visto el sol que cuando tienen mucho trabajo prefieren no ver, siguen cobrando doscientos mil pesos por una hora de música. La competencia ya no son los serenateros y sus guitarras o los mariachis y sus trompetas —a quienes en el día de la madre no hay músico o precio rebajado que les gane— sino mimos que pegan papelitos con dibujos de sonrisas en las solapas esperando unas monedas, la música a alto volumen que desfila con el desfile, los disfrazados de simios que se golpean el pecho por más monedas y los helicópteros que echan pétalos a una multitud más variopinta que las flores de Antioquia. Y al capricho de la imaginación —imposible no dejarse engañar por el delirio del color y el pulso de la fiesta— veo la papayera dentro del helicóptero, como si los hubieran subido a una chiva flotante, Orlando y Diego y Ascensión, música de acordeón y flores cayendo de las alturas.

GOLPES DE GUACHARACA

Orlando me dice que no me mueva, que me quede donde estoy, que debo estar cansado después de lo de ayer en Deluxe. Frente a la Universidad de Antioquia —donde a los estudiantes se les permite vender películas piratas para pagar sus pensiones— está el Parque de los Deseos. El sol no me ha dejado solo este día de nubes extintas en que el ladrillo rojo que cubre cada casa de Medellín debe sentirse como una parrilla encendida. Ansío volver al resguardo del metro que atraviesa la ciudad, pero es Orlando quien la atraviesa a casi ochenta kilómetros por hora.

Empiezo a pensar que la amabilidad de los colombianos resulta sospechosa cuando llega Orlando e imprevistamente me abraza. «Estoy con chaqueta negra», me había dicho por el celular —que sus hijos le enseñaron a usar— y en su mano derecha siento lo que los años le hacen a la piel. Sin guacharaca y sin uniforme es difícil adivinar a qué se dedica. Aún conserva cierto dejo de boxeador de barrio cuando su cuerpo amulatado le hace mover los brazos que parecerían ágiles pero se sienten tensos. Es como si arrastraran grilletes, como si hubieran cargado un gran peso a lo largo del Caribe hasta llegar a Cartagena.

—No quiero volverme viejo, hermanazo —me dice—. Nací el 20 de septiembre de 1942 en el barrio de San Francisco. De allá salieron muchos boxeadores famosos en todo el país: Bernardo Caravallo, Mochila Herrera y, cómo no, Antonio Cervantes, el gran Kid Pambelé. Mi Cartagena es la cuna de los boxeadores de acá de Colombia y aunque no me crea y me vea bajito yo practiqué el boxeo por algún tiempo. ¿Peleas? En tantos años de salir todas las noches por las calles de Medellín parece mentira pero sólo me he metido en dos líos que llegaron a los puños. Uno por una mujer, otro por una mujer y una guacharaca... en ambos gané.

La sorpresa de los fenómenos astronómicos que expone el Parque de los Deseos como parte de los proyectos sociales que siguen transformando a Medellín pasa, por un momento, a segundo plano. La conversación con el guacharaquero se interrumpe por la preparación de la tarima para la final del Festival de la Trova a la que asistiré en la noche. Las cuartetas, versos improvisados, cantados y además rimados, intentan sumar los aplausos del público que se acomoda sobre sillas de plástico en el centro del parque, el mismo donde a veces se proyectan películas clásicas o donde los niños se echan encima arena blanca y limpia.

Para esta hora Orlando ya ha esperado un buen tiempo en la carrera 70. Los Tropicales del Caribe, dicta el cartel de letras verdes, serán los segundos en salir. Ascensión deambula por la vereda, ha subido de peso desde que llegó a Medellín hace veinticinco años. El negro de Urabá, el hijo de agricultores que cultivaban arroz en la región costera de Antioquia, el que Orlando me presentó como el vocalista «porque siempre tiene la boca lista pa' comer», ha sido recientemente elegido el presidente de la Cooperativa Multiactiva de Músicos Vallenatos de la 70. Su misión es lograr, mediante los aportes individuales de los ciento veinte músicos que afinan sus instrumentos en la calle, la instalación de un local con facilidades para guardar sus uniformes, cajas y acordeones y así trabajar mejor.

—La ley ampara al organizado —me dice antes de sostenerle la guacharaca y verlo cruzar la calle para llegar al baño de la gasolinera Texaco—. Yo siempre he dicho que soy católico, apostólico y cartagenero.

El viejo percusionista hace tantos chistes como golpes de guacharaca caben en un vallenato. En el humor descubro resistencia. Una ciudad hace poco dominada por la muerte debe reír. Desde el Metrocable, uno de dos teleféricos que sirven como medio masivo de transporte, se ve a la familia que nunca tuvo balcón pero que se pintó a sí misma en la pared de su casa como si estuviera mirando desde un balcón colorido. Humor City es también parte de la Feria, un festival del humor donde los imitadores y los bromistas hacen reír a una mayoría de jóvenes que en otra vida y a esa misma hora estarían frente a o detrás de una bala. El humor paisa, aquel que una vez fue capaz de rezarle a una Virgen con revólver en mano para que los disparos lleguen a su destino, se burla de su propia cultura, de su propio humor, nada queda en pie porque basta una broma para demolerlo todo a carcajadas. Aquí no se trata de hablar con corrección como en otros lados, en los chistes que se cuentan en Medellín siempre está la irreverencia, el sexo: «aparte de la cola, de la mujer me gusta todo el cuerpo», me dijo por ahí un parcero, «ya se formó el maniculiteteo».

Dejo la carrera 70, todavía nadie ha venido a recoger a los vallenateros y leo en mi libreta lo que he recogido azarosamente sobre la ciudad en pocos días de Metro y taxis:

> *Montañas, industria, pasado: Pablo Escobar,* Rosario tijeras, Rodrigo D, La vendedora de rosas. *Los Fernandos paisas: Botero (sus esculturas cerca de una iglesia) y Vallejo (el infierno dantesco de la comuna y la cama). Medellín, qué fácil era matar. Medallo, Metrallo. Oro de cerros antioqueños, tres millones de habitantes. Medellín, metrópolis transformada, oficinas que no cierran si no han pasado doce horas y por la noche aguardientico. Nacional, Rey de Copas, en la cancha contra el Rojo de la Montaña. Medellín, eterna primavera, shopping, cirugía. Migrantes que llegan de la costa y van en Metro a sus trabajos. Velas ardiendo en el Cementerio de San Pedro. El valle hundido en la cordillera, el aislamiento, hace de los paisas devotos de los motores y los convence de ser únicos. Medellín: qué pena... con mucho gusto... de pronto... hágale pues... ¿cierto?*

DOSCIENTAS BARRAS MÁS EL TAXI

La minifalda acaba justo antes del tatuaje que serpentea su pierna izquierda. Lleva lentes blancos y unos zapatos Converse que se ven más nuevos de lo que son. Me habla a toda velocidad, la escucho unida al sonido bullanguero del acordeón que subió a Deluxe en la oscuridad y miro su cuerpo tan tuneado como los autos que exhiben en la Feria sus accesorios metálicos y sus equipos de sonido. Entre las frases de «El cantor de Fonseca» a cargo de Ascensión escucho que estudia en la Universidad Pontificia Bolivariana. «Una universidá privada, pontificia», me repite, «una carrera como diseño», me dice, con la voz expulsada por el ron, «es lo que le encarreta a una berraca como yo». Comparo su tono atropellado y ansioso con la frase resignada que me había dicho Orlando en la calle: «Hermanazo, le soy sincero, yo sólo sé hacer hijos y tocar vallenato... esa es mi malicia, esa es la astucia y la valentía mía, el cien por ciento de todo es malicia como decía el viejo mío».

Diego ha tocado parado en el mismo lugar todo lo que han venido a tocar. Además de los dedos sólo mueve las piernas que bajan y se vuelven a enderezar como si el propio Diego Vera, desde los talones a la coronilla, fuera el fuelle encargado de hacer sonar al acordeón. Al fondo, se pueden ver las sobras de champán en copas plásticas que parecen de neón y la chica pequeña de falda azul, la encargada de apagar todo cuando empezaban a subir los vallenateros, sigue correteando de un lado al otro con una botella en mano: «Aguardiente para el cumpleañero, aguardiente para Ascensión, aguardiente para Diego, aguardiente para usté». Dejo de escuchar a la universitaria, me interrumpe el alboroto, debo volver a la papayera:

—A ver, a ver —dice Diego con esa voz rugosa de fumador que igual conserva cierta dulzura—, ya vamos tocando más de una hora.

Viviana alza la voz:

—No señor, aquí me faltan más canciones.

—Cincuenta más o nada pues —interviene Orlando. Alguien lo agarra de su camisa blanca, esa que forma parte del uniforme que aún no ha fotografiado.

—O siguen cantando o ustedes verán cómo se regresan a su esquina —dice un tipo calvo al que le brillan los aretes en ambas orejas.

Con el acordeón cerrado, Diego se cruza y pide «cincuenta más». Ascensión va detrás suyo y su rostro —el negro de Urabá es ahora más alto y macizo que en la calle— parece no decir nada reflejado en los ojos del calvo. Orlando cierra los puños. Deluxe, de repente, ha quedado en silencio. A Wadi no le importa, el barranquillero prendado del alcohol no se ha enterado de nada. Lo último que supo fue que en algún momento escuchó la guacharaca, la caja y el acordeón llenando su discoteca de recuerdos inventados por la voz de Ascensión. Aparte de un grupito atrás del bar encerrado en una discusión en la que aparecían personas que no están ni estuvieron aquí esta noche, la papayera logró enfiestar a la gente desde que arrancó con la canción de cumpleaños de la que nació —casi sin pausa— la famosa «Matilde Elina»: «...al recordarte Matilde sentí temor por mi vida...».

—Aquí tienen para el taxi —Viviana saca un par de billetes de la cartera que por poco deja olvidada en el jeep.

Foto: Julio César Herrera

UN GUARITO, POR FAVOR

Por Renzo Guerrero de Luna Zárate

1.

No puedo creer que aquel hombre de poco pelo y muchas agallas pidiera una más. En realidad sí pero por un segundo pensé que él y todos tendríamos la decencia de abandonar esta travesía alcohólica que nos ha tenido recorriendo las calles de Medellín. Y no, aquí estamos, celebrando como si uno de los presentes hubiera ganado la lotería, el World Press o la presidencia del Club de Nuevos Amigos Aguardienteros —o aguardientosos, da igual—. Ninguno tiene la más mínima intención de irse, al contrario, todos argumentan que por ser un día de fiesta se justifican los excesos. Mucho ron. Demasiado aguardiente. Bajo esa premisa es imposible negarse a un trago, más aún si se tiene esa inmunidad libertina propia de los extranjeros. Son las ocho de la noche y estamos —los tres— sentados alrededor de una mesa plateada repleta de vasos y copas. Tenemos una vista privilegiada frente a la pista de baile. Una luz tenue y verde alumbra a las parejas que se deslizan de un lado a otro armoniosas, sonrientes, apretadas, casi flotando. La banda uniformada y muy seria toca para deleite de los invitados. La canción que suena gusta a los asistentes, en especial a tres señores que enfundados en camisas descoloridas y con voz destartalada repiten una y otra vez y otra más que, aunque les cueste morir, no dejarán la bebida porque una pena de amor les quiere quitar la vida. Llega el aguardiente de manos de una linda muchacha y el mismo compañero que lo pidió, muy caballero él, le agradece por tanta generosidad con un piropo intraducible. Es en ese momento, mientras la botella baila de mano en mano, surge la pregunta: ¿La acabaremos?

Sirva trago hermosa cantinera,
querido amigo, seguro confidente,
tan sólo la copa me enamora,
cuando la veo repleta de aguardiente...

En el bar Salón Málaga, de la carrera 51 Bolívar, en pleno centro de la ciudad, abajo del enorme Metro aéreo, estamos reunidas unas trescientas personas. Entre los asistentes se puede apreciar a los que son familiares de los dueños, a sus amigos íntimos que son como familia y a nosotros que llegamos por recomendación de un tipo que por sus fachas dudamos que les sea familiar. «Es un lugar tradicional de Medellín, en el que está prohibido aburrirse», nos indicó este hombre de mirada esquiva y pantalones apretados, mientras dibujaba en el aire un enorme croquis que podía llevarnos hasta otro planeta. Tras dar algunas vueltas por calles que en épocas anteriores hubiera sido imposible recorrer por miedo a morir acribillados, nos instalamos en este recinto que hoy destila un olor a anís que lo inunda todo, que lo puede todo. Es un lugar que pareciera estar secuestrado en los años sesenta, en el que se respira a añejo por esa madera que se resiste a desaparecer y por las decenas de fotografías que obligan a no olvidar: muchos de los que están colgados en las paredes son predecesores de los que están tomando allá abajo, porque entre otras cosas, pareciera que los antioqueños se caracterizaran por meter a todos dentro de un mismo árbol genealógico. También están esas siete

rocolas que por unas monedas te revelan el tesoro musical más importante que se escuchaba en ese Medellín que ya no existe. La multitud celebra la fecha central de la Feria de las Flores. Los antioqueños se jactan de que este es el día que más se bebe en Colombia aunque los nacidos en Bogotá —y algunas estadísticas perdidas en la web— señalan lo contrario. De ser cierto, este sería un golpe bajo para los paisas que se niegan a ser menos que los cachacos, incluso en estos casos en que se pretende demostrar quiénes son los más borrachos del país. Igual, los nacidos en Antioquia tienen varias razones para sentirse orgullosos y no es precisamente el hecho de tener la catedral de ladrillo cocido más grande del mundo: en 2008, por estas mismas fechas, se vendieron un millón de botellas de aguardiente y ron, es decir, dos botellas por cada cinco medellinenses. Una cantidad respetable si descartamos que muchos son niños, abstemios o borrachos retirados que escondieron sus copas hace muchas resacas. Por eso hoy 7 de agosto, día en que se conmemora el Desfile de Silleteros, se dice que es el día más borracho de Medellín. Todos celebran, al menos eso dicen, incluso los que participaron hace cinco horas en el bendito desfile con sus pensamientos, hortensias y lirios; a la espalda guardaban bajo la manga o entre los pantalones alguna botella de guaro, nombre con el que también se le conoce al aguardiente.

Voy a seguir mi vida tirado en la cantina
porque un amor indigno ya me volvió un cualquiera.
Por eso día y noche me verán en las calles,
con copas y más copas y entre las borracheras.

Aglutinados, sucios, enajenados. La histeria colectiva contagia. Se pega. Ya son casi las diez y media de la noche y esto recién comienza, aunque en el horizonte pareciera que muchos están agonizando. Anuncio la retirada y los otros dos compañeros me acusan con un atisbo de traidor. Les insisto que ya está bueno de aguardiente que deberíamos marcharnos ahora que aún estamos dignos, que a sus esposas no les va a gustar que estén con los nuevos amigotes tomando con la excusa de que tienen que hacer una crónica sobre el guaro. Me advierte uno de ellos que lo mejor no es salir solos: «Si bien las

Renzo Guerrero de Luna Zárate (Lima, Perú, 1977). Como becario del Programa Balboa para Jóvenes Periodistas Latinoamericanos, en 2004, escribió para la revista *Tiempos de hoy*, de Madrid. Ha trabajado como editor y redactor en varios periódicos y revistas de su país. Desde 2007 es corresponsal en Trujillo para el diario *El Comercio*.

cosas están más tranquilas, todavía te pueden matar por una cámara como la que cargas en la mochila». No sé si habla en serio o se trata del viejo truco de atemorizar al foráneo con la historia de la ciudad violenta. Igual, alisto las cosas y cuando estoy por salir, una señora de la edad de mi madre, quizás más, me invita a bailar. Lo pide con tanta cortesía que no puedo decir que no. Acepto. La última y nos vamos, me repito. Me miento.

2.

Guayabo en colombiano quiere decir resaca. En Medellín resulta casi imposible no padecer de guayabo en días de Feria. La misma ciudad, cuando la recorres, te recuerda, a punta de zamarreadas aromatizadas con anís, que a veces es mejor no salir de la cama. Medellín, sin duda, se construyó sin la venia de la sociedad alcohólica de aquellos tiempos en los que se empezaron a conquistar las laderas de los cerros: ellos jamás hubieran permitido que las calles hubiesen sido empinadas como toboganes y que los barrios se organizaran como laberintos. Para pesar de los borrachos, las montañas se llenaron de concreto, colores y gente, cambiando para siempre la cara del Valle de Aburrá: de aquellos tiempos en que llegaron los primeros pobladores, allá por el siglo V a. C., sólo queda el cielo moteado y retazos de alfombras verdes en medio de tanto ladrillo.

Freddy, uno de los muchos taxistas amables, se emociona cada vez que habla de su ciudad. La vende como la mejor de todas, como aquella flor que cansada de ser bella se decidió a morir pero no pudo. Al contrario, venció a la guadaña y floreció más hermosa que cualquiera. No es un romántico, tampoco un trabajador de la municipalidad a quien se le paga para decir todo ese verso. Es un paisa más que entristece cuando se entera de que todavía en

el extranjero hablan mal de la urbe que lo vio crecer, y que se encabrona cada vez que alguien pregunta primero por el Deportivo Independiente Medellín que por su Atlético Nacional. Es honesto y detrás de esos bigotes insípidos se le ve feliz. No tiene ninguna imagen divina de copiloto y tampoco tiene un disco de salsa en la guantera de su coche. Dice que está casado, felizmente casado, pero que eso no le impide promocionar lo mejor que tiene su tierra: las mujeres y el aguardiente.

Una de las recetas que le permite a Freddy conservar esa sonrisa exagerada es juntarse con los amigos a tomar guarito en el parque mientras ven pasar a la que consideran es la mujer más bella del mundo: la paisa. Dice que pueden transcurrir horas sentados en una banca observando curvas.

—Tiene que ir a un tablado —me dice muy emocionado y cuenta en cinco minutos algunos de sus memorables romances al paso. Freddy no sabe si esta vez podrá ir. Dice que es probable que no lo dejen ni asomarse a la ventana.

Un viejo amigo de antaño, el buen Duván, se ofreció de guía para ir al tablado más recomendado de la noche, aquel que se realizaba en el barrio Doce de octubre, allá en la zona nororiental. Al llegar, decenas de vendedoras ofreciendo frituras, papas, cervezas, aguardiente y chucherías hicieron de comité de recepción. El lugar, pese a que algunos dudaban de su reputación, parecía más seguro que el hotel donde yo pernoctaba —pues unos cincuenta policías lo custodian dispuestos a desfogar la rabia contra cualquier impertinente de no ser ellos quienes celebran esta noche— . Más allá, un sitio con vista de palco al escenario. Perfecto. Frente a nosotros, en la cancha de arena, niños persiguen niñas y señores aprietan a señoras al ritmo de una orquesta de salsa que toca magistralmente aquella canción que hiciera famosa Pete «el Conde» Rodríguez, la emblemática «Catalina la O». Todos se saben la letra y los que no, aplauden. Atrás del atrio, relámpagos revientan en el cielo iluminando el otro lado de la ciudad, aquella pared montañosa incrustada de luciérnagas. Fastuoso.

En las improvisadas butacas de piedras y trozos de jardín descansa casi la totalidad de los vecinos, incluyendo mascotas. El que menos, tiene una botellita de aguardiente que lo acompaña. Luis Enrique Gómez es uno de los que tiene una cerveza en la mano y un guarito en la otra, cortesía de un amigo que muy amablemente viene a abastecerlo de cuando en vez. A diferencia de muchos, Luis Enrique tiene la expresión dura, como si le costase regalar una sonrisa. Quizás sea porque tuvo un mal día o porque no le agrada la gente que llega con una libreta y anota cosas cada vez que pasa alguna persona que él conoce. Tiene algunas canas que no soportan peinados y una nariz que pareciera nunca recibió un golpe de lleno. Carece de panza bajo la remera gris. Cuando se presenta, cuenta que le daba curiosidad aquello que apuntaba pues él fue policía, según dice, el más honesto de todos porque nunca robó y el más pobre de todos porque nunca robó. Tiene cara de decir la verdad y en esta noche es suficiente para creerle. Estira la mano con una copa y en vías de la buena convivencia, acepto.

No recuerda muy bien cuándo fue la primera vez que tomó aguardiente, pero está totalmente seguro de que fue hace muchas botellas. Dice que ya no bebe como antes. Su novia Zulay, morena de ojos inmensos y cadera prodigiosa, confirma lo dicho: «Para nosotros, el aguardiente es una bebida tradicional, es nuestra identidad como antioqueños, ya que integra a pobres y a ricos, y viceversa». Duván, Enrique, los amigos presentes, todos, concuerdan con aquello de que es el licor por excelencia de los nacidos en esta tierra. Uno de ellos encuentra en su memoria unas décimas que podrían explicar mejor la pasión de los medellinenses por el aguardiente. Sin saber declamar ni tampoco conocer el texto al pie de la letra comienza a recitar:

¿Qué es un paisa sin anís?
¿Qué soy yo sin aguardiente?
Soy una nación sin gente,
soy un árbol sin raíz,
soy un Nevado del Ruiz,
lóbrego, desierto y frío,
sin mar y sin quieto lago,
un antioqueño sin trago
es un cántaro vacío.

Me dicen que es una composición del doctor Diego Calle Restrepo y que es una carta llamada «Décimas del aguardiente» que muchos paisas consideran

Fiesta en una cantina popular de Medellín • Foto: León Darío Pelaez

Grupo de amigos bebiendo en el bar Salón Málaga • Foto: León Darío Pelaéz

el testimonio escrito más sentido en honor a esta bebida colombiana. Retomo la pregunta fundamental de la décima «¿Qué es un paisa sin anís?». Y ellos al unísono responden: «Nada». No es difícil entenderlo, sobre todo si lo primero que te piden los colombianos expatriados es una botella de guaro. Este licor se convirtió en un producto de exportación de la identidad de este pueblo y no precisamente por su devoción a estar borrachos y locos. Nada de eso —al menos no en todos los casos—. Su veneración va más por lo que representa como aliciente para trabajar mejor en las alturas de Antioquia; porque es un acompañante ideal para celebrar nacimientos, primeras comuniones, cumpleaños, matrimonios, divorcios y entierros; porque no te deja pasar frío; porque ayuda a los chamanes a buscar el amor perdido o a perder a uno que ya no se ama; porque adereza mejor las carnes; porque es medicinal aunque nadie lo crea; porque nació en el campo y se apoderó de la selva de cemento; porque es paisa y lo toman todos en casas, esquinas, estancos, bares, haciendo de ella o de él, como quieran decirle, un elemento democrático y unificador de la idiosincrasia de una nación. Bueno, al menos eso dicen Luis Enrique, Duván y el resto de sujetos que desperdigados a esta hora se sienten más paisas que nunca.

El orgullo del aguardiente, me comentan con un ligero tufo a felicidad alicorada, es al antioqueño lo que es el tequila al mexicano, el whisky al escocés, el champán al francés o el pisco a los peruanos. Decir lo contrario es caer en desgracia, al menos en este tablado. La ciudad respira a anís desde su fundación, allá por 1675 cuando aún no habitaban el paisaje los enormes edificios, las esculturas de Botero, menos el Metrocable. La famosa botellita transparente se puede ver en páginas a todo color, en avisos publicitarios del tamaño de una casa, en la televisión saltando de alegría, en estantes de tiendas de abarrotes y hasta en locales de chucherías «Made in Medellín», donde uno compra adefesios para no olvidar que estuvo ahí. Dos de cada tres regalos que se ofrecen están vinculados al aguardiente o a sus consecuencias: botellas encueradas, paisas borrachos tirados en una banca derruidos por el guayabo, camisetas de etiqueta en el pecho —cerca al corazón— y espadas para colgar llaves, que tienen estampadas frases memorables de algún desdichado como aquella que dice «Bebo para ahogar las penas, pero las hijueputas saben nadar».

Ninguno de los presentes puede explicar por qué le gusta tanto el aguardiente. Algunos dicen que lo toman desde que son niños —a algunos se lo daban mezclado con ajo para combatir problemas estomacales—, otros que por su bajo nivel de alcohol —29%— se puede compartir en familia. Los tragaldabas sostienen que lo beben por los populares «pasantes» que lo acompañan: mango picado, coco, fresas, chicharrón en trocitos, maní, entre otros. Los desconsolados dicen que es el mejor remedio para curar las heridas del corazón, mucho más si va acompañado de un recopilatorio de música de despecho. Respecto al sabor nadie afirma algo contundente que sobrepase lo emotivo. Y es que, sin ser malagradecido, el guaro no se puede comparar con otros licores secos que sí tienen fuerza, cuerpo y que saben dejar en el paladar ese carácter que los convierte en marcas registradas. Es más, para algunos el guaro es aguado. Es agradable, claro, pero eso no lo califica como una exquisitez. Quizás por eso sea más sorprendente que 7 de cada 10 medellinenses prefieran tomar guaro antes que ron o cualquier otro alcohol y que se produzcan 65.000 litros diarios, unas 30.250 botellas por hora. Las bondades etílicas de este destilado extra puro, preparado a base de mieles, levadura, azúcar, agua y esencia de anís, pasan más por una cuestión de identidad. Y es que esta bebida se toma desde los tiempos de Cristóbal Colón, quien en su segundo viaje trajo consigo un brebaje que para los lugareños tenía un sabor agridulce y les recordaba una palabra quechua: guarapo. Destronó a la chicha y a finales del siglo XVII se consolidó como una bebida popular, digna de recibir un impuesto. La clandestinidad le dio un valor agregado al aguardiente que sabe explotar ahora muy bien como producto paisa.

«¡Salud, amigo! Mire, le regalo un poquito. Ya sabe, todo lo mío es suyo, menos mi mujer», dice Luis Enrique y sonríe muy convencido de que ningún iluso se atreverá a robarle a su musa. Es tarde. Casi medianoche. Un niño pasa recogiendo restos de una fiesta. Las botellas que mete en la bolsa verde son de plástico, al igual que sus sandalias negras. Luis Enrique cuenta que por estas fechas el vidrio es peligroso. Mete miedo pero ahí mismo señala que las cosas ya no son como antes, que en ese barrio de Metrallín ya nadie muere de plomonía. Tras ese comentario, todos parecen sospechosos. Si bien no hay vidrio, sí hay muchas piedras grandes, gordas, filudas para defenderse.

Luis Enrique comenta que muchas peleas se desencadenan por la coquetería de algunas niñas que aspiran a ser modelos y que ven en las calles su mejor pasarela. Debe ser difícil, con los antecedentes criminales de la ciudad, tolerar la extrema belleza, más aún si se considera que cada una de la mitad de las paisas podría ser Miss Universo y la otra ya lo es. Felizmente es una noche tranquila y la banda toca canciones que los sobrevivientes todavía pueden cantar.

Son las doce de la noche y la música muere de golpe, como en el cuento de «La Cenicienta», con la diferencia de que aquí las hermanastras lucen pechos enormes de siliconas petrificadas, tacones infinitos y rostros coloreados. La mayoría de los asistentes, incluyendo las neo princesas, salen disparados a sus casas. La calle queda vacía como todos los días a esa hora producto de un toque de queda voluntario. Luis Enrique y los amigos se despiden jurando amistad eterna mientras trepan por una cuesta de escaleras pequeñas y sin final a la vista. Quedamos Duván y yo. Preguntamos si había algún lugar donde vendieran la última copa de guaro y nos señalaron uno a la vuelta de la esquina. Al llegar, estaba cerrado. Íbamos a tocarla pero un hombre de cabellera larga y lentes gruesos nos interrumpió, muy amable él, y nos dijo que desde hace dos días el lugar estaba clausurado porque ahí fueron acribillados dos chicos. Comienza a llover y por más que buscamos taxis no encontramos uno. ¿Dónde está Freddy cuando más se le necesita? Seguimos avanzando y empapados tratamos de refugiarnos en una posta. La calle continúa vacía y no hay autos cerca. Tampoco piedras.

3.

Le dicen «El rey del despecho» pero para mí era un famoso desconocido que chillaba al otro lado de la radio. Tiene la voz suave, melancólica, de hombre que quiere y no puede, que ama y nadie le corresponde. Para Héctor, pese a la desgracia que profana, Darío Gómez Zapata es lo mejor que le ha podido pasar a Colombia después de Carlos «el Pibe» Valderrama. Cuenta, mientras atraviesa la ciudad camino al centro, que la historia que predica ese buen hombre también es la suya. Lo confiesa y se emociona aunque por sus ojos pequeños y oscuros no cae ninguna lágrima. Me dice que escuche y sube el volumen: «...tu amor parece que me está volviendo loco y ya mi pecho se desespera, parece que de mí tú te acuerdas muy poco y yo sufriendo mi larga espera». Silencio. Se respira nostalgia.

Me cuenta Héctor que cada vez que escucha esta canción, «Corazonada», se le baja la presión. Por eso, prefiere tener una botella de guaro cerca y beberla de golpe para acabar con tanto desconsuelo. Dice que no es un borracho y que sólo bebe para olvidar, aunque todas las cantinas de su barrio conocen su triste historia y se la recuerdan cada vez que aparece. No niega haber llorado por amor, tal como lo hace Darío Gómez en muchas de sus composiciones. Al contrario, lo canta a toda voz, igual que otros llorones que también han recurrido al aguardiente para asimilar traiciones y deslealtades amorosas. Nuevamente, Héctor se emociona pero ahora suena otra melodía también pegajosa y con letra lacrimógena.

—¿Usted ha escuchado «Nadie es eterno»? —me pregunta Héctor y le respondo que no. Su cara se transforma y por más que entona y canta algunas frases no logro reconocer esa canción. La busca en su equipo: «Nadie es eterno en el mundo, ni teniendo un corazón, que tanto siente y suspira por la vida y el amoooooor...todo lo acaban los años, dime que te llevas tú, si con el tiempo no queda, ni la tumba ni la cruz». Dice Héctor que este es el himno de los despechos, que el buen Darío la escribió por allá en 1979 sentando en un bar mientras miraba por la ventana el cementerio de su pueblo y tomaba un guaro. Avergonzado, confieso que no la he escuchado nunca. La música suena a ranchera mexicana con algo de vals peruano, bolero cubano, con toques de pasillo ecuatoriano. La letra es un cóctel como para cortarse las venas. Un brindis por la desesperación, por el abandono, por el desamor no vendría mal, total, en días de fiesta todo está permitido, incluso llorar.

La ciudad sigue avanzando y por lo que se puede ver no se respira tristeza pese a las canciones de Darío Gómez. Al contrario, debe ser el lugar del planeta en el que la gente más se desvive por ser amable, cariñosa, feliz. En Medellín es usual que un extraño te lleve hasta el lugar por el que preguntaste sin cobrarte un peso, si no pregúntele a Cruzana Castaño, la antioqueña más buena gente que conocí y que me llevó sin conocerme a comprar libros de Gay Talese. También es normal que las personas pidan que les regalen las cosas en

Botellas vacías de ron y aguardiente • Foto: León Darío Pelaez

Mesa de bebedores en el bar Salón Málaga • Foto: León Darío Pelaéz

vez de que se las vendan, quizás como señal de que el dinero importa poco cuando existe paz y felicidad, aunque la proliferación de centros comerciales de una sociedad de consumo diga lo contrario. En Medellín se come bandeja paisa, sancocho y también se bebe ron. En Medellín los parques están siempre limpios. En Medellín uno la pasa bien y más en días de fiesta.

Jota es de los pocos, tal vez muchos, que por estos días odia su ciudad, su fiesta, la música triste de los despechos y a esos borrachos como Héctor que la escuchan y la difunden, y que a su paso van dejando ese olor a anís que siempre la acompaña. Lleva dieciocho años, cinco meses y nueve días sin probar alcohol. Se siente feliz por ello. Regresó a Medellín después de muchos años y aunque todavía no ha logrado recuperar la confianza de sus hermanos, tiene a su esposa e hijos con quienes suele compartir cumpleaños y domingos de fútbol. Ocupa sus horas en leer, caminar y asistir a Alcohólicos Anónimos. A sus 58 años se define como un enfermo. Dice que por eso no hay muchas razones para brindar.

Mientras corre las sillas para sentarnos frente a frente, Jota, que no es su nombre, cuenta que a él le gustaba el guaro pero que sus preferencias iban más hacia el ron, también de Medellín. Es de los que piensan que más allá del alcoholismo, el aguardiente sí perjudica la salud. Lo afirma y rebusca debajo de su cabeza cana ese estudio médico que leyó hace algunos meses. No lo encuentra. Se queda en silencio como esperando que aflore alguna pregunta, quizás una confesión. Pero nada. Afuera, tras las ventanas, la ciudad murmura.

En casi media hora de conversación charlamos, entre otras cosas, de la llegada del aguardiente a América por cortesía de Cristóbal Colón y de cómo, desde entonces, ascendió en la escala social antioqueña y pasó de las mesas de putas y bohemios a elegantes salones en El Poblado —el barrio más exclusivo—. Jota parecía conocer esas historias de memoria, así lo demostraba la expresión aburrida de su rostro. Quizás por ello, cansado de escuchar y de no tocar temas profundos, que vayan más allá del número de compañeros que eran adictos al aguardiente o por la incidencia de desertores en el gremio, este hombre de cara larga y muy parecida a la del Quijote de la Mancha decidió pasar de entrevistado a entrevistador: «¿Sabías que el negocio del aguardiente es un monopolio y que lo controla una empresa estatal, la Fábrica de Licores de Antioquia —FLA—?, ¿sabías que mientras ellos incentivan el consumo de alcohol mediante avisos publicitarios, cientos mueren atropellados por borrachos?, ¿sabías que mientras se habla de flores nadie advierte la cantidad de intoxicados que llegarán a la noche a los hospitales por un coma etílico?, ¿sabías que lo peor de todo es que estas cifras no se conocen o nadie quiere que las conozcan?, ¿crees que con las letritas negras y delgadas que advierten que el exceso de alcohol es perjudicial para la salud basta?, ¿no crees que también debería decir que el exceso de alcohol podría matar a otros?, ¿a usted le gusta el guaro?».

Un silencio eterno se apodera de aquella habitación del sexto piso del edificio ubicado en la esquina de las avenidas Ayacucho y Junín. No tenía respuestas para esas preguntas, ni siquiera para aquella que podría haber respondido con un tímido sí. Mucho aguardiente. Demasiadas flores. Los seis pisos se bajan en cuatro minutos. Aquel hombre de manos largas y cara larga y piernas larguísimas hizo, quizás, doscientas preguntas y dejó otras cuatrocientas flotando. Todas están dentro de ese ascensor. Antes de despedirse, muy apurado, comenta que por estos días se duplican las llamadas de consulta. Dice que es porque la gente toma conciencia de que tiene un problema a la mañana siguiente de la borrachera, pero en la tarde se olvida. Cuenta, también, que a una cuadra de esa oficina queda el pasaje Bastilla, entre la calle Colombia y la avenida La Playa, que se recuerde, el pedazo de ciudad más bohemio que tuvo Medellín. Comenta que sería bueno darse una vuelta para ver a médicos, ingenieros, doctores perdiendo la dignidad y estirando la mano a la espera de un último trago.

FLORES DEL CIELO*

Por Alejandro Millán Valencia

Es extraña la libertad que reina sobre Santa Elena. Por lo general, este corregimiento de Medellín mecido por el frío permanece oscurecido por nubarrones. Hoy es un día anormal pero se agradece, las nubes se han trasladado hacia el occidente y las flores se ven como piedras preciosas sobre la hierba.

Santa Elena es un arrume de veredas y jardines que cada año es la génesis de la celebración más tradicional de Medellín: la Feria de las Flores. Aquí no pasa nada de enero a julio, que es cuando llega el huracán de las silletas y aparecen las hordas de turistas, y se ven los armazones de cajas regados por doquier y empiezan los afanes. Ahora mismo faltan dos días para el desfile y en la finca de los Londoño Atehortúa se construyen cinco silletas. Una de ellas que desfilará en la categoría «Emblemáticas», destaca por grande y ambiciosa, aunque por ahora apenas sea un esqueleto de palos y cartones que pretende recrear con cadillo y vira-vira —dos variedades de flores diminutas y coloridas— una bandeja paisa, el Metro, el Metrocable y el Edificio Coltejer, los máximos íconos de esta ciudad.

—Todas las silletas emblemáticas deben tener un mensaje positivo —me explica Juan Guillermo Londoño Atehortúa, silletero, de poca estatura, enérgico y pelo entrecano que usa bigote a lo Charles Chaplin. Su padre, Óscar Londoño, fue uno de los pioneros que en mayo de 1957 recorrieron algunas calles de Medellín con una silleta sobre la espalda, lo que llegó a ser el primer desfile oficial de silleteros. Ahora, retirado, se dedica a dar charlas, a manera de recuerdos, sobre aquellos días mientras posa para las cámaras de los turistas que llegan a su finca en la primera semana de agosto para conocer los secretos de las silletas.

Juan Guillermo va de aquí para allá, arreglando detalles, dando instrucciones como director de una orquesta y se le nota el afán porque el desfile está muy cerca y las silletas están, como se dice por aquí, todavía muy crudas.

—Este año va a ganar una Emblemática, se acordará de mí —me dice mirando la del vira-vira con forma de aguacate y chicharrón.

Habrá que aclarar que en el Desfile de Silleteros se compite en cuatro categorías: la primera es la «Tradicional», que recoge la esencia del desfile: manojos de flores frescas ordenadas a gusto del silletero sobre maderas desnudas. Una más es la «Monumental», que se diferencia de la Tradicional porque es tres veces más grande, más pesada y más exigente a la hora de la decoración, pues no se hace por manojos sino por flores individuales que deben fijarse una por una. La «Comercial», que con los logos de las empresas auspiciadoras financia este desfile. Y la «Emblemática», que permite formas prediseñadas de personajes, objetos o comidas típicas, siempre y cuando estén acompañadas por una frase positiva.

También se tendrá que decir que esto no se hace de la noche a la mañana. Por eso el afán, por eso nadie puede disfrutar de la serenidad de estas montañas ni del silencio de las nubes. Para hacer una silleta hay que preparar un esqueleto de palos y cabuyas que sirvan de armazón, mientras que un grupo de expertos artesanos diseña las figuras y decide cómo irán las flores. Por lo general, cuando se hacen figuras para una Emblemáticas y o una Comercial se cubren con vira-vira o cadillo. Después de pegadas las flores

* Versión editada de «Flores del cielo», crónica publicada en www.elcolombiano.com, el 12 de septiembre de 2009.

secas, que pueden estar más de un mes sobre el armazón sin marchitarse, se procede a poner las flores frescas, esas que miran alrededor y que por el efecto tóxico de la silicona y la falta de agua, perecen en poco menos de un día.

TU RECUERDO SIEMPRE HABITARÁ EN NUESTROS CORAZONES

Para hacer un buen ramo, señor, lo más importante es comprar las flores adecuadas. Por ejemplo, yo compro helechos, solidiago, rosas rojas, margaritas de varios colores y pompones. Después, a una espuma se le echa agua mezclada con azúcar y limón para que las flores no se mueran y comienza la hechura. Primero el eucalipto, después el solidiago y bueno, lo que venga después. A mí me gustan los girasoles, en especial porque dan vida. Dan luz.

Yo me metí en esto de las flores para dejar de pensar tanto en Óscar, mi hijo. Él desapareció en junio de 2003, un día del padre. Me hizo una llamada y nunca más volví a saber de él. Por allá la Fiscalía me dice que lo desapareció el Bloque Celestino Mantilla de las Autodefensas, que operaba en el Magdalena Medio.

La historia empezó dos años atrás. Él quería ser militar y se fue a prestar el servicio militar, señor. Un año, porque era bachiller. Lo hizo sin problemas. Después le ofrecieron cursos para meterse de escolta. Yo lo apoyé y le pagué los cursos. Óscar estudió para escolta y defensa civil pero en ninguna parte me lo recibieron, señor, entonces consiguió unos amigos y un día me dijo que se iba para Bogotá a conseguir mejor suerte. Eso fue a principios de 2003. Cuando ya se instaló comenzó a llamarme con regularidad. Lo que más me gustaba de Óscar eran sus palabras cariñosas, atentas y consideradas. Después de que mataron a su papá, él quedó encargado de la casa. Las otras tres hermanas se fueron alejando. Yo las extraño pero qué le vamos a hacer, la vida sigue.

Cuando Óscar desapareció, yo sólo lloraba. Lo hacía todo el día, no cuidaba la casa ni las hijas. Además, porque él velaba por lo que faltara y ya no tenía quién me diera una mano.

Es un dolor muy grande. Yo me uní a las Madres de la Candelaria[5] para pedir auxilio, pero nadie me decía nada. La última llamada de Óscar la recibí desde Guaduas, un municipio cerquita a Bogotá. Viajé hasta allá pero nadie me dijo nada. Pregunté, cuestioné, averigüé y nadie me dijo algo sobre su paradero. Sólo las cartas de la Fiscalía me dicen alguna cosa, que se repite: «Desaparecido».

En la foto de Óscar que tengo puse una rosa amarilla artificial y una cinta verde. Cada viernes me paro dos horas en el Parque de Berrío a gritar consignas para que devuelvan a nuestros hijos vivos, sanos y en paz. Pero no ha servido. Sigo insistiendo, a pesar de lo que me dicen algunas personas cuando salgo al plantón, que si con gritos pienso que voy a reaparecer a mi hijo.

Ahora saco este moño de flores azules y pelotas amarillas de peluche. Lo mantengo en su cuarto, que conservo igual desde el día que se marchó, allá en la casa del barrio Jardín. Este dolor es muy grande, cómo es posible que exista gente que cause este dolor. Algunas veces para que no duela tanto, me cobijo con su cobija y me acuesto sobre su almohada. No hay justicia en este país. Sí señor, mi nombre es María Gizeth Ruiz viuda de Torres, hago ramos con flores y soy madre de un desaparecido.

EDUQUEMOS A NUESTROS NIÑOS PARA HACER EL PAÍS DE NUESTROS SUEÑOS

Ya falta nada. En la casa de los Londoño Atehortúa, el estrés llega al tope. Hay un reguero de flores mutiladas por la acción de los artesanos en los pisos. Las últimas silletas en armarse son las Tradicionales. En la parte de atrás de la casa, Juan Guillermo ubica un armazón de madera rústica con evidente forma de silla, atravesado por cuatro cuerdas.

Observando este encuentro de maderas viejas, intento descifrar lo que significan. Comprendo que las silletas son algo más que una tradición, son como el vestigio de los héroes de antaño, cuando hombres y mujeres fundaron este departamento en lugares remotos e imposibles, cuando sacaron la riqueza de la tierra y alguien pensó que esta era la mejor parte del mundo, a pesar

5. Una agrupación de familiares de secuestrados y desaparecidos, víctimas del conflicto armado colombiano, que desde 1999 se reúne cada tarde de viernes en el atrio de la iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria, en Medellín, para dar a conocer su historia.

Alejandro Millán Valencia (Medellín, Colombia, 1978). Desde 2006 escribe para el periódico *El Colombiano*. En 2008 recibió una mención de honor a Mejor entrevista, en el Premio Nacional de Periodismo Colprensa. Y el Círculo de Periodistas de Antioquia le otorgó mención de honor en Mejor trabajo en prensa.

de tanta ladera. Alguien interrumpe, en medio de la barahúnda de flores marchitas y silletas vivas y cuenta que esa era la forma de transportarse en los tiempos de la República, cuando lo único que había era caminos de piedras y trochas de fango y que para llevar a las personas de estrato seis a otras regiones del país, estos pagaban a cargueros que utilizaban las silletas para que no se despeinaran una pestaña por esos caminos culebreros. Esa práctica se acabó cuando llegaron las carreteras y los carruajes y entonces lo único que quedó para transportar fueron las flores para los atrios de las iglesias y el mercado para llevar la comida a casa.

Pero Juan Guillermo sólo piensa en su silleta tradicional. Empieza por abajo con ramos de eucalipto que le sirven de follaje, continúa con unas maracas amarillas. A su lado pone un ramillete de pinocho rojo, algo de siempreviva y clavel amarillo. En el siguiente nivel, ya para darle textura ubica un poco de cresta de gallo y las junta con piñas anaranjadas. Sigue con pensamientos y astromelias para que tenga variedad y confirma su teoría con un ramo de puyi y de hortensias. En una esquina coloca varios ramos de estrella de Belén y como si fueran luces sobre el cielo, llena los huecos que le quedan con clavevillas. Y para darle luz, un girasol enorme. La silleta finaliza con aves del paraíso y otras heliconias.

—Lo que más importa es la variedad —afirma mientras detalla la que está haciendo.

Resalta el color. Falta medio día y las cinco silletas de la familia están acabadas: dos comerciales, una monumental, una tradicional y la emblemática, su apuesta dura para este año. Ya es de noche y a pesar del frío, Santa Elena hierve, miles de personas no se quieren perder el prodigio de este encanto de colores. Pasan y observan con atención infantil cada una de las silletas expuestas como si fuera una aparición de la Virgen en los corredores de las cuatro casas de esta familia. Juan Guillermo está rendido, el trabajo de un año está listo. Lo que sigue es dormir tres horas y coger camino a Medellín. Como lo hacía su papá, cuando no había caminos, cuando no había Desfile de Silleteros.

EL AZUL DEL CIELO DICE QUE ESTÁS ALLÍ Y LA PENA DE NUESTRA ALMA TE RECLAMA AQUÍ

Yo habité el camino oscuro. Tenía 14 cuando lo de Villa Tina, hace veintidós años. Allí quedaron mi papá, mi mamá y dos hermanos. Muchos parceros. Cuando vi que la montaña amarilla se vino encima del barrio corrí hacia mi casa pero era tarde. Los saqué por pedazos: la quijada de mi madre, los brazos del papá. De mis hermanos, nada. Los busqué muchos días en esa montaña de tierra amarilla pero nunca los encontré.

No sé qué hubiera sido de mí si mis padres vivieran, de pronto otra cosa. Me hubieran dicho que me portara bien, que estudiara, que no frecuentara algunas malas amistades. Pero no estaban, la montaña se los llevó y al año entraba a la cárcel de Bellavista. Por robarme algo. Ese no era un buen lugar, ahora no lo sé, pero en esos días no era un buen lugar y no había nadie para decirme algo. Sólo las compañías de Bellavista.

Volví al barrio. Habité el camino oscuro. Robé durante muchos años, con eso me ganaba la vida. Salía y regresaba con una Toyota y me daban cuatro millones de pesos. Lo hice mucho, era una forma de sobrevivir pero estaba en constante zozobra. Mi diosito es muy lindo conmigo. Me guardó siempre. Nunca me pasó nada. O sí, pero no sé.

Entonces llegaron las milicias. La guerrilla. Invadieron la parte de arriba de La Sierra y querían controlar todo, querían ser los dueños de Caicedo. A mí nunca se me olvidó que las primeras milicias que llegaron a Villa Tina fueron las del M-19 y pusieron las caletas en la parte alta de la montaña. Lo de ese día no fue un deslizamiento, fue una explosión ¡pum! y se vino todo. No se me olvida. Necesitábamos defendernos. Entonces llegó el bloque Metro y nos defendimos. Y se hizo la guerra.

Yo habité el camino oscuro. Días de zozobra. En el monte todos son animales y la batalla es entre animales. Aquí había mucho personal civil y nos dábamos metralla de cerro a cerro, sin importar que alguien estuviera comiendo y fuera atravesado por una bala. Eran días de incertidumbre, días que no quiero volver a vivir.

Después de cuatro años llegó la desmovilización. Yo le confieso algo: desde el primer día creí en la paz. Yo soy un constructor de paz. Los compañeros

Silletero por un camino del corregimiento de Santa Helena • Foto: León Darío Pelaéz

Foto: William Martinez

Elaboración de una silleta Emblemática en la finca de los Londoño Atehortúa • Foto: León Darío Pelaéz

de batalla nos convencimos de eso y decidimos sembrar vida. Entonces nos vinimos para este cerro donde estamos. Esto era un basurero, una escombrera maloliente y dijimos que íbamos a sembrar vida. Empezamos a limpiar, a recoger la basura y a llevarla hasta otro sitio y comenzamos con las flores. Yo no sabía nada de eso. Ahora soy un experto, vea, allá están los besos, al lado están las begonias, las durantas, el platanillo, las conchas y los arcillos.

De la nada y no le miento, nos ganamos un concurso de jardines. Entonces decidimos que este iba a ser el cerro de los valores. Y no sólo sembramos flores sino que dijimos que íbamos a hacer alumbrado para diciembre, mostrando los valores. Con varillas y costales hicimos un pato que simbolizaba la felicidad, y los regalos para los niños se los dimos en unos caracoles que también hicimos con costales y que simbolizaban la perseverancia. Todo lleno de luz.

Yo habité el camino oscuro. Yo soy constructor de paz. Entonces me acordé de los que nos habíamos olvidado, los enterrados en Villa Tina. En los días de la tragedia, monseñor López Trujillo declaró camposanto el lugar y cada uno puso una lápida donde antes estaba su casa. Pero nada más. Nosotros decidimos no olvidar. Entonces hicimos lo mismo que en el cerro, un jardín, una capilla y senderos para que la gente lo recuperara. Hace un año, pusimos la escultura de la vida.

Yo habité el camino oscuro. Ahora he vuelto a sentir esa angustia. Las cosas no están saliendo bien. No hay plata para los proyectos, yo tengo que sostener cuatro hijos, pero soy constructor de paz, yo quiero sacar adelante este proceso pero necesito ayuda. En este momento estamos metidos en un plan para reciclar y procesar desechos orgánicos pero nos hace falta ayuda. Yo no quiero volver a los tiempos de la zozobra. No lo niego, habría plata pero habría incertidumbre. Ahora hay paz pero, poco a poco, llega la desesperación.

NO MÁS CADENAS, QUEREMOS LIBERTAD

Una fila de camiones que traen a los silleteros a Medellín avanza sobre la madrugada del 7 de agosto de 2009. Llegan al puente de Guayaquil. En seis horas comenzará el desfile número 52 de los silleteros, el evento central de la Feria de las Flores. Juan Guillermo está nervioso. Va de familiar en familiar, pendiente de cada detalle: que el vestido, que las cargaderas, que la hidratación. Nada puede salir mal. El orgullo de su familia que habita el Valle de San Nicolás desde principios del siglo pasado, se juega su prestigio en los próximos dos kilómetros y medio. Además, antes del desfile, un jurado pasará por cada una de sus silletas y dirá si son dignas de ser finalistas. Aquí, parece, no importa tanto ganar. Aquí, parece, importa ser uno de los cinco finalistas, que alcance para viajar por el mundo entero. En los últimos dos años, la familia Londoño Atehortúa ha tenido al menos uno de sus miembros en alguna ciudad del mundo mostrando las flores de su finca.

Para escoger una silleta ganadora hay que tener en cuenta dos elementos clave: la variedad y la originalidad. Entre más flores se pongan y mejor se pongan, mejor es la silleta. Dos horas antes de que comience el espectáculo, el jurado calificador se pasea por entre ese camino de flores y examina con rigurosidad cada una de las silletas. Evalúan todo: tamaño, diversidad, estética. Juan Guillermo se emociona, sabe que el trabajo hecho en la silleta de los íconos no tiene pierde y recuerda las mismas palabras que pronunció ante decenas de turistas: «Este año gana una emblemática».

Me acerco a Juan Guillermo y le pregunto:

—¿Por qué hacer esto?

—Porque es la tradición de nosotros los silleteros de Santa Elena. Es la forma de mostrarle al mundo de qué está hecha esta ciudad y esta cultura.

—¿Vale la pena cargar más de ochenta kilos a lo largo de dos kilómetros y medio de desfile bajo el sol de agosto?

—Vale la pena por el orgullo de ser de Medellín y de ser antioqueños.

Orgullo. Tradición. Con las nubes dispersas, el sol calienta. Gente de todos los colores llega hasta donde las vallas de seguridad lo permiten. Algunos tienen sombrillas, otros sombreros y los de menos recursos, unas viseras de cartón con el logo de un papel higiénico. Todos acuden al borde de la avenida Regional para presenciar, como no lo harán nunca más en el año, un milagro que los hará olvidar lo demás: el hambre, la pobreza, la muerte.

Pero el recorrido no comienza hasta que no haya un ganador. Juan Guillermo está impaciente, sabe que el recorrido no es el mismo si no es finalista.

Una cosa es cargar ochenta kilos de flores premiadas y otra muy distinta, tiradas al oprobio por el dictamen de un jurado. Falta una hora. La decisión por fin se toma.

HOY EN TU CUMPLEAÑOS A CAMBIO DE UN BESO, UNA ORACIÓN Y UN POR QUÉ TE FUISTE

Me impresionan todas las flores que hay aquí. Me impresiona, además, porque no se permiten floreros, eso lo dice un letrero ubicado en todas las columnas: «No se permiten floreros», pero nadie hace caso. A alguien que pasó por acá le escuché decir que esa era la única forma de mantener vivo a alguien. Uno está muerto cuando lo olvidan, dijo el señor. Pues aquí muchos no están muertos. En la tumba de Joaquín, las flores abundan. Pequeños girasoles de plástico sirven de marco al mármol donde está su nombre. Entonces no parece un lugar donde reina el luto. Parece que estuviera de fiesta y es un cementerio.

Frente a la entrada está Leonardo Álvarez. Él vende flores desde hace dieciocho años, nunca falta. Es más, ahora que estamos en Feria, Leonardo es uno de los pocos que se quedan allí. Le escuché decir que la gente no deja de morirse y él vive de los muertos, así estemos de fiesta. De modo que ahí está parqueado con su negocio.

También lo he visto pasar, en especial cuando doña Fredonia viene tarde. Ella nunca falta, desde que le mataron a su hijo hace siete años. Religiosamente cada domingo, a las diez de la mañana se acerca al puesto de Leonardo, pide un ramo de botones amarillos y claveles blancos y los trae a la tumba de su hijo. Pero algunas veces, doña Fredonia no puede llegar temprano, entonces la tarea la hace él. Y es cuando escuchamos hablar sobre los tiempos violentos, cuando a este cementerio de San Pedro no le cabía un muerto más y había balaceras en cada entierro.

Las cosas han cambiado. Si te ponés a mirar con atención, puedes ver lugares vacíos. Antes una fila de seis tumbas se llenaba tranquilamente en un día. Y las flores abundaban. Bueno, ahora también podés ver muchas flores, en especial en los sectores donde los muertos son más recientes. Donde la muerte fue más cercana, parece que crece la vida. O las flores. De alguna manera, lo decía alguien que pasó por aquí, la gente quiere extender el recuerdo, quieren alargar la existencia porque la mayoría se fue muy temprano. Recuerdo la frase escrita a mano y pegada en una de las tumbas: «Siempre quisimos lo mejor para ti y nunca pensamos perderte tan pronto».

Y para extender más esa conexión, la gente busca lo que no muera. Al frente de Leonardo, está Katerine Gallego. Tiene 18 años y desde niña vende flores artificiales. Tiene una bonita sonrisa y además vende cintas con frases y moños con la imagen de la Virgen o del Sagrado Corazón. Aquí creemos que son algo ordinarias pero se conservan más. Mi lugar está lleno de flores que ella le vendió a mi mamá, dos días después que me pusieron aquí. Ese día, mamá llegó y todas las flores que ubicaron en el servicio funerario se marchitaron y mamá sabía que no tenía corazón para ver más muerte y compró lo primero que le ofrecieron: una larga fila india de flores anaranjadas de plástico y una cinta violeta con mi nombre escrito en mirella: Jonathan.

MEDELLÍN, FÁCIL DE QUERER, DIFÍCIL DE OLVIDAR

Juan Guillermo tenía razón: gana una silleta Emblemática. No la suya. Su rostro vivaz se apaga por unos minutos. Ahora tendrá que recurrir a la tradición y al orgullo para aguantar la maratón que sigue. El ganador absoluto es Diego Antonio Londoño Atehortúa, el hermano menor de Juan Guillermo, quien recibe el premio en medio de lágrimas. Su silleta, como casi todas, cumplió con los requisitos a cabalidad, pero fue la frase la que impactó al jurado: «El niño que toca un instrumento jamás empuñará un arma». Las sirenas de las motos del tránsito se encienden y el desfile comienza. Allí, en medio de la multitud, mientras avanza el río de flores, permanecen Joaquín, María Gizeth, Prudencia, Leonardo y Jonathan, y observan cómo empiezan a caer flores del cielo.

Silleteros de Santa Helena rumbo a su desfile • Foto: Julio César Herrera

Foto: Julio César Herrera

PELANDO LA CEBOLLA

Notas sobre los talleres que llevaron a este libro

Era el segundo día del taller en el Festival de la Leyenda Vallenata. Estábamos en el auditorio de la Cámara de Comercio de Valledupar, sitio de reunión de las jornadas de debate sobre posibles temas que cada reportero cubriría como hecho central de su crónica, bajo la guía de Alberto Salcedo Ramos, maestro del taller. El ambiente era distendido y había un clima de camaradería propiciado, en buena parte, por el relato de Julio Oñate Martínez, pues cada explicación sobre el folclor vallenato venía acompañada por una anécdota exagerada o una broma que terminaba en una carcajada de grupo.

En la mesa central estaba, además del maestro y Oñate, Jaime Abello Banfi director general de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, FNPI. Al cabo de una hora de deliberaciones, Flavio Vargas, coordinador del taller por parte de la fundación, conversó con Salcedo Ramos sobre las posibilidades de variar el plan de trabajo —elaborado con semanas de anticipación— para los días venideros, teniendo en cuenta que las condiciones del encuentro se estaban modificando paulatinamente con cada nuevo detalle que el Festival nos superponía en el camino. Salcedo Ramos vio que Flavio tenía razón y aceptó mover las siguientes jornadas de debate en favor de ampliar el tiempo de reportería.

Abello Banfi, siempre cuidadoso de los más ínfimos detalles de los talleres de la FNPI, al conocer los planes de cambio dijo a Flavio: «¿Cómo está planeado este taller? Llevo quince años organizando talleres de la fundación y veo que este, especialmente, es distinto», su tono reclamaba una explicación. Entre Salcedo Ramos y Flavio le contaron que debido a las atenciones que la ciudad y los organizadores del Festival estaban teniendo con el grupo, los tiempos de la reportería y del debate debían ajustarse para alcanzar a cumplir con los requerimientos básicos del taller. Abello Banfi entendió que no era una improvisación sin fundamento, sino la respuesta profesional a cada nuevo reto impuesto por el día a día en Valledupar.

Si algo le estaba quedando claro al equipo de la FNPI y de Colombia es pasión, tras el taller en el Carnaval de Barranquilla y de aquellos días iniciales en el Festival de la Leyenda Vallenata, era que planear y ejecutar talleres de crónica cultural en medio de las fiestas más populosas y tradicionales de Colombia exigía una rápida capacidad de adaptación de todo el grupo ante las situaciones no planeadas y a las que no se podía rehuir.

De hecho, en el taller final realizado en Medellín a propósito de la Feria de las Flores, el maestro Martín Caparrós nos hizo ver las dificultades a las que debía sobreponerse el grupo: la dispersión y la variación de los tiempos de reunión para el debate y la escritura obligadas por la lógica misma de la celebración y la ciudad, pero acotó que no era nada distinto al trabajo cotidiano en nuestros medios de comunicación: «Es a eso a lo que llamamos periodismo». Cristian Alarcón, maestro del taller en el Carnaval de Barranquilla, sobre este mismo punto dijo: «Lo que hacemos es periodismo, por eso todo puede pasar. Mañana, inesperadamente, puede suceder algo que nos obligue a irnos de Barranquilla y con lo poco que se ha podido conocer hay que escribir la crónica. ¡Igual!». Y Salcedo Ramos, tras informarle a los talleristas de Valledupar sobre las modificaciones del programa, advirtió algo similar: «El

periodismo consiste en eso, en descubrir cuál es el plan que la vida nos tiene mientras tratamos de seguir el plan que creíamos». En definitiva, a lo que podía leerse como un obstáculo para el éxito de los talleres, los tres maestros le dieron la otra vuelta de tuerca y lo hicieron ver como una oportunidad que, sabiéndola aprovechar, llevaría a resultados fantásticos.

Ahora, varios meses después de ocurrido cada taller y con el punto final de este libro, una detenida revisión de las crónicas aquí reunidas nos deja una inequívoca sensación de que los maestros estaban en lo cierto: si en otros ámbitos de trabajo el afán y las limitaciones pueden llegar a ser carencias concluyentes, en el periodismo pueden llegar a ser magníficas virtudes. Citando a Juan Villoro, lo que el lector tiene en esta antología es «literatura bajo presión».

Para explicar la función de este epílogo, he tomado prestada una expresión de un antropólogo colombiano llamado Horacio Calle —formador de varias generaciones de periodistas colombianos— con la que ha enseñado la forma en que los seres humanos deben mirarse frente a un espejo: como pelando una cebolla, capa a capa, cual máscaras, para darnos cuenta de qué estamos hechos.

ESTILOS Y MÉTODOS

Cada taller, por parecido que sea, impone su propia lógica, sus mecanismos y sus formas de allanar dudas. A pesar de eso, los de la FNPI tienen puntos comunes. Cualquier reportero que haya participado en ellos podrá corroborar la inusitada y, a la larga, duradera amistad que une al maestro con sus talleristas; la charla grupal e individual como método para acercarse a una verdad común; las horas extras de las madrugadas que se llevan digitando palabras en el computador para cumplir con el cierre y merecer una lectura pública del trabajo propio; y en el caso particular de estos tres talleres, la fiesta como escenario de trabajo y la necesidad de un experto en los temas concretos de cada celebración para resolver dudas conceptuales de la cultura, en muy poco tiempo. Dentro de este marco, cada maestro propuso su método de investigación y escritura de crónicas. Finalmente, para eso estaban ahí, para contar sus secretos del oficio a los periodistas participantes.

Alarcón hizo énfasis en el reconocimiento del personaje como un ciudadano que se autoafirmaba como sujeto político, es decir, como una persona que se liberaba durante el Carnaval de Barranquilla. Este punto de partida, de búsqueda de historias, dio a los talleristas una amplia perspectiva pues el Carnaval, a diferencia de las otras dos celebraciones, es eso: una teatralización exacerbada de la realidad en la que personas de saco y corbata son capaces, por ejemplo, de transformarse en Drag queens. A la hora de la escritura, Alarcón pasó largas sesiones individuales durante días enteros con cada uno de los reporteros. En muchos casos, trató de llegar hasta el estilo del autor sugiriéndole la extensión de las oraciones y las formas de puntuación, además de ensayar estructuras para montar el relato.

Otra fue la forma de Salcedo Ramos en el taller del Festival de la Leyenda Vallenata. Dado su vasto conocimiento del terreno, de Valledupar, de los protagonistas de ese folclor, esperó que todos los reporteros hicieran sus apuestas desde el desconocimiento casi absoluto de esta celebración para ofrecerles lo que a él le ha tomado años identificar: las semillas de probables historias secretas que a él le hubiera gustado escribir en algún momento. Unos las acogieron, otros prefirieron dejarse llevar por su olfato. Sobre la escritura, Salcedo Ramos dio más libertad: dejó a cada cual resolver la estructura del relato y trató de no intervenir en el estilo de los autores, salvo cuando se lo pidieron.

Caparrós, en cambio, dispuso de toda la ciudad como lugar de exploración. El reportero pudo sustraerse a la Feria de las Flores y visitar algunos rincones de Medellín en los que ni se hablaba de flores ni de tablados ni de trovas. Su requisito fundamental fue encontrar relatos con puntos de giro, personajes replegados entre la tradición y la modernización, entre la paradoja del progreso en medio de la violencia. Hizo énfasis y reveló algunos secretos sobre el uso del idioma, sobre el control que cada autor debía tener de las palabras empleadas, le hizo caer en cuenta al grupo de que, casi siempre, lo escrito decía más de lo que el autor quería decir, y aclaró que la escritura de crónicas era, como la gran literatura, un problema de lenguaje.

Tres escuelas distintas, tres versiones diversas y complementarias.

CIUDADES Y DÍAS

Ante todo el calor. Los treinta y cinco grados de temperatura de Barranquilla, los cuarenta de Valledupar, los treinta y dos de Medellín. Si hubo algo entrometido en

Talleristas en pleno Carnaval • Foto: Claudia Mejía

los tres encuentros fue el calor. Los talleristas despertaban animados —briosos— y a media tarde con varias horas de reportería encima llegaban al hotel con la lengua afuera y sus rostros colorados. Para los periodistas hacer trabajo de campo en medio de un clima tan áspero representó un reto de paciencia y resistencia. Incluso a reporteros procedentes de países caribeños como Puerto Rico, Venezuela, Colombia o República Dominicana tampoco les resultó fácil.

A eso se sumó el hallazgo cultural, que no es más que enfrentarse a la reportería en una ciudad —y en un país— desconocida para la mayoría. Las formas del lenguaje fueron ejemplo de ello: chilenos, argentinos, uruguayos, peruanos, paraguayos, brasileros, quedaban estupefactos cada vez que escuchaban la expresión «Vamos a coger el taxi», pues para ellos el verbo «coger» es sinónimo de «copular». Otras expresiones: «Tienes huevo», como reclamo, «No joda, compadre», como aceptación, «Hágale parcero», como estar de acuerdo, terminaron siendo adaptadas. La extrañeza llegó a tal punto que en los tres talleres cada maestro aclaró que no debía forzarse la escritura hasta llevarla a un dialecto común latinoamericano, de palabras neutrales y oraciones estandarizadas. Uno de los elementos valiosos que debíamos preservar era la manera diversa como el español de cada país se encargaba de recrear el mundo colombiano. Mexicanos usaron el verbo «platicar» en vez de «charlar», argentinos usaron el calificativo «prolijo» en vez de «cuidadoso» o «esmerado», y así.

Cada ciudad se abrió de un modo distinto. Barranquilla, con las comodidades y desatenciones de una urbe: acceso a comunicaciones y tecnologías de información, transporte público ágil, variedad de comidas y tradiciones, escasos sitios de información pública. Valledupar, con prácticas y costumbres de una ciudad intermedia: vías a medio terminar, acceso limitado a las tecnologías de la comunicación e información, distancias y tiempos cortos para los desplazamientos, familiaridad entre vecinos, confianza de los lugareños. Medellín, con las ventajas y desventajas de una ciudad enorme: tráfico desalmado, sistema de transporte masivo integrado, diversidad de culturas y grupos étnicos, largas distancias para la reportería, excelentes sistemas de información pública. Y así.

Si a un cronista le quedaba fácil entrar a la casa de los personajes populares de Barranquilla o Valledupar, le resultaba difícil la consulta histórica en bibliotecas o archivos. Si a otro le parecía fácil entrevistar a políticos o empresarios de trascendencia nacional en Medellín, le quedaba difícil entrar a barrios encumbrados y dominados por la ley de las armas. Si en Barranquilla o en Valledupar las crónicas podían caer en el anecdotario —por el exotismo inherente de la Costa Atlántica colombiana—, en Medellín podían caer en la crítica políticamente correcta a la modernización latinoamericana —la connivencia entre máxima riqueza y máxima pobreza en un mismo espacio—.

Lograr el equilibrio en uno y otro lado fue la regla de oro.

LOS DOS TALLERES

Uno de los valores agregados de este proyecto de la FNPI y Colombia es pasión era la posibilidad que tenía cada reportero de que su crónica fuera incluida en este libro. Para muchos, era la posibilidad de aparecer por primera vez como autores en una antología de crónicas. Para otros, la refrendación de una nutrida obra personal.

La instrucción, entonces, fue hacer dos trabajos: uno para publicar en el medio de comunicación para el que trabajaban y el segundo para postularlo a la selección final del libro. Idea justificada en el hecho de que las crónicas para el libro podían desarrollarse ampliamente —sin pensar en extensión límite o cantidad de palabras tope— desde el detalle de los personajes, la construcción de escenas, el contexto histórico, los episodios descriptivos de parajes o calles, es decir, gran parte de lo que hermana el periodismo de profundidad con la literatura.

Luego, los trabajos seleccionados comenzaban un segundo taller a lo largo de varias semanas, mediante charlas telefónicas y envíos por Internet: el de edición de contenido y de texto con miras a obtener una publicación excelsa. A cada reportero se le exigió en la medida de sus capacidades y se trató de mediar entre las aspiraciones como autor, la veracidad de la información y la habilidad como narrador. Para algunos pudo haber sido un proceso tortuoso, para otros un justo esfuerzo en pro del reconocimiento.

LA SELECCIÓN

Antes de terminar este epílogo, quiero aclarar cuáles fueron los criterios de selección que los maestros y yo, como relator, tuvimos en cuenta a la hora de

escoger los textos de la antología. Uno, quizás el más importante, fue el de la pertinencia: si pensábamos en un libro que narrara estas tres celebraciones, no podíamos darnos el lujo de incluir crónicas cuyo eje central fueran otros temas. Si un reportero proponía algo así, era consciente de que o ese ángulo de la historia tenía directa relación con la fiesta o de que no cabría en la selección. En este renglón, varias crónicas quedaron en el camino a pesar de haber sido muy bien investigadas y de estar bien escritas.

Otro criterio fue el de la diversidad: como se trataba de que las crónicas de cada fiesta fueran una muestra representativa, no podíamos incluir varios trabajos con el mismo enfoque y un relato similar, es decir, no podíamos seleccionar tres perfiles de tres juglares vallenatos. De la misma forma, no había espacio para más de dos crónicas sobre la trova antioqueña o más de dos crónicas que hablaran del Desfile de Silleteros. En esta lectura, otras tantas crónicas bien escritas no fueron tenidas en cuenta.

Quizás como último criterio estaba el de la escritura refinada: como cada crónica seleccionada iba a pasar por un meticuloso taller de edición, podíamos ampliar el margen de tolerancia a una escritura con defectos de consistencia o de fluidez, si la historia narrada era sólida y seductora. Una crónica sobre un detalle novedoso pero que tuviera una escritura promedio podía ser seleccionada por encima de una de prosa brillante y estilo limpio, pero con una historia manida o poco atractiva. Y en este punto, muchos que no creían que podían ser seleccionados lo fueron.

Queda, pues, el camino recorrido en este año, nutrido de todas las instrucciones y enseñanzas que los maestros procuraron entregarnos más la satisfacción de asistir a la edición de un libro escrito a muchas manos que, sin ser pretenciosos, no sólo deja algunas de las mejores postales del folclor colombiano sino que logra, lejos de cualquier demagogia, la unión de los países de América Latina.

Juan Miguel Álvarez

El fotógrafo Gonzalo Martínez junto a Cristian Alarcón disfrazado de Pablo Escobar en el desfile de La Guacherna • Foto: Claudia Mejía

TALLERES

A continuación el lector encontrará información adicional de este proyecto y el listado completo de participantes junto a la dirección electrónica en la que puede leerse la publicación que trabajaron durante el taller. Hay casos en los que no aparece el URL, pero aparece una mínima ficha de hemeroteca que ayudará en el trabajo de consulta.

Nos hemos ajustado a las direcciones electrónicas que cada cronista suministró a la FNPI y que pudimos corroborar en la Internet. No obstante, debemos aclarar que puede darse el caso de que alguno de esos documentos haya salido del caché o de la red, mientras este libro estaba en diseño e impresión.

Cuando no aparezca el título de la crónica junto al nombre del participante significa que ese reportero no pudo publicar su trabajo en el medio de comunicación. Y aunque fueron pocos, vale decir que las razones fueron ajenas a la FNPI y a Colombia es Pasión.

TALLER SUJETOS Y TERRITORIOS EN EL CORAZÓN DEL CARNAVAL DE BARRANQUILLA

Barranquilla, del 11 al 16 de febrero de 2009
Maestro: **Cristian Alarcón**
Expertos en el tema: **Mirtha Buelvas** y **Rafael Bassi**
Director de fotografía: **Gonzalo Martínez**
Reporteros gráficos: **William Fernando Martínez** y **Edwin «Zulu» Padilla.**
Relator: **Juan Miguel Álvarez**

Cristian Alarcón: este chileno-argentino es licenciado en Comunicación Social por la Universidad de La Plata, UNLP, de la cual también fue docente. En 1996 ganó la beca Clarín Fundación Noble. Desde ese año y hasta 2002 fue redactor del diario *Página/12*. Actualmente es reportero del diario *Crítica de la Argentina*. Su libro *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia* ha tenido más de diez reimpresiones y es considerado uno de los mejores libros de no ficción actuales en Argentina.

Gonzalo Martínez: se inició como fotoperiodista en 1989 en el diario *El Nacional* de Caracas, Venezuela. Desde 1999 es reportero y editor gráfico en el diario *Página/12* en Buenos Aires. Es coordinador del taller de fotografía «Los ojos de la isla», al que asisten niños y adolescentes que conviven con la violencia. Entre otros, fue el editor gráfico del libro *Crónicas de Carnaval*, editado por la FNPI y la Corporación Andina de Fomento, CAF.

CRONISTAS:

ARGENTINA:

Sonia Budassi, diario *Perfil*. Parte del testimonio de lo que representó para ella asistir al taller en medio de esta fiesta, puede leerse en una entrevista titulada «Sonia Budassi, después de la cumbiamba», en http://www.hablandodelasunto.com.ar/?p=1111

Guido Carelli Lynch, revista *Ñ*, diario *Clarín*. «Defendiendo la tradición a palazos»; puede leerse en http://www.revistaenie.clarin.com/notas/2009/03/14/_-01875857.htm

Diego Erlan, revista *Ñ*, diario *Clarín*. «El duelo entre la vida y la muerte»; puede leerse en http://www.revistaenie.clarin.com/notas/2009/03/14/_-01875855.htm

BOLIVIA:

Santiago Augustín Espinoza Antezana, diario *Opinión* y revista *La Ramona*. «El otro Carnaval de Barranquilla»; puede leerse en http://www.opinion.com.bo/Portal.html?CodNot=57817&CodSec=21

BRASIL:

Mauricio Morães, diario *Folha de São Paulo*. «Na Colômbia, Barranquilla mantém autenticidade de festa movida a cumbia»; puede leerse en http://www1.folha.uol.com.br/folha/turismo/noticias/ult338u511145.shtml

COLOMBIA:

Liliana Angélica Martínez Polo, periódico *El Tiempo*. «El escudero del rey Momo en Carnaval»; puede leerse en http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-3328475

Jorge Enrique Rojas, diario *El País*, de Cali.

EL SALVADOR:

Tania Membreño, diario *La Prensa Gráfica*. «La reina enrejada de Barranquilla»; puede leerse en http://www.laprensagrafica.com/index.php/revistas septimosentido/20309.html

MÉXICO:

Liliana Chávez Díaz, diario *Milenio*. «Monocucos en el reino de marimondas»; puede leerse en http://impreso.milenio.com/node/8541631

Miguel Valera, semanario *Punto y Aparte*. Publicó varias notas:
«Barranquilla, un rostro de la fiesta colombiana»; puede leerse en http://www.puntoyapartexal.com/edicion/ver_nota.asp?xid=9179&txfecha=02/19/2009
«Contraseñas»; puede leerse en http://www.puntoyapartexal.com/edicion/ver_nota.asp?xid=9184&txfecha=02/19/2009
«Mapalé, carnaval en la sangre»; puede leerse en http://www.puntoyapartexal.com/edicion/edicionesII.asp?xedicion=02%2F22%2F2009

PERÚ:

Jack Lo Lau, diario *El Comercio*. Publicó dos artículos:
«La diversión y alegría en el Carnaval de Barranquilla»; puede leerse en http://www.elcomercio.com.pe/noticia/260344/diversion-alegria-carnaval-barranquilla
«La gran fiesta de la carne»; puede leerse en http://www.elcomercio.com.pe/impresa/edicion/2009-03-22/eccc220309a22

VENEZUELA:

Leidys Asuaje, diario *El Nacional*. «La fiesta que bajó las armas» se publicó en la edición 23.588 del periódico, página A-11, 1 de mayo.

Ana María Khan, *Complot Magazine*. «Besos tropicales» se publicó en la edición 80 de agosto de 2009, páginas 93-101.

Paulimar Rodríguez, diario *El Universal*.

Así mismo, el maestro **Cristian Alarcón** publicó una crónica titulada «Yo fui Pablo Escobar» que puede leerse en http://criticadigital.com.ar/impresa/index.php?secc=nota&nid=20385.
Y **Mirtha Buelvas** publicó en revista *Ñ* un artículo titulado «La Colombia sin violencia» que puede leerse en http://www.revistaenie.clarin.com/notas/2009/03/14/_-01875854.htm

Este taller contó con el apoyo de:

FUNDACIÓN CARNAVAL DE BARRANQUILLA

COUNTRY INTERNATIONAL HOTEL BARRANQUILLA - COLOMBIA

Talleristas escuchando la historia del acordeón contada por «Beto» Murgas • Foto: Flavio Vargas

TALLER DE CRÓNICA EN EL FESTIVAL DE LA LEYENDA VALLENATA

Valledupar, del 28 de abril al 3 de mayo de 2009
Maestro: **Alberto Salcedo Ramos**
Experto en el tema: **Julio Oñate Martínez**
Director de fotografía: **Julián Lineros**
Reporteros gráficos: **William Fernando Martínez y Antonio «Tony» Arévalo**
Relator: **Juan Miguel Álvarez**

Alberto Salcedo Ramos: considerado uno de los mejores periodistas narrativos latinoamericanos. Sus crónicas han aparecido en diversas revistas de Colombia, América Latina y Europa. Ha sido traducido al inglés, al francés y al alemán. Es autor de varios libros entre los que destaca *El oro y la oscuridad. La vida gloriosa y trágica de Kid Pambelé*. Ha ganado, entre otras distinciones, el Premio Internacional de Periodismo Rey de España, el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar (cuatro veces), el Premio de la Cámara Colombiana del Libro al Mejor Libro de Periodismo del Año, el Premio al Mejor Documental en la II Jornada Iberoamericana de Televisión —celebrada en Cuba—, y el Premio a la Excelencia de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP). Ha sido finalista del Premio Nuevo Periodismo CEMEX+FNPI y jurado en ediciones posteriores.

Julián Lineros: lleva dieciséis años como reportero gráfico. Ha sido editor fotográfico de varias revistas colombianas. Se graduó como Realizador de cine en la Universidad Nacional y se ha desempeñado como docente de fotografía. Ha sido finalista del Premio Nuevo Periodismo CEMEX+FNPI y jurado en ediciones posteriores.

CRONISTAS:

ARGENTINA:

Gloria Montanaro, periódico *La Nación*. Publicó dos artículos:
«El amor en los tiempos del vallenato»; puede leerse en http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=1167193
«Noventa y cuatro años de soledad»; puede leerse en revista *Gata Flora*, edición de septiembre-octubre-noviembre 2009, año 03, número 11, pp. 86-89.

Miguel Alberto Velárdez, diario *La Gaceta*. «El pistolero de las palabras»; puede leerse en http://www.lagaceta.com.ar/nota/334624/LGACETLiteraria/pistolero_palabras.html

Marina Pagnutti, revista *Zona 25*, antes conocida como revista *Argentina*.

CHILE:

Sara Bertrand, diario *El Mercurio*. Publicó dos artículos:
«Esos vallenatos devotos: la euforia colombiana por su folclor musical»; puede leerse en http://www.emol.com/noticias/magazine/detalle/detallenoticias.asp?idnoticia=363043
y «La parranda colombiana, una fiesta sin debut ni despedida»; puede leerse en la revista de vinos y gastronomía *La CAV*, en agosto 2009, año 10, número 143, pp. 60-63.

COLOMBIA:

Ernesto Cortés, diario *El Tiempo*.

Leonardo Javier Rúa de la Hoz, diario *Q'hubo*, Barranquilla.

Sara María Araújo Castro, diario *El Espectador*.

MÉXICO:

Celia Teresa Gómez Ramos, sitio web *Palabras Malditas*. «Acordeón en cucharadas»; puede leerse en http://www.palabrasmalditas.net/archivo/content/view/1048/2/

David Izazaga Márquez, *KY Magazine*. «Vengo de México: qué culpa tengo yo de que la maldita influenza venga también de allá»; puede leerse en http://issuu.com/sexypepperboy/docs/ky_mag0405

PARAGUAY:

Marlene Aponte, diario *ABC Color*. «Guardianas de una antigua labor Piloneras»; puede leerse en http://archivo.abc.com.py/2009-07-12/articulos/538650/guardianas-de-una-antigua-labor-piloneras

PERÚ:

Cristhian Ticona Coaguila, diario *La República*.

REPÚBLICA DOMINICANA:

Tania Molina, *Omnimedia/Diario Libre*. «Valledupar, 42 años de tributo a su vallenato»; puede leerse en http://www.diariolibre.com/noticias_det.php?id=201496

VENEZUELA:

Sergio Moreno González, diario *Últimas Noticias*.

Este taller contó con el apoyo de la Fundación Pacific Rubiales, la Fundación Festival de la Leyenda Vallenata, y con la colaboración de la Secretaría de Cultura de Valledupar y la Cámara de Comercio de Valledupar.

Fundación Festival de la Leyenda Vallenata

PacificRubiales Fundación

Alberto Salcedo Ramos; al fondo, difuminado, Julio Oñate Martínez • Foto: Flavio Vargas

Jaime Abello Banfi conversa con Alonso Salazar, alcalde de Medellín • Foto: William Martínez

TALLER DE CRÓNICA CULTURAL EN LA FERIA DE LAS FLORES

Medellín, del 4 al 10 de agosto de 2009
Maestro: **Martín Caparrós**
Experto en el tema: **Juan Diego Mejía**
Director de fotografía: **León Darío Peláez**
Reporteros gráficos: **William Fernando Martínez y Julio César Herrera**
Relator: **Juan Miguel Álvarez**

Martín Caparrós: cronista y novelista. En los últimos treinta años ha trabajado en prensa, radio y televisión. Ha ganado varios premios por sus novelas y sus crónicas, entre los que destaca el Premio Planeta de Novela 2004 otorgado a su libro *Valfierno*. Es uno de los escritores latinoamericanos con los que más se identifica el doble ejercicio de la escritura de ficción y de no ficción, y ha sido uno de los máximos defensores de la inexistencia de fronteras entre estas dos formas de narración.

León Darío Peláez: se inició como reportero en el diario *El Mundo*, de Medellín. Desde 1997 es el editor gráfico de la revista *Semana*. Ha realizado ocho exposiciones individuales y ha sido finalista del Premio Nuevo Periodismo Cemex+FNPI. Su obra ha sido incluida en varios libros de fotografía, entre los que se destaca *Colombia, fotografías por la libertad de prensa*, editado en Suecia por la Fundación para la Libertad de Prensa, FLIP, y Reporteros sin Fronteras.

CRONISTAS:

ARGENTINA:

Valeria Perasso, *BBC* Londres. Publicó cuatro notas:
«Vivir de las flores»; puede leerse en http://www.bbc.co.uk/mundo/cultura_sociedad/2009/10/091002_medellin_flores_vivir.shtml
«Flores del más allá»; puede leerse en http://www.bbc.co.uk/mundo/cultura_sociedad/2009/10/091002_medellin_flores_mas_alla.shtml
«Silleteros por honor»; puede leerse en http://www.bbc.co.uk/mundo/cultura_sociedad/2009/10/091002_medellin_flores_silleteros.shtml
«Cambio metralleta por pimpollos»; puede leerse en http://www.bbc.co.uk/mundo/cultura_sociedad/2009/10/091002_medellin_flores_intro.shtml

María Fernanda Mainelli, revista *C*, diario *Crítica de la Argentina*. «Silicon valley»; puede leerse en http://aguilashumanas.blogspot.com/2009/09/sillicon-valey-maria-fernanda-mainelli.html

Juan Morris, revista *Neewsweek Argentina*.

BRASIL:

João Peres, *Revista do Brasil*. «De flores e palavras», publicada en la edición 41 de noviembre de 2009, pp. 32-34.

COLOMBIA:

Gianna Garay, emisora *Frecuencia Bolivariana*. «La ciudad de la eterna primavera», crónica de radio emitida entre el lunes 7 y martes 8 de septiembre de 2009.

Alejandro Millán, diario *El Colombiano*. «Flores del cielo»; puede leerse en http://www.elcolombiano.com/BancoConocimiento/F/flores_del_cielo/flores_del_cielo.asp

ECUADOR:

Juan Manuel Granja, revista *Domingo*, diario *Hoy*. «Medellín, tradición y renovación», publicada en la revista número 616, el 6 de septiembre, pp. 12-13.

EL SALVADOR:

Rossy Tejada, revista *Séptimo Sentido*. «Silleteras, señora de las flores»; puede leerse en http://www.laprensagrafica.com/revistas/septimo-sentido/56211-silleteras-senoras-de-las-flores.html

MÉXICO:

Ángel Dehesa, revista *Piensa Índigo.* «Colombia vuelve a la vida»; puede leerse en http://experiencia.indigobrainmedia.com/web/piensa/edicion151/#4/8

PERÚ:

Ana Cecilia Deustua, revista *Caretas.* «Medellín, las flores del bien»; puede leerse en http://www.caretas.com.pe/Main.asp?T=3082&id=12&idE=842&idSTo=150&idA=41484

Jorge Álvarez, revista *El Búho.* «Los herederos del burro»; puede leerse en http://www.elbuho.com.pe/mas.php?subaction=showfull&id=1246340068&archive=&start_from=&ucat=47

Renzo Guerrero de Luna Zárate, diario *El Comercio.*

PUERTO RICO:

Ana Teresa Toro, *Universia Puerto Rico.* Publicó dos notas:
«Vivir el cielo: breve crónica sobre Medellín»; puede leerse en http://www.universia.pr/portada/noticia_actualidad.jsp?noticia=41336
y «Oportunidades educativas para periodistas»; puede leerse en http://www.universia.pr/joa/portada/noticia_actualidad.jsp?noticia=41310

URUGUAY:

César Bianchi, revista *Qué pasa,* diario *El País.* «La ciudad reinventada»; puede leerse en http://www.elpais.com.uy/Suple/QuePasa/09/08/29/quepasa_438374.asp

Este taller contó con el apoyo de la Secretaría de Cultura de Medellín, y con la colaboración del Grupo Trébol de Comunicaciones y la Fundación Medellín Convention & Visitors Bureau.

MEDELLÍN OBRA con amor
Alcaldía de Medellín

Martín Caparrós y los talleristas, en una jornada en Santa Helena • Foto: León Darío Pelaéz

La presente edición de mil ejemplares
se terminó de imprimir en los talleres de Excelsior Impresores Ltda.
en Bogotá, Colombia, en el mes de diciembre de 2009.

Para su composición se utilizaron
las fuentes tipográficas Rotis Sans y Fortuna Dot.